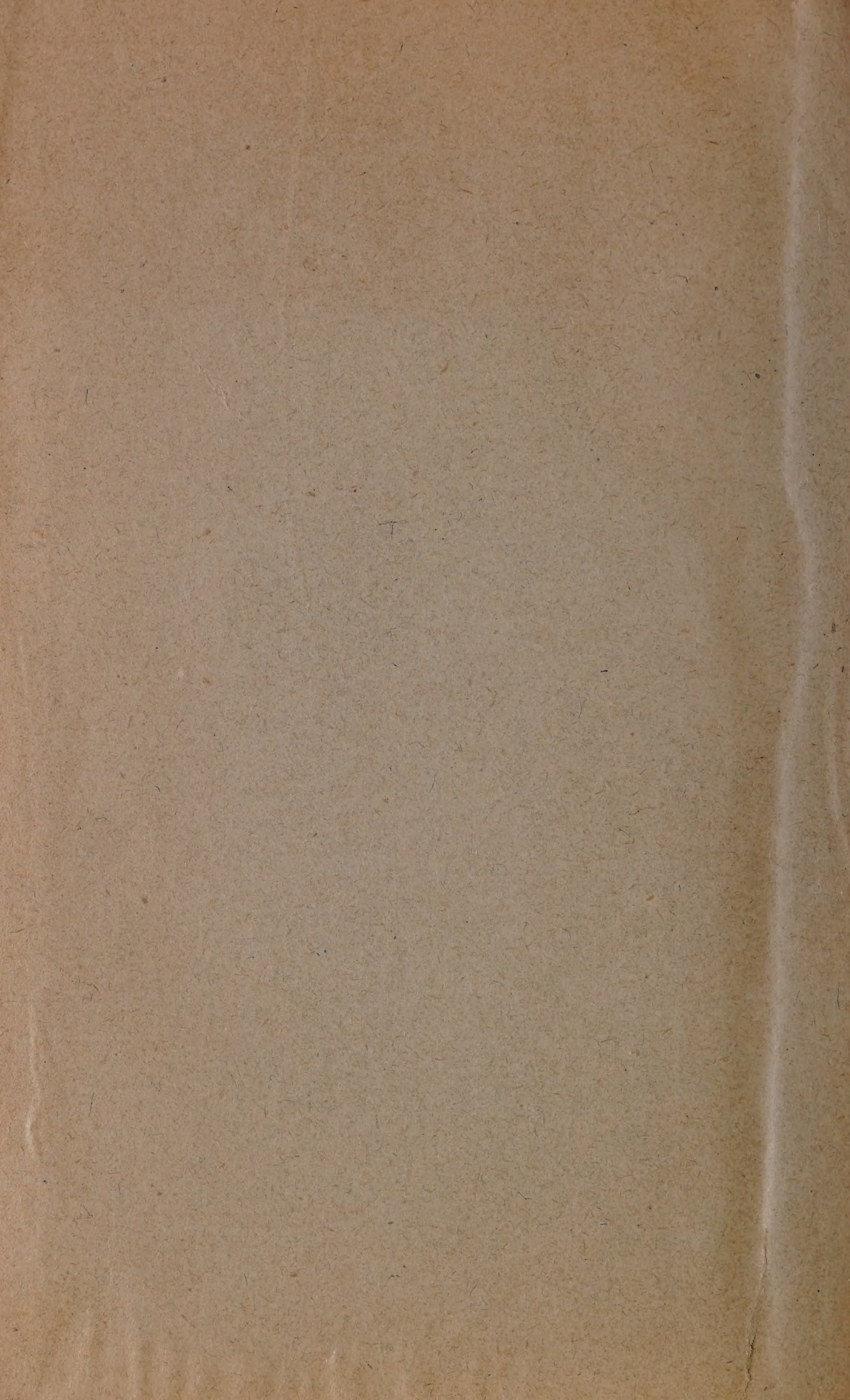




ZORRILLA

Imprenta de la Ciudad Lineal.—Madrid.—Teléf. S-12

CLÁSICOS CASTELLANOS

ZORRILLA

POESÍAS

EDICIÓN Y NOTAS DE NARCISO ALONSO CORTÉS

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1925

PRÓLOGO

Zorrilla apareció en la poesía española cuando tenía que aparecer. El romanticismo, que había ya sentado sus reales en España, necesitaba un poeta abierto a la solicitación del espíritu nacional. Ese poeta fué Zorrilla.

La efervescencia romántica cogió a Zorrilla en las aulas de la Universidad vallisoletana, cuando más se ocupaba en curiosear los campos del arte que en meditar sobre el Digesto y la Instituta. Era en 1835. Juntábanse con Zorrilla en la misma Universidad otros mozalbetes que habían de significarse igualmente en el movimiento romántico. Uno de ellos era Pedro de Madrazo, que por entonces ayudaba ya a su hermano Federico en la redacción de *El Artista* y se ensayaba en los estudios arqueológicos que más tarde campearían gallardamente en los *Recuerdos y bellezas de España*. Otro era Manuel de Assas, santanderino, llevado de las mismas aficiones, como lo demostró por largo tiempo en las columnas del *Semanario Pintoresco Español* y en libros diversos. Otro era Miguel de los Santos Alva-

rez, paisano de Zorrilla, que bien pronto se haría conocer como el primer humorista español de su tiempo. Otros dos, en fin, eran Ventura García Escobar y Jerónimo Morán, que habían de mostrar preferencia por el teatro, sin que por ello dejase de escribir el primero una novela histórica y un *Romancero de Cristóbal Colón*, y el segundo una *Vida de Miguel de Cervantes*, justamente elogiada.

Calcúlese si estos poetas jóvenes recibirían con entusiasmo la invasión romántica. La *Academia de Letras humanas*, que funcionaba en la Universidad, oyó con frecuencia sus poesías exaltadas, en que las zambras moriscas alternaban con las proezas de aventureros paladines. Las obras de Walter Scott, Fenimore Cooper, Dumas y Delavigne, eran su manjar predilecto.

Consecuencia natural de todo ello fué el lamentable fin que en el curso de 1835 a 1836 tuvieron los estudios de Zorrilla. A preguntas de su protector don Manuel Joaquín de Tarancón, rector de la Universidad, confesó que había decidido ahorcar los libros en aquel curso, tercero de su carrera; y advirtiendo lo firme de esta resolución, Tarancón tomó la de meter al novel poeta en una galera y enviarle a Lerma, donde su padre residía. Entonces sobrevino la famosa huída a Madrid, que el lector seguramente ya conoce, y que puede ver fantásticamente relatada en los *Cuentos de un loco*, insertos en el presente tomo.

No menos conocido es el episodio del entierro de Larra, que abrió de par en par a Zorrilla las puertas de la fama. Desde aquel día, pasó a figurar entre los poetas representativos del romanticismo español.

Y es que, como antes he dicho, el poeta vallisoletano llegaba en el momento oportuno y con destino al cumplimiento de una misión especial. Los poetas románticos que a la sazón formaban la plana mayor, seguían rumbos no del todo iguales a los que él había de tomar. El Duque de Rivas tendía en *El moro expósito* un puente entre el romanticismo y la naciente escuela; Espronceda cultivaba el lirismo byroniano, y en él ponía todo el fuego de su alma; Nicomedes Pastor Díaz diluía su melancolía norteña en versos opacos y pesimistas; Patricio de la Escosura contrahacía la historia patria en desmañados y lúgubres relatos; Salvador Bermúdez de Castro modelaba gentiles estrofas, que de una apacible ternura habían de pasar a la más vigorosa plasticidad; Martínez de la Rosa, García Gutiérrez y Hartzenbuch, buscaban sus principales triunfos en el teatro; otros poetas de menor cuantía creían hallar la clave del romanticismo en un cúmulo de exageraciones y absurdos.

Zorrilla estaba en situación de explorar otros terrenos. Su alma de poeta, abierta a todas las emociones, había podido aspirar libremente las fragancias de raza en los campos de Burgos y Palencia, que tan conocidos le eran. Largas temporadas había

vivido entre los muros de Torquemada y en el recinto solariego de Quintanilla Somuñó, donde las mesnadas de los condes castellanos parecían galopar todavía. Ningún ambiente más propicio para formar el genio de un poeta romántico. Zorrilla tomó el romanticismo esparcido en las calles vetustas, en los templos solitarios, en las llanuras de amplios horizontes. Y aun de los labriegos castellanos, con quienes tanto había convivido, tomó la reciura y el casticismo del lenguaje. Ningún poeta español ha conocido como Zorrilla los secretos y reconditeces de nuestro idioma en sus formas más puras, que no aprendió en libros ni lexicones, sino en el trato continuo con gañanes y labrantines.

Zorrilla, pues, adoptó un tono diferente al de los demás poetas. Si en alguna de sus primeras poesías se observa la influencia de Espronceda o de Nicomedes Pastor Díaz, bien pronto su temperamento poético se revela claramente. Y fué entonces cuando comenzó a alzarse con el cetro de la poesía romántica.



La biografía de Zorrilla, a lo menos en sus episodios más salientes, es sobradamente conocida. Nació en Valladolid, calle de la Ceniza, a 21 de febrero de 1817. Su padre, relator de la Chancillería, era hombre chapado a la antigua, intemperante absolu-

tista y poco amigo de versos y fantasías. Con cargos importantes fué trasladado a Burgos y Sevilla, y luego a Madrid, donde desempeñó nada menos que el de Superintendente general de policía. Mientras metía en cintura a malhechores y revoltosos, su hijo José se educaba en el Seminario de Nobles. En 1832, al subir al poder Zea Bermúdez, que inició una política liberal, la familia tuvo que refugiarse en el rincón solariego. Poco después, nuestro poeta comenzó en las Universidades de Toledo y Valladolid la carrera de Leyes, que con tanta brusquedad había de interrumpir.

Cuando, ya conocido como poeta, comenzó a publicar libros de versos, su fecundidad excedió a la de todos sus colegas. En 1839 casó con doña Matilde O'Reilly, de mucha más edad que él, viuda y con un hijo. El matrimonio fué poco feliz. Por entonces también se dió a conocer como dramático, bien que no triunfase en tal concepto hasta estrenar la primera parte de *El zapatero y el rey* (1840).

En 1845 marchó a Francia, de donde hubo de regresar a principios del año siguiente por el fallecimiento de su madre, doña Nicomedes Moral. Siguió dando obras al teatro con éxito variable, hasta lograr en 1849 el acierto de *Traidor, inconfeso y mártir*. A la muerte de su padre, acaecida en octubre del mismo año, se vió en la precisión de enajenar la hacienda heredada, y poco después volvió a Francia, con el propósito por una parte de dar mayor

impulso a la publicación de sus obras, y por otra con el de alejarse de su mujer.

En París vivió cuatro años, durante los cuales no dejó de pasar frecuentes y graves apuros económicos. Publicó en 1852 su poema *Granada*, que obtuvo calurosa acogida en España y América. Distrajo sus horas de París un amoroso episodio. La protagonista, a quien él en sus poesías llama *Leila* y *Beida* (Emilia Serrano), contaba solamente quince años. A fines de 1854, sin duda porque la situación en Francia se le hacía muy difícil, Zorrilla marchó a Méjico.

Su llegada a Méjico no fué nada grata. Habíanle precedido unas quintillas, ofensivas para los mejicanos, que algún malintencionado hizo pasar como suyas, y que evidentemente no lo eran. Se justificó debidamente ante el presidente Santa Anna, y luego se trasladó a los Llanos de Apam, para establecerse en una hacienda de don José Adalid, primo del conde de la Cortina. En ella, en el palacio de Tacubaya, propiedad del citado conde, y en la quinta de Goicochea, situada en San Angel, vió pasar los mejores años de su estancia en Méjico. En 1857 publicó *La flor de los recuerdos*, libro tan heterogéneo como interesante. Tras cinco meses de permanencia en Cuba —donde publicó un nuevo tomo de *La flor de los recuerdos*—, regresó a Méjico y siguió de cerca los sucesos políticos del país. El amor de una aristocrática dama mejicana subyugó al poeta por este tiempo.

En octubre de 1865, el emperador Maximiliano encargó a Zorrilla de fundar un Teatro Nacional, cosa que a la postre no pudo realizarse. A mediados del año siguiente, autorizado por el emperador, con fondos que él le proporcionó y acompañado de un secretario oficial, Zorrilla hizo un viaje a España. Su mujer, doña Matilde O'Reilly, había fallecido; y acaso por ello deseaba el poeta solventar en su patria algunos asuntos para regresar luego a Méjico y desenvolver varias empresas, con el apoyo de Maximiliano.

Después de tantos años de ausencia, España recibió a Zorrilla con el mayor entusiasmo. Los poetas jóvenes le rindieron parias noble y generosamente, y todas las ciudades se disputaron el honor de agasajarle. Hallábase descansando en la casa solariega de Quintanilla Somuñó, cuando recibió la noticia del fusilamiento de Maximiliano. Esto trastornó por completo sus planes; y en la necesidad de buscar medios de vida, trasladó su residencia a Barcelona. Allí casó en segundas nupcias con doña Juana Pacheco.

La protección de Valera y Martos le consiguió en marzo de 1871 una pensión para Italia, bajo pretexto de ciertos trabajos en los archivos y bibliotecas de Roma, Bolonia y otras poblaciones. Vuelto a España en 1876, vivió sucesivamente en Madrid, Barcelona y Valladolid, desde donde se trasladó definitivamente a la corte en 1888. Durante estos años

sufrió largas y angustiosas carestías, de las cuales vino a librarle en parte la pensión que las Cortes le concedieron en diciembre de 1886. Por iniciativa de la sociedad *El Liceo*, de Granada, fué coronado fastuosamente en esta ciudad el día 21 de junio de 1889. Murió el poeta en Madrid, a 23 de enero de 1893.

***

El aspecto más conocido y alabado en Zorrilla, es el de poeta narrativo. Y ciertamente fué quien en la época romántica supo mejor que nadie extraer de la historia patria elementos inapreciables para sus relatos poéticos.

Zorrilla buscó esos elementos donde quiera que pudo encontrarlos. Nos cuenta él mismo que cierto día le propuso don Salustiano Olózaga que escribiera un romancero con las hazañas de los bandidos célebres, para sustituir a las detestables coplas de los ciegos; y que él, rechazando esta idea, concibió en cambio la de formar un legendario histórico y religioso. Entonces aparecieron *A buen juez mejor testigo*, *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *Las dos Rosas*, *El capitán Montoya*, *El escultor y el duque*, *Margarita la tornera* y tantas leyendas más que forman una de las más notables manifestaciones de nuestra poesía romántica. En esas leyendas, Zorrilla tuvo siempre la habilidad de recoger los asuntos más propicios al relato poético, para lo cual acudió a toda clase de fuentes, desde la tradición

oral a los libros devotos y anecdóticos, como el *David perseguido.*

En *Granada* ya afrontó una empresa de más alcances. El limitado radio de sus episodios legendarios, más o menos fantásticos, se amplió hasta comprender el vasto escenario de la conquista de Granada, y la escasa información que le sugirió datos para sus leyendas, se trocó en una documentación abundante y escogida. El poema *Granada*, aun sin terminar, encierra la más bella evocación que jamás haya podido hacerse de la dominación árabe en España.

Muchos años más tarde aún conservaba Zorrilla su gusto para la poesía narrativa. En los *Ecos de las montañas* franqueó los linderos de la historia de Castilla; en la *Leyenda del Cid* dispuso un romancero modernizado del héroe burgalés; en la *Leyenda de Don Juan Tenorio* urdió algunas fantasías, no faltas de algún fundamento histórico, en torno a la familia del burlador sevillano.

Pero si bien es cierto que Zorrilla fué el primer poeta narrativo de su tiempo, no por eso ha de negarse que empezó siendo poeta lírico y que, a través de su fecunda obra, conservó viva su emoción lírica. Si recorremos los primeros tomos de sus obras, sólo encontraremos poesías amorosas, como *A una mujer*, *Un recuerdo y un suspiro*, u orientales a la manera de Víctor Hugo, o divagaciones sentimentales como las de *La luna de enero*, *La medita-*

ción, o consideraciones sobre el espíritu de los tiempos pasados, como *Toledo*, *A un torreón*, o composiciones de asunto religioso, como *La Virgen al pie de la Cruz*, *Ira de Dios*.

Sus mismos poemas y leyendas están impregnados de un lirismo encantador. Véase en especial *Granada*, donde precisamente comienza a desplegar un nuevo rasgo lírico, que había de serle muy característico: la musicalidad de la estrofa. Las que él llamó alboradas rítmicas, serenatas y kásidas, son primores de ejecución en que el iris juguetea entre acordadas melodías. Nada más lírico que eso.

Parecida contextura tienen algunos poemas de sus últimos años, como *El cantar del romero* y *De Murcia al cielo*, así como las composiciones dedicadas a varias ciudades españolas (Sevilla, Alicante, Cádiz, etc.), que constituyen de hecho su postrera producción. Aspecto es éste, por tanto, que no puede olvidarse al hablar de Zorrilla.

Otras derivaciones toma la musa de éste en su segundo período. Tales son las de los cuentos más o menos folletinescos, como *Historia de tres Avemarias*, *Dos Rosas y dos Rosales*, *Una repetición de Losada*, y la de los poemas y discursos de tesis didáctica y moralista, salpimentados con su poco de humorismo, como *La Inteligencia* y *Mi última brega*. Si éstas no son obras de decadencia, a lo menos deben tenerse por las menos acordes con el estro de Zorrilla, y en consecuencia las que en orden

de mérito ocupan evidentemente el último lugar.

Muy preferente, en cambio, es el que corresponde a las obras dramáticas de Zorrilla, con todos sus defectos. Para darle un puesto aparte entre los autores de su época, bastarían *El eco del torrente*, *Sancho García*, *El puñal del godo*, y sobre todo *El zapatero y el rey*, *Traidor, inconfeso y mártir* y *Don Juan Tenorio*. Vió Zorrilla el arte teatral de nuestro siglo de oro con los ojos de un poeta del XIX y le trasplantó a la escena moderna conservando sus gallardías, sus efectismos, hasta sus incoherencias, pero embelleciendo todo ello con las galas de su versificación y rodeando el fondo de sus dramas del mismo aire misterioso esparcido en sus leyendas. Por algo se ha dicho que son leyendas dramatizadas.

*
* *

La primera edición de las *Obras* de Zorrilla se publicó en París, por el editor Baudry, en 1847. Constaba de dos tomos. Uno de ellos, comprensivo de las leyendas y poesías líricas, estaba formado por el contenido de varios libros impresos en Madrid a partir de 1837; es a saber: *Poesías* (siete volúmenes, 1837-1840); *Cantos del Trovador* (tres volúmenes, 1841); *Vigilias del estío* (un volumen, 1842); *Recuerdos y fantasías* (un volumen, 1844); *La azucena silvestre* (un volumen, 1845), y *El desafío del diablo* y *Un testigo de bronce* (un volumen, 1845). El

otro tomo contenía las obras dramáticas que hasta aquella fecha había escrito el poeta.

En 1852 se publicó la segunda edición de estas *Obras*. Salía adicionada con un tercer tomo, donde tenían cabida las obras compuestas después de 1847 y alguna otra que había quedado traspapelada. Después de ésta, hizo otras ediciones la misma casa, con ligeras variantes en el contenido.

Pero esta colección, que es la más conocida, comprende una mínima parte de la labor de poeta, por la fecha en que se publicó. Desde 1852, Zorrilla siguió publicando tomos y tomos de poesías, y aún no se ha formado con ellos un cuerpo que encierre ordenadamente las obras completas del poeta vallisoletano. Al morir éste, es cierto, se hizo otra edición de sus obras; pero no es más cabal que la de París, de la cual se diferencia muy poco. Aparte de esto, solamente se publicó un tomo (1908), con varias poesías de los últimos años. Empresa de trascendental importancia literaria sería, por tanto, la publicación de las obras completas, que para serlo realmente habían de contener, con las ya incluídas en las dos ediciones citadas, las publicadas después en volúmenes nada escasos, y aun las desperdigadas en periódicos y revistas. Triste es que esto no se haya hecho ya.

Zorrilla, en 1884, intentó publicar sus *Obras completas*. Al efecto, puesto de acuerdo con la *Sociedad de Credito Intelectual*, de Barcelona, dió a la estam-

pa el primer volumen, compuesto por trece leyendas. De ahí, sin embargo, no pasó el intento.

Ya que, por ahora, no sea posible publicar las obras completas de Zorrilla—que en estas ediciones de Clásicos Castellanos demandarían unas docenas de tomos—, limitémonos a coleccionar las poesías que no lo han sido hasta el presente. Se ha formado este tomo, pues, con las que dispersas se hallan en revistas y periódicos, y alguna otra perdida en raro folleto; es decir, las menos asequibles a la generalidad de los lectores. Al alcance de todos están las incluídas en las ediciones antes citadas, así como en los libros de fecha posterior. No así las que aquí ofrecemos al lector.

Figuran en primer término las escritas por Zorrilla en su mocedad. Claro es que en ellas aparece el poeta incipiente, que hace sus tanteos con variable habilidad; pero por eso mismo ofrecen mayor valor documental. De igual modo verá el lector, y así podrá contrastar, algunas de las que compuso en sus últimos días, aún alumbradas por chispazos de aquella inspiración como ninguna poderosa. Las comprendidas entre unas y otras—de mérito desigual, según las circunstancias en que fueron producidas—, corresponden a épocas muy distintas en la vida del poeta.

Casi sin excepción, conforme ya he indicado, las poesías aquí incluídas no lo están en los numerosos tomos de poesías que en vida publicó el poeta, ni

en los que se han publicado después de su muerte. Hay, sin embargo, una circunstancia que acaso pueda suscitar dudas en este punto; y es que Zorrilla con mucha frecuencia utilizó en sus poesías versos que ya había insertado en otras anteriores, mezclándolos y barajándolos según su conveniencia. Así, por ejemplo, la poesía *Las nubes*, publicada en 1841, reaparece en *Las píldoras de Salomón;* dos composiciones insertas en 1853 y 1854 en la *Revista Española de Ambos Mundos*, se incorporan luego a las tituladas *A Dios* y serenata *A Rosa;* otra serenata *A Ana*, incluída en la segunda parte de *La flor de los recuerdos* (Habana, 1859), pasó más tarde a la *Leyenda del Cid.* Casos análogos encontrará el lector señalados en las notas de este tomo.

Lo dicho, sin añadir observaciones que acaso parecieran superfluas, bastará para que se comprenda el papel que la presente edición juega en la reconstitución de la obra poética de Zorrilla.

Narciso Alonso Cortés.

POESÍAS

DE

ZORRILLA

EL TROVADOR

I

De un elevado castillo
que Arlanza orgulloso baña,
un Trovador elegante
en la puente se paraba.
En el rastrillo golpea
con el pomo de una daga,
y en los góticos salones
ronco el eco se propaga.
Un joven doncel, del fuerte
presentóse en la muralla,
y con semblante halagüeño
dijo en alta voz: «¿Quién llama?»
El Trovador que le ha oído
dirigióle aquesta fabla:
—«Si llegado es en buenhora,

1. Esta poesía, que se insertó en *El Artista* (1835), es la primera de Zorrilla que vió la luz pública. En la misma revista se publicaron las tres siguientes: *(A una joven*, *Amor de poeta* y *El Contrabandista)*.

un pacífico infanzón,
que envía a vuestra señora
don Rodrigo de Aragón».—
Se alzó a este tiempo el rastrillo,
y en el patio tuvo entrada;
un paje tomó el corcel
por las riendas plateädas,
y el gallardo trovador
por los salones se entraba.

II

Confuso ruido se oía
en la sala principal,
y el extranjero
hacia ella se dirigía
en continente marcial
muy altanero.
Hallóla toda ocupada
de galanes y de bellas
en gran festín;
doña Blanca de Moncada
se ve la primera entre ellas,
como la rosa
más orgullosa
en un jardín.
El día feliz memora

en que luz primera vió;
y a su lado
por eso, gentil señora,
tanto héroe celebrado
hoy reunió.

III

Entró do estaba el convite
gentil el recién venido;
hizo gracia
con el morado sombrero,
y atrevido
en denodado ademán
a doña Blanca se fué;
y después de haber pedido
su venia, ante ella galán
quedó en pie.
La dama se la otorgó
y así el trovador habló:

IV

«Don Enrique mi señor,
»el cuarto Enrique que es,
»me manda donde me ves,
»a mí, que soy trovador,
»trovador aragonés.

»Diz que es hoy vuestro natal,
»y este monarca del mundo
»quiere honrarlo como tal,
»que el cuarto Enrique así val
»como val Juan el segundo.
»Y una trova te regala
»que trova de amores es
»y ninguna se la iguala;
»por eso vine de gala,
»trovador aragonés.—»
—«Yo a tu señor agradezco,
—doña Blanca respondió—
»de un amor que no merezco
»esta prueba que me dió.
»Y a estas damas placerá
»y galanes que aquí ves
»trova de amores
»que cantará
»trovador aragonés».

V

TROVA

Un día risueño
prepara la aurora.
¡Feliz la señora
del alto Muñón!

¡Oh, cuántas personas
se ven a su lado!
¡Cuánto señalado
valiente infanzón!

Un buho funesto
que cerca habitaba,
lejano graznaba.
¡Se le vido huir!
La blanca paloma
ocupa su nido;
su amante gemido
se acaba de oir.

Porque hoy es el día
de Blanca fermosa,
la más bella rosa
que tiene el jardín.
¡Trovas y alegría,
y largo festín!
Que nasce fermosa
la más bella rosa
que tiene el jardín.

VI

Su dulce voz espiró,
y sus ecos repitieron
las bóvedas de Muñó.

Y, en vano le pidieron
quedase en el castillo.
No pueden los caballeros
ni las damas alcanzallo,
que ha perdido su caballo
y mandó
que le alzaran el rastrillo;
despidióse muy cortés
y dijóles al partir:
«Quedárame hasta mañana
»en este festín de amor,
»y fuera de buena gana;
»mas de Enrique mi señor
»otra la voluntad es,
»y yo soy su trovador,
»trovador aragonés».

A UNA JOVEN

Y fué mi amor profundo
¡oh hermosa! porque al mundo
para amarte nací.
(E. DE OCHOA.)

I

Yo adoro la hermosura
de angelical doncella encantadora,
bella como la aurora,
como las flores pura.

En su labio risueño
yo contemplo mi amor con ufanía;
ella me amaba un día,
yo la llamé mi dueño.

Reclinado en su seno
yo sentía su mano dulcemente

---

125. Esta poesía y la siguiente, expansión de los primeros amores del poeta, están dedicadas a Catalina Benito Reoyo. Era ésta una joven de Lerma, de quien Zorrilla estuvo enamoradísimo. Solicitó de ella un plazo para la realización de sus planes; pero poco después de la famosa huída de Zorrilla, aún estudiante, a la villa y corte, Catalina casó con otro.

resbalar por mi frente,
de orgullo el pecho lleno.

Y la impresión ligera
sentí que por mi sien acalorada
hacía perfumada
su rubia cabellera.

Y oí su juramento,
que enlazando su mano con la mía
mil veces repetía
con cariñoso acento.

Y era su voz más grata
que del aroma la odorante nube,
que en la mezquita sube
del pebete de plata.

¡Ah! que ella fué mi orgullo
y yo la amé porque era más hermosa
que de temprana rosa
el naciente capullo.

II

Con pompa sus ramas al cielo elevaba
el álamo en medio del bosque frondoso,
y arroyo entre guijas al pie deslizaba
su curso penoso.

Bajó irresistible del monte cercano
furioso torrente, y el manso arroyuelo
creció, y el follaje del álamo vano
pcstró por el suelo.

III

¿Qué te valdrá ¡Catalina!
la hermosura peregrina
de ese rostro virginal,
cuando falsos amadores
se rían de tus amores
y se rían de tu mal?

Cuando el álamo pomposo
levantó tan orgulloso
su cabeza,
todas las aves del valle
bajaron a celebralle
su grandeza.

Cuando por tierra caído,
sólo el siniestro graznido
del buho en torno se oía,
¿qué se hacía el ruiseñor
con sus cantares de amor?
Medroso del valle huía.

Cuando llores los afanes
que tus mentidos galanes
te mostraron,
¿dónde estará de tu llanto
aquel misterioso encanto
que probaron?

¡Alma mía! yo te amaba
y en amarte me gozaba
y halagabas tú mi amor.
¿Qué te hice, ¡oh mi querida!
que así condenas mi vida
a la rabia del dolor?

¡Ay! mis días se pasaron
y un recuerdo me dejaron
cual de un sueño;
cual de un sueño de delicias
que formaron tus caricias,
¡oh mi dueño!

Cuando apenas vi en mal hora
tu belleza seductora
¡si muriera, oh Catalina...!
Viera entonces derramada
esa copa emponzoñada
que la suerte me destina.

Que entre el lúgubre reposo
del sepulcro silencioso
no se agita
esa sombra que nos ciega
y abandona cuando llega
nuestra cuita.

Cuando vi tus labios rojos,
cuando vi tan bellos ojos,
tantas gracias ¡prenda mía!
sentí un amor tan profundo
que un arcángel en el mundo
de ternura te creía.

¡Insensato! me engañaba,
un espíritu adoraba
en mi delirio;
no vi entonces, ciego amante,
en tu mágico semblante
mi martirio.

¡Ojalá nunca te viera
y nunca escuchar te hiciera
mis amorosas querellas;
que tan bella ¡eras mujer!
tan ligera en el querer
como sois todas las bellas!

Mas los álamos cayeron
cuando las aguas vinieron

más crecidas,
y sus hojas, Catalina,
fresca rosa purpurina
vió caídas.

Y pasarás cual pasaron
los álamos que prestaron
su gala y su sombra al valle;
pasarás, y en el olvido
tu nombre una vez hundido
¡ay! fuerza será olvidalle.

IV

Solo, yo solo en tu sepulcro helado,
elevaré mi cántico enlutado
en noche tenebrosa.
No brillará la luna, y hará el viento
que retumbe fatídico mi acento
en tu cóncava losa.
Y buscará mi cántico tu oído,
y aquel mundo hallará desconocido
do estará tu morada;
y te dará tormento inextinguible
hasta que en tu mansión incomprensible
mi alma tenga entrada.

AMOR DEL POETA

I

¡Catalina! encantadora
más que la lánguida brisa
de la aurora;
más que del ángel del sueño
la pacífica sonrisa,
¡dulce dueño!
Cuando en tu tranquilo seno
reclinaba mi cabeza,
ese tu rostro sereno,
esa mágica belleza
contemplaba;
de un espíritu la vida,
todo un cielo, mi querida,
orgulloso no envidiaba.—

Hoy ¡triste! en suelo lejano
me trae tu imagen la mente.
¡Hermosa! ¡En vano
canto los versos que oías

al pie del gótico puente
otros días!
Cuando cerca rielaba
la luna en el agua pura,
que la sombra retrataba
de tu elegante cintura...
tan galana,
que te envidia, Catalina,
tu sencillez peregrina
la altanera cortesana.

Y yo te adoré contento,
y te llamé mi querida...
Fué un momento,
un momento seductor
que me hizo grata la vida
con tu amor!
Tú en tu canción, que me amabas
me juraste, ¡dueño mío!
y al par que amante cantabas
alzó su murmullo el río.
Que al cantar
de una hermosa enamorada,
mezcla el agua plateada
su extenuado susurrar.

II

Mas tú, Catalina, como eres de bella
así veleidosa te precias de ser;
deslumbras el alma, fantástica estrella,
y pasas cual aura de vago placer.

Pluguiérate un tiempo ¡feliz! prenda mía,
en medio la noche mis versos oir;
entonces tu labio falaz sonreía,
gozabas traidora de verme morir.

Y tú me jurabas de allí a eternamente
un inextinguible volcánico amor,
tu mano pasabas en torno a mi frente...
la frente, decías, de tu Trovador.

Solo, con la luna bajo tu ventana,
mil veces por verte contento esperé;
¡ay! ¿por qué si entonces me amabas, tirana,
me esquivas ahora? responde ¿por qué?

¿Hallastes acaso amor más cumplido?
¿Te llama su bella más fino galán?
¡Cien torres robustas al fin han caído!
¡Las iras calmaron del recio huracán!

Que llore el poeta, dijiste; por eso
hermosas canciones le inspira un desdén;

por eso a las damas es dulce embeleso,
por eso el guerrero le aplaude también.

¡Tirana! que aplauda mi canto el guerrero,
que aplauda mi canto su estúpida voz!!...
También el poeta se viste de acero,
también el poeta combate feroz.

Y vence, y su triunfo con vaga sonrisa
contempla, y la sangre con júbilo ve,
y humea; y es roja la tierra que pisa...
Respira sereno, no tiembla su pie.

III

Mas perdona, hermosa mía,
perdona tu Trovador.
¡Fué la pasión, fué el amor,
fué mi ardiente fantasía!

¡Te amo!... más que a las flores
la risueña primavera;
te amo, linda hechicera,
cual aman los Trovadores.
Que eres bella castellana
como la rosa temprana
que se abre en fresca mañana
al soplo de [la] brisa inquieta;

más que el albor de la aurora,
más que fuente bullidora,
más que la ilusión que adora
en su delirio el poeta.

Mas ¡ay! que al pie de tu reja
en vano el poeta llora!
Tú no le escuchas, señora,
que es importuna su queja.

Ni aun sus denuestos te irritan,
ni te dueles de su llanto,
ni los ayes de su canto
ese corazón agitan.

Que sólo me escucha el viento,
y con bramido violento
arrebata al firmamento
mi dolorida canción...

¡Catalina!... tú, serena,
de llanto y de amor ajena,
ni oirás mi cantilena
ni sentirás mi pasión.

Y tal vez en tu ventana,
ceñida la sien de flores,
verás nuevos amadores
venir de tierra lejana.

Y en cansado palafrén,
mal vestido el roto acero,
vendrá algún aventurero
a darte obsequio también.

Mientras yo, el primer amante,
en esta arena distante
lloro mi bella inconstante,
lloro mi olvidado amor.

Tus caricias... ¡que pasaron
como cierzos que bramaron,
como soles que secaron
una solitaria flor!—

¡Que el eterno llanto mío
mi rostro ardoroso oprima!
¡Que riegue en extraño clima
algún sepulcro sombrío!

O cerca de una laguna
moje el pie de rota cruz,
que bañe la par[a]da luz
de la silenciosa luna.—

Y pasen los años míos
como espumas de los ríos,
como entre peñascos fríos
muere al nacer triste lirio.—

Y perezca el Trovador,
y en un suelo abrasador
que le acabe de su amor
el fantástico delirio.

EL CONTRABANDISTA

Subiendo la negra roca
de embarazosa montaña,
contrabandista español
bridón andaluz cabalga.
Lleva el trabuco a su lado,
el cuchillo entre la faja,
y con el humo del puro
su voz varonil levanta.

«Que brame en la peña el viento,
que se arda el monte vecino,
que rompa el enhiesto pino
el aquilón violento.
Yo desprecio sus furores;
y aquí solo, sin señores,
de pesadumbres ajeno,
oigo el huracán sereno
y canto al crujir del trueno
mis amores».

«El albor de la mañana,
en sus matices de rosa,

me trae la imagen preciosa
de mi maja sevillana,
y en sus variados colores
me pinta las lindas flores
del suelo donde nací,
donde inocente reí,
donde primero sentí
mis amores».

«Cuando la enemiga bala
chilla medrosa a mi oído,
ya mi contrario caído
el alma rabioso ecsala.
¡Qué me importan vengadores
cien fusiles matadores
que amenacen mi cabeza!
Con mi *Moro* y mi destreza
yo les canto en la maleza
mis amores».

«Sienta yo el pujante brío
del galope de mi *Moro*,
y el trabucazo sonoro
de algún compañero mío;
y que vengan triunfadores
los caballeros mejores
que empuñaron lanza o freno.
Yo de temerles ajeno
cantaré libre y sereno
mis amores».

Tranquilo el contrabandista
aquí del canto llegaba,
cuando un acento francés
«¡Fuego!» a su lado gritaba.
Sobre su frente pasaron
con rudo silbar las balas,
y gendarmes le acometen
diciendo «¡Ríndete a Francia!»
Y entonces él—«No se rinden
los que nacen en España»,
y contra el jefe enemigo
su ancho trabuco descarga.
Cayeron dos, como arbusto
que el cierzo en pos arrebata.
En impetuosa carrera
el bruto gallardo arranca;
y por sobre los peñascos
que en rápida fuga salva,
cantando va el español
al trasponer la montaña:
«Vivir en los Pirineos,
pero morir en Granada».

A UN POETA

Déjame oir tu misterioso canto,
alegre voz de tus ensueños de oro;
solo y perdido peregrino, en tanto,
mal en mi pecho mi dolor devoro.
Dióte el cielo contento y armonía
y es justo que le cantes y le adores;
puro y tranquilo resbaló tu día,
tu sien de niño coronó de flores.
Para tí son la risa y los festines,
la tierra para tí tiene placeres,
la tierra para tí tiene jardines,
y para tí son bellas las mujeres.
Y tiene luz el cielo transparente,
color azul y lánguidas estrellas,
y ese fanal que alumbra tristemente
cual moribundo sol, en medio de ellas.
No para mí, cuya fatal mirada
quema y devora cuanto en torno nace,
arroyo que al caer de la cascada
en cristalinas trenzas se deshace.

---

459. Poesía publicada en *El Español* (27 junio 1837) y no incluída por Zorrilla en sus colecciones de poesías.

Pero llega torrente a la llanura
y arranca frutos, árboles y flores,
y al campo roba gala y hermosura
arrastrando con él musgo y colores.
No para mí, que en noche borrascosa
vine a surcar las ondas de la vida,
con el alma penada y fatigosa,
con la esperanza del placer perdida.
No para mí, que busco una corona
y un nombre pido en agonía vana,
mentida luz que de verdad blasona
pero que un nombre nos dará mañana.
No para mí, que nací
hecha de fuego mi alma,
sin un momento de calma
en las horas que viví.

. . . .
. . . .
. . . .

¿Por qué en el lánguido aliento
de una mujer que suspira
sólo el poeta respira
su amargura y su tormento?
¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
la fogosa inspiración
si es de tierra el corazón
y su voluntad resiste?
En los góticos salones,
en las pintorescas ruinas,

cantan con notas divinas
sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
y en su entusiasmo violento
pasa su espíritu el viento
y el curso de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre
y ve su misterio en calma.
¡Ay, no comprende su alma
y no demanda su nombre

Que es el poeta un bajel
que de riqueza cargado,
surca el mar alborotado
para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal
de avaro conquistador
al amarillo fulgor
de lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
era de mármol su frente
doblada lánguidamente
sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría
que el hierro no sujetaba;
su espalda le sustentaba;
si érase un hombre, dormía.

Vi un rey que el trono perdió,
porque al vasallo le plugo,

caminar junto al verdugo
que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban
sobre féretro asqueroso
y con cántico medroso
sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados
en sus inmundos placeres
entre orgías y mujeres
de sus hijos olvidados.

«Vivamos hoy»—se decían
en el [l]úbrico festín,
y otros con ayes sin fin
el sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos
y otros de hambre cayeron
y todos se maldijeron,
que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal
vi la sombra del poeta,
a quien el tiempo respeta
y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
y alza al cabo su cabeza,
fijos con noble fiereza
sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes,
orgulloso triunfador,

intérprete del Señor
sobre la ley de los reyes.

. . . .
. . . .
. . . .

Oye, sublime cantor,
si es fuerza que al fin sucumba,
si al fin bajo a ignoble *(síc)* tumba
a dormir con mi dolor;
si al fin con el viento vago
mis versos se perderán,
cual fuentes que a morir van
al cieno de hediondo lago;
cuenta al mundo mi amargura,
cuéntale mi suerte impía,
que sepa al menos que un día
quise volar a su altura.
Y borra, borra mi nombre
si le han grabado en mi losa,
que no le insulte orgullosa
la imbécil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla
que el cierzo marchitará,
entre el césped brotará
de mi sepulcro en la orilla.
¡Pobre flor! ¿por qué naciste
sobre una tumba desierta?

¿No temes la noche yerta,
tan solitaria y tan triste?
   Pobre flor, ¿a qué, temprana,
diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
pero morirás mañana.
   ¡Ay, pobre flor amarilla!
¿a qué tan pronto brotar
si el cierzo te ha de agostar
de mi sepulcro en la orilla?

Valladolid, mayo de 1837.

UNA VERDAD COMO UN PUÑO

Se me ha puesto en la cabeza,
y voto va a San Ginés
que aunque pese al universo
atrás no me he de volver.
Y antes de seguir ¡oh Ayguals!
quiero advertirte cortés
que me remitas hoy mismo
el album de tu mujer;
porque es justo ¡vive Dios!
que haga una excepción con él,
ya que con todos los otros
preparo un auto de fe.
Pues, señor, estáme atento,
porque quiero c por b
espetar cuatro verdades
que han de hacer bulto de diez.
Al ir a doblar la esquina
de mi casa antes de ayer,

---

595. Poesía dirigida a Wenceslao Ayguals de Izco, director de *La Risa*, donde se insertó.

me di de manos a boca
con el elegante Andrés.
Ya le conoces... Buen mozo,
equipado a *la dernière*,
gran figurín de las modas,
verdadero parisién
en el vestir y el andar,
en el dormir y el comer,
dado que ni estuvo en Francia
ni deletrea el francés.
Mas esto, Ayguals, es su fuerte,
y como hay de este jaez
tantos otros, pasa entre ellos
por la torre de Babel.
Además, ya habrá llegado
a tu noticia también,
que aunque con duques se trata
y vive como un marqués,
ni tuvo nunca, ni tiene
esperanzas de tener,
más renta y bienes raíces
que sus barbas y tupé
(lo cual respondió Ventura
a quien yo conozco bien
en una ocasión que él sabe
y por lo que yo me sé).

638. Alusión a un hecho que refiere Zorrilla en los *Recuerdos del tiempo viejo,* y a que también alude Patricio de la Escosura en sus *Recuerdos literarios.* Siendo Superintendente general de policía

Pues, señor, Andrés es este,
y para la completez
del individuo, oh Ayguals,
que sepas es menester
que no hay baile, ni paseo,
ni tertulia, ni café,
ni una fonda, ni un teatro,
ni una reunión, donde él,
parecido o convidado,
socio o amigo, no esté.
Con éste, pues, cual lo pinto
fué con quien di antes de ayer.
—¡Oh dicha! ¡Zorrilla mío!
—¡Oh suerte! ¡Mi don Andrés!
¿Cómo está usted?
—¿Yo? tan guapo,
Pepe del alma, ¿y usted?
—Como siempre, también guapo
(salvo mejor parecer).
¿Dónde va usted por aquí?
—A su casa.
—Suba usted,
que a la puerta está.
—Con mucho
gusto.

D. José Zorrilla Caballero, padre del poeta, habíase prohibido que los paisanos usaran bigote; cierto día encontró el Superintendente a Ventura de la Vega, y al observar que quebrantaba la orden, le preguntó: «¿Por qué usa V. bigote?» A lo cual contestó el interpelado: «Porque son los únicos bienes raíces que poseo».

—Mírelo usted bien,
que hay que apechar por seis tramos.
—Aunque fueran diez y seis.
—Subamos, pues.
—Pues subamos.—

Y henos en un dos por tres
en mi estudio cara a cara,
él conmigo y yo con él.
—Ya estamos solos; ¿qué es ello?—
le dije yo; y sin perder
un momento, ante los ojos,
con la dignidad de un rey,
me abrió un album, por un hoja
de blanquísimo papel,
quedándonos uno y otro
ante la mesa de pie.

Me alegrara, Wenceslao,
que hubieras podido ver
los dos tan distintos gestos
que pusimos a la vez.

Él con una sonrisita
de importancia, y como quien
dice «Yo soy todo un hombre»,
me miraba de través;
lo cual me hizo, a pesar mío,
recordar el cuento aquel
en que dijo a un castellano
desde un pozo un portugués:

«Casteçao, salva mi vida,
que te la perdonaré».
Yo en tanto, frunciendo el ceño,
le contemplaba también,
entrambos como dos gatos
que un plato por medio ven
y recelosos se miran
sin atreverse a comer.

Yo, al fin, con este descaro
que Dios me dió, y este *aquel*
que por ese mundo viejo
yo mismo me procuré,
con un tono entreverado
de franqueza y de doblez,
con el joven *petit-maître*
así el diálogo anudé:
—¿Con que mi firma en esta hoja
es lo que usted quiere?
—Pues;
no fuera el album completo
si faltara la de usted.
—Pues ahí está—dije yo,—
cogí la pluma y firmé.
—No es eso, señor Zorrilla,
lo que se quiere.
—Pues ¿qué es?
—Una composicioncita
a propósito; ocho o diez
estrofitas, de esas cosas

tan bonitas que hace usted.
—Es lisonja que usted me hace,
mas vamos claros, pardiez,
que esto va largo y me esperan,
amiguito don Andrés.

Yo soy un hombre algo zaino,
que, como usted sabe y ve,
estoy hasta aquí de versos
(y le señalé a la nuez).
Si de llenar ese album
se ha tomado el cargo usted,
ha hecho usted mal, porque un hombre
no se puede prometer
que otro hombre de mal humor
se dé un mal rato por él.
—Por mí, no; por la señora
dueña del album.
—¿Quién es?
—Es una niña hermosísima,
mas no la conoce usted.
¡Si usted la viera!
—En tal caso,
no dude usted, don Andrés,
que emborronara de ese album
con mucho gusto el papel.
Pero, pues no me conoce,
ni a ella yo, perdone usted
si le digo que no quiero
hacer una letra en él.

Nada esa señora y yo
nos debemos.
—Ya se ve.
—Si mi firma por capricho
tiene gusto de tener,
ahí la lleva, y esto basta;
pero que se aplauda usted
de haber molestado a tantos
con el album, y a los pies
de esa señora hermosísima
vaya usted solo a afrecer
los frutos apetecidos
de la pluma y del pincel,
sin que nunca en tiempo alguno
esa señora ni usted
al pintor, poeta o músico
se lo hayan de agradecer,
eso no será en mis días
ni conmigo, don Andrés.
—Pero un album... uno solo...
cuatro estrofas...
—Más de cien
me han traído esta semana
y no conozco ni tres
de los nombres de quién son,
y ni uno supo volver
a decirme: Muchas gracias;
con mi amistad cuente usted.
—Eso raya en grosería,

Pepe. ¡Un desaire! ¿Y a quién?
¡A una señora, en un album!
—Acabemos, don Andrés,
y excuse reconvenciones
de cortesía, porque
viven los cielos que ahora
fuera mucho más cortés
que esa señora hermosísima,
en vez de enviarle a usted,
me mandara a su lacayo
o algún mozo de cordel
con el album, y un billete
que me obligara a volver
atención por atención,
ya que esta ruin estrechez
de los tiempos que alcanzamos,
no la permiten hacer
mejor expresión de aprecio,
sin precio vil, que vil es.
¿Me explico? Eso es cortesía
y educación, don Andrés:
dar mi firma por la suya,
o si oportuno lo cree,
con un mal ramo de flores
o cosa así... ¿entiende usted?
no pagar tan ruin servicio,
la intención agradecer.
Esto, don Andrés de mi alma,
a esa hermosa dirá usted

de mi parte, mientras yo,
en un mal romance en *e*,
se lo digo a todo el mundo,
que le siente mal o bien.

PRIMERA IMPRESIÓN DE GRANADA

Dejadme que embebido y estático respire
las auras de este ameno y espléndido pensil.
Dejadme que perdido bajo su sombra gire;
dejadme entre los brazos del Dauro y del Genil.
Dejadme en esta alfombra mullida de verdura,
cercado de este ambiente de aromas y frescura,
al borde de estas fuentes de tazas de marfil.
Dejadme en este alcázar labrado con encajes,
debajo de este cielo de límpidos celajes,
encima de estas torres ganadas a Boabdil.

Dejadme de Granada en medio el paraíso
do el alma siento henchida de poesía ya:
dejadme hasta que llegue mi término preciso
y un canto digno de ella la entonaré quizá.
Sí, quiero en esta tierra mi lápida mortuoria;
¡Granada!... tú el santuario de la española gloria:
tu sierra es blanca tienda que el pabellón te da,
tus muros son el cerco de un gran jarrón de flores,

801. Composición publicada en *El Pasatiempo*, de Granada (13 abril 1845).

tu vega un chal morisco bordado de colores,
tus torres son palmeras en que prendido está.

¡Salve, oh ciudad en donde el alba nace
y donde el sol poniente se reclina:
donde la niebla en perlas se deshace
y las perlas en plata cristalina:
donde la gloria entre laureles yace
y cuya inmensa antorcha te ilumina;
santuario del honor, de la fe escudo,
sacrosanta ciudad, yo te saludo!

CUENTOS DE UN LOCO

EPISODIOS DE MI VIDA

EL EDITOR

Lector, ¿qué es lo que hacer quiso el poeta
cuando escribir imaginó esta historia?
¿Dejar tal vez de su existencia inquieta
a la futura edad una memoria?

---

829. En 1853 publicó Zorrilla la primera entrega de los *Cuentos de un loco*. Es la única que vió la luz.

Despues de unas octavas que Zorrilla dice de *El Editor*, sigue el *Capítulo primero*, dividido en dos partes. La primera está exclusivamente formada por una epístola dedicatoria a D. Cayo Quiñones de León; la segunda, por unas octavas, tituladas *Inspiración.* El capítulo segundo, muy interesante, hace referencia a la memorable fuga que Zorrilla, siendo estudiante, realizó a la corte. El capítulo tercero, inicia el que llama Zorrilla *cuento diabólico*, bajo el título de *Maese Adán y su hija*, puesto en boca de un ermitaño.

Este cuento está apenas comenzado. Andando los años, en 1859, imprimió Zorrílla en la Habana *La flor de los recuerdos*, segunda parte de un libro publicado en Méjico, y en ella incluyó una *Historia de tres Ave Marías*, que no es otra cosa sino el cuento de *Maese Adân y su hija*, levemente aumentadas, pero sin alcanzar su término.

Estando, pues, inconclusa esta historia, creo inútil incluírla en este tomo. En cambio, me parece de mucho interés publicar los preliminares, por lo que tienen de autobiográficos, siquiera Zorrilla se deje arrastrar bastante de su fantasía.

¿En su confusa crónica incompleta
su fe o superstición hacer notoria?
¿Predicar a su siglo una fe ardiente
o escupirle en la faz como un demente?

No sé. Sobre ello cuanto más medito
más en oscuros cálculos me pierdo.
Cosas dice este loco en este escrito
que haber leído en otro no recuerdo;
obra tal vez de un santo, de un precito
tal vez, a veces loco, a veces cuerdo,
su relato es de dudas un abismo;
no se entiende tal vez él a sí mismo.

Acaso sus fantásticas leyendas
de horóscopos y magia y predicciones,
son de un disfraz en que se emboza prendas;
de su locura acaso son visiones,
de su vida las páginas horrendas,
de su fiebre tal vez las invenciones:
su relación a veces horroriza
y a veces de placer el alma hechiza.

Yo, lector, por mi parte te aseguro
que penetrar no pude en su secreto;
sin comentarios, aunque le hallo oscuro,
le doy a luz como editor discreto.

Imparcial, al autor dar no procuro
la razón, ni en quitársela me meto;
porque al fin, como él dice, importa poco
dar o no dar con la razón de un loco.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE, DIVIDIDO EN DOS PARTES, SIRVE DE INTRODUCCIÓN A ESTA OBRA, Y EN EL CUAL SE PRUEBA QUE LOS LOCOS Y LOS POETAS NO VEN LAS COSAS DEL MUNDO COMO LOS DEMÁS HOMBRES.

PRIMERA PARTE

Epístola dedicatoria al señor D. Cayo Quiñones de León, *secretario de la legación de S. M. C. en París.*

Bruselas.—Febrero 21-53.

Cayo, ¡amás de su memoria el hombre
destierra los recuerdos de la patria,
ni las semillas de la fe en que nace
del corazón voluble desarraiga.
El que la tierra en que nació abandona,
por el fiero huracán de sus desgracias
arrebatado a su pesar, quien de ella
parte de gloria o de placer con ansia,

desventurado aquél, éste dichoso,
huésped allí desde la tierra extraña,
en su bien o en su mal los ojos vuelve
hacia el país donde pasó la infancia.
En nuestra mente virgen las imágenes
de la niñez purísimas se graban,
y el renegado vil y el duro ateo
al Dios de su niñez muriendo llaman.
El huerto do corrimos cuando niños,
el oscuro desván que nos causaba
pavor, la efigie del altar del templo
donde oíamos misa, la dorada
veleta de la torre que se erguía
frontera del balcón de nuestra casa,
la oración que de noche al acostarnos
nuestra madre a decir nos enseñaba,
el antiguo cantar con que en la cuna
nuestra nodriza nos dormía, páginas
son del libro inmortal de la memoria,
bien que a la eternidad se lleva el alma.
Perenne manantial de poesía
son de la vida en la fortuna varia:
el que vive feliz, en su corriente
fresca y salubre con placer se baña;
el que infeliz, abreva su memoria
de sus recuerdos en la fuente amarga:
éste a su triste són vigila insomne,
aquél tranquilo a su rumor descansa;
mas ambos beben con delicia siempre

en el raudal de sus bullentes aguas,
las cuales el país de su memoria,
erïal o jardín, regando pasan.
  Nuestro espíritu, a sombra de sus zarzos
o en sus bosques de mirtos o de palmas,
sus horas de placer o de amargura
alegre goza o despechado arrastra.
  Ese mundo invisible que le cerca,
esas quimeras mil que le acompañan
siempre y doquier, en sueño y en vigilia,
¿qué son? Amigos que a su lado viajan
de la existencia por la senda, gotas
que de la fuente del recuerdo manan,
ecos que trae al templo de la mente
desde el vergel de la niñez el aura.
  El que niega traidor que les conserva,
miente a su corazón, mas no le engaña;
y, espectros vengadores, esperándole
a los pies de su féretro les halla.
El que en su corazón les aposenta
y les cultiva cual preciosas plantas
del jardín de la vida, con su aroma
de la suya los días embalsama,
de ella alumbra a su espíritu el camino
de una fe limpia con la antorcha clara,
y el sér que hubo de Dios, cuando a Dios vuelve
ve que a las puertas del edén le aguardan.
  Cayo, tú que indelebles conservaste
de la niñez las tradiciones santas,

tú, vástago regado con el jugo
de aquella vieja educación que a España
dió nobles, preclarísimos varones
que, sin ciencia tal vez, mas con fe sana,
llevaron sus enseñas vencedoras
a remotas e incógnitas comarcas,
entra conmigo en las tortuosas sendas
del laberinto oscuro de estas páginas,
en cuyo centro encontrarás ardiendo
de mi creencia la escondida lámpara.
Es uno de esos libros cuyo asunto
ninguna antigua crónica relata,
ni escrito pudo ser sino en las hojas
del archivo recóndito del alma,
una de esas sinceras narraciones
que el poeta a sus solas desparrama
sobre el haz de un papel, como semilla
que se siembra al azar sin esperanza.
Acaso va a caer en tierra fértil
y fructifica: acaso cae en árida
e infecunda ladera, y ni aun las aves
por pasto vil a recogerla bajan.
Una de esas leyendas que tan sólo
la fe tenaz de los poetas narra
sólo para creyentes verdaderos
a cuya ciencia humilde la fe basta.
Una de esas historias que se cuentan
a un amigo poeta o entusiasta,
o que a la faz del mundo descreído

desde la cumbre de la fe se lanzan;
desde la cual, sin cólera y sin miedo,
como desde lugar donde no alcanzan
los chicheos del vulgo, se la arroja
cual semilla sobrante en tierra mala.
Obra de quien no mora en este mundo
ni con su siglo va ni con su raza,
sino de otro universo más poético
y más feliz en la región fantástica.
Historia ¡oh Cayo! de esas que no constan
en documento alguno consignadas
y que tan sólo los poetas saben.
¿Quién al poeta se las cuenta? El agua
tal vez de algún arroyo que murmura,
el gemido tal vez de alguna ráfaga,
alguna perezosa golondrina
que vuelve sola en el octubre al Africa,
tal vez el vuelo, imperceptible casi,
de un insectillo de sonoras alas,
el ruido de la lluvia que se estrella
por el viento impelida en su ventana,
algún silfo invisible que hace lecho
del capullo de alguna pasionaria,
el silencio tal vez de alguna noche
azul, tranquila, trasparente y diáfana,
el son tal vez de las marinas olas,
tal vez el de una amante serenata,
de algún pastor el cántico lejano,
el son de trompa cóncava de caza,

el rumor de las hojas de algún árbol,
el eco que suspira en la montaña,
la exhalación que rasga el firmamento,
el rojizo fulgor de una almenara,
las solitarias ruinas de un castillo,
de una campestre ermita la campana,
la misteriosa cruz de una vereda,
de un perdido bajel la vela blanca,
algún nublado que a lo lejos zumba,
algún torrente que en las rocas brama,
un fuego futuo que movible brilla,
alguna estrella que perdida radia,
una ilusión tal vez sin faz ni nombre...
¿quién de la inspiración sabe la causa?
¿quién conoce el oráculo en que el estro
al corazón de los poetas habla?
¿Quién conoce los seres que producen
esos ruidos nocturnos que se escapan
de entre el tapiz que nuestro cuarto abriga,
del pabellón que envuelve nuestra cama,
del vacío cajón de nuestra cómoda,
de la trémula luz de nuestra lámpara,
del seno, en fin, desierto y silencioso,
del aire sin color de nuestra cámara?
¿Quién conoce la faz de esas quimeras
que en su vacío temerosas se alzan,
vuelan, caminan, ruedan, desparecen,
giran, voltean, gesticulan, danzan,
se aglomeran, se esparcen, se confunden,

se iluminan, se encogen, se dilatan,
ya sobre alas de dragón se ciernen,
ya del techo se cuelgan con sus garras,
ya se hunden a través de los espejos,
ya surgen a través de las mamparas,
ya en nuestra faz ingrávidas se posan,
y huyen por fin ante la luz del alba?
¿Quién sabe si esos seres incorpóreos
que en el espacio de los mundos vagan,
son los que en el cerebro del poeta
de estas historias el relato graban?
Él las lee en su cerebro de repente
por invisible mano y en palabras
misteriosas escritas, e inspirándose,
al idioma del hombre las traslada.
¿Quién excitó su inspiración?—Se ignora.
Tal vez de origen desigual dimanan:
de Dios, las que a su fe nos aproximan;
de Satán, las que de ellas nos apartan.

SEGUNDA PARTE

INSPIRACIÓN

Questioni importanti: ma che il lettore risolverá da se, se ne ha voglia. Noi non intendiamo di dar giudizi: ci basta d'aver dei fatti da racontare.

(ALEX. MANZONI, *I prom. Sposi, cap. VI.)*

Loco estoy, me lo dicen los doctores:
yo mismo reconozco mi demencia,
y es inútil buscar pruebas mejores
que las que suministra mi conciencia.
Ya revelado en bárbaros furores,
ya de calma y salud con apariencia,
mi mal existe siempre, y mucho o poco,
el hecho en realidad es que estoy loco.

Réstanme empero lúcidos instantes
en cuyos breves rápidos momentos
alumbra con relámpagos brillantes
la severa razón mis pensamientos.

Entonces con placer más firmes que antes
hallo en mi corazón mis sentimientos,
y oigo sobre la voz de mi demencia
la poderosa voz de mi creencia.

La voz de un hijo que su prez adora:
que de su fe y su estirpe no reniega,
que no posee la ciencia corruptora
que el siglo actual como torrente anega;
a quien, cual luz de incendio asoladora,
la del siglo no alumbra, sino ciega:
que, cantor de los tiempos que ya han sido,
no vive en la centuria en que ha nacido.

Yo no sé si mis ojos alucinan
sus vacilantes y confusas nieblas:
mas yo veo a los hombres que caminan
perdidos en un caos de tinieblas.
¡Oh tú, por quien los átomos germinan,
que al sol conduces y los mundos pueblas,
rey de la creación! ¿Soy yo el demente,
o está loca en verdad la humana gente?

¿Me engañaron mis padres en la cuna
contándome la historia fabulosa
de un Dios que no eras tú? ¿Es la fortuna,
es la ciencia tal vez del Orbe diosa?
¿Hay que tu fe mejor otra fe alguna?
¿Hay luz más que tu luz esplendorosa?

¿Puede la ciencia penetrar del hombre
el profundo misterio de tu nombre?

¿Es verdad lo que escucho y no comprendo
en la noche tal vez de mi locura?
¡Que el mundo ha de seguir sin ti existiendo!
¡que ha de vivir sin ti la criatura!
¿Qué religión es ésta que no aprendo
por más que estudio su leyenda oscura?
¿Qué nueva fe es aquesta cuya tea
no da harta luz para que mi alma vea?

No sé.—Yo aquel que, en tiempo no lejano,
a orillas del humilde Manzanares,
con temblorosa voz y torpe mano
ensayé en mi laúd pobres cantares;
hoy, en pos de la luz, mi castellano
suelo dejando y mis paternos lares,
busco la luz con férvido deseo
y, en medio de la luz, la luz no veo.

«Contempla sus vivíficos fulgores»—
me dicen: pero trémula vacila
mi vista; en esta luz otros colores
hay a que no está hecha mi pupila.
Yo echo menos los suaves resplandores
del puro sol de mi niñez tranquila,
y hecho a su dulce claridad primera,
veo el siglo a esta luz de otra manera.

Paréceme que salgo de la infancia,
y que, en mi débil comprensión de niño,
lo que yo creí ciencia era ignorancia,
vil desnudez lo que pomposo aliño,
inodoro vapor lo que fragancia;
cuanto amé no merece mi cariño:
el mundo de hoy lo que soñé no encierra:
otro Dios, otro Sol hay en la tierra.

De su fe, de su luz ni de sus glorias
idea no hay en la memoria mía:
alteradas me cuentan las memorias
del hijo sacrosanto de María:
otros nombres oí y otras historias
que no encuentro en la nueva teología;
esta luz que me anuncian como aurora
las tinieblas de mi alma no colora.

¿Ciego estaré?—¡Tal vez!—Llevo perdido
cuanto bien encantó mi edad primera.
Padres, fortuna, patria... todo es ido.
Empieza a encanecer mi cabellera,
y empiézame a faltar cuanto he querido.
Réstame empero Dios y mi fe entera;
réstame aún mi aliento castellano;
réstame aún mi corazón cristiano.

De mi salvaje fe la fuerza evoco
para hablar a mi siglo frente a frente.

Enhorabuena ténga[n]me por loco:
yo le creo a mi vez sandio o demente.
En buen hora de mí se cuide él poco.
Nada me curo yo dél ni de] su gente;
a su impudente faz va, pues, mi boca
a escupir la verdad salvaje y loca.

Escucha ¡oh siglo de la luz! el juicio
que ha formado de ti mi fantasía.
Yo no ambiciono hacérteme propicio,
ni a tu favor deber la gloria mía.
Nunca fué a hacer impuro sacrificio
ante tu ídolo vil mi poesía;
primero que inmolarte mi conciencia
permanecer prefiero en mi demencia.

Mi voz de tu poder a las regiones
no levantó jamás a cambio de oro
ni vendidas ni hipócritas canciones;
ni se ha unido jamás al torpe coro
que loa del que vence las acciones,
su dignidad hollando y su decoro;
yo a Dios tan sólo demandando ayuda,
te diré siempre la verdad desnuda.

Oye tu historia como yo la veo
bajo distinta faz, a luz distinta
de a las que el sempiterno cacareo
de tus gárrulos sabios nos la pinta.

Llámante el siglo de la luz; yo creo
que eres, según se escribe, el de la tinta:
que eres siglo de fósforos y globos,
sólo siglo de luz para los bobos.

Hijo del filosófico ateísmo
del pasado este nuestro, himnos a coro
entonó a la virtud y al patriotismo;
mas, renegado vil, su Dios fué el oro,
su ley, su fe, su ciencia fué empirismo,
cínica hipocresía su decoro,
y con la cruz y el látigo en la mano,
padre se hizo llamar y fué tirano.

«¡La ciencia es luz, la libertad es vida!»
dijo la multitud que se vió esclava.
—«¡Sacrílega! ¡rebelde! ¡deicida!»
la llamó la ambición que en paz reinaba.
—«¡Guerra!»—gritó la turba enfurecida:
—¡guerra!—gritó a su vez la ambición brava;
y de la libertad y la fe en nombre
en fratricida lid se empeñó el hombre.

¡He aquí ya a Satanás, que eternamente
de la raza de Adán fragua la ruina,
aparecer! La multitud demente
a quien su ciencia pérfida alucina,
corre tras su bandera, e insolente,
impía, ciega, audaz, bárbara, arruina,

pulveriza feroz, inmola insana
cuanto adoraba ayer la raza humana.

He aquí señora universal del mundo
a la revolución.—¡Cuán ancha copa
de dolor amarguísimo y profundo
ha hecho a los hombres apurar! Europa
humea ensangrentada: lodo inmundo
mancha el ebúrneo trono y aurea ropa
de sus proscritos o difuntos reyes,
y otro poder la rige y otras leyes.

¿Era injusta su ley?—¿ellos tiranos?
¿del poder triunfador que los derroca
son santas o sacrílegas las manos?
A la posteridad el fallo toca:
hombre no más, juzgar a mis hermanos
no osa mi corazón, no osa mi boca:
no va la inspiración de los poetas
a la excelsa región de los profetas.

De nueva luz tras de la nueva aurora
doquier la humanidad se precipita,
y a ciegas por doquier hunde y devora
cuanto la nueva luz cree que la quita.
De evangélica en vez, devastadora,
la civilización al orbe agita,
y del incendio y del cañón la llama
la libertad alumbra que proclama.

¡Cuánta noble ilusión desvanecida!
¡cuánta fe y juventud, cuánta esperanza
justa sacrificadas, cuánta vida,
a servil ambición y a ruin venganza!
¿Dónde no hay ¡santo Dios! sangre vertida?
¿En qué hemisferio no hay guerra o mudanza?
¿Dónde de lo de ayer existen trazas?
Nuevas las leyes son: nuevas las razas.

Mas sobre el mundo la miseria pesa,
la discordia ante el hombre abre un abismo:
la sociedad se agita, a un tiempo presa
de la incredulidad y el fanatismo.
El trueno zumba: el temporal engruesa:
lucha el siglo tenaz consigo mismo:
todo, la luz buscando, lo atropella.
¿Por qué, tras tanto afán, no da con ella?

Dice la sociedad:—«errados vamos».
Dice el legislador:—«leyes haremos».
—«¿quién nos dará la luz tras de que andamos?»:
—«La civilización».—«Civilicemos».
Y para ver, los tronos incendiamos.
Ya hay luz: mas ¿qué nos falta que aun no vemos?
Falta la CONVICCIÓN al sabio insano:
FE es lo que falta al corazón humano.

Sin Fe no hay libertad, ni luz, ni ciencia.
Para hacer de la tierra un paraíso

no es menester alzar la inteligencia
más que lo que el Señor alzarla quiso;
para dorar del hombre la existencia
cumplir el Evangelio es lo preciso:
hermanos para hacer los hemisferios,
templos son menester, no falansterios.

Ni gobierno sin fe jamás radica,
ni hay religión sin fe que no se agote;
y la ley, la virtud hoy se predica
apoyada en el sable o el azote.
Sin fe el legislador su ley publica:
perora sin fe en Dios el sacerdote:
y la fraternidad va por la tierra
pregonando la paz, en tren de guerra.

Siglo de la banal caricatura,
estéril forjador de teorías,
augurador de paz y de ventura
cuando eres monstruo engendrador de harpías:
mientras no tengas fe sencilla y pura,
no esperes alcanzar serenos días,
mientras labrando pólvora y espadas
necesites ejércitos y armadas.

Mientras no deje el labrador sus bueyes
en el campo sin guarda; mientras hijas
de la fraternidad, con pocas leyes
tu virtuosa sociedad no rijas;

mientras no duerman sin guardián tus reyes
y con fe tus apóstoles no elijas,
tu libertad en feto aun no respira;
tu civilización es aun mentira.

Mientras que en vez de [las] torpes narraciones
de la novela impúdica y sin ciencia,
no enseñes a tus hijos las lecciones
santas de tu católica creencia,
ni abrigarán virtud sus corazones,
ni alumbrará el saber su inteligencia:
su ilustración será vil empirismo
y su virtud hipócrita egoísmo.

Mientras desde Nembrod a tus guerreros
no des, en vez de fama laudatoria,
el título de nobles bandoleros
que ensangrientan de su época la historia,
no apoyará en cimientos duraderos
el magnífico templo de tu gloria.
Solo, y de caridad y fe provisto,
predicó, no entre lanzas, Jesucristo.

Entre tanto a las grandes convulsiones
que causan tus catástrofes y ruinas,
en vano ciega buscarás razones
y aplicarás utopias y doctrinas.
A elevarse o hundirse las naciones
guían, sin tu favor, leyes divinas:

libre de tu insensato poderío
corre de su existencia el turbio río.

La misteriosa historia de la tierra
explican tus políticos en vano:
las teorías que su ciencia encierra
no son más que delirios: el arcano
del tiempo, de la peste, de la guerra,
ve sólo Dios; el hombre es un gusano
que no podrá jamás mirar al cielo
sino a través del polvo de su suelo.

Dios sólo es sabio. Él es quien encadena
los días con los días; Él excita
la tempestad, y arregla o desordena
los elementos y los pueblos; quita
la existencia y la da; lanza o refrena
el carro de su cólera, y agita
cual las ondas del mar en las naciones
las ondas de sus mil revoluciones.

No hay más poder que el del Señor. En vano
el orgullo del hombre se le opone.
Dios tiene al orbe en su potente mano,
y Él solo fin a los principios pone.
Dios está encima del poder humano:
sólo Él juzga, posterga y antepone:
Dios es el rey que está sobre los reyes:
Dios escribe su ley sobre sus leyes.

¿Quién contra Dios? Esclavo de su antojo,
sobre el haz de la tierra el tiempo pasa,
y donde fué la flor planta el abrojo;
el valle encumbra, la montaña arrasa,
torna páramo el bosque, erial rastrojo
la mies; su vida a las naciones tasa,
las razas y los pueblos pulveriza
y otras razas y pueblos entroniza.

Adiós ¡oh siglo de la luz! Mi boca
te ha revelado ya las teorías
de mi salvaje fe: mi alma loca
ni ve a tu luz ni vive con tus días,
de ti reniega y tu favor no invoca.
Tú tienes tus creencias, yo las mías:
tú crees que ante la luz rejuveneces,
yo creo que no ves y que envejeces.

He aquí por qué de ti viví alejado,
poeta de los siglos que ya han sido;
ave que a extraño clima han trasladado
y busca y no halla con que hacer su nido:
yo poesía en ti no habiendo hallado,
al tiempo viejo a demandarla he ido;
y a los viejos creyentes corazones
relato nuestras viejas tradiciones.

Por eso de mi sér las facultades
consagro a lo que fué, y en mi memoria

sólo de antiguos tiempos y de edades
pasadas vive la dorada historia.
Deploro las presentes vanidades
mirando al tiempo aquel de fe y de gloria,
y cruzo la centuria de la ciencia
a la luz del fanal de mi creencia.

Otros que ven tu luz, su fe y su aliento
consagren a tu espléndida grandeza,
¡oh siglo! Yo mi ceguedad lamento
mas no hay en ti ni en mí culpa o torpeza.
¿Quién sabe si al marcarme nacimiento
erró un siglo tal vez naturaleza,
y a este mundo mortal me envió su mano
algún siglo más tarde o más temprano?

Como quiera que sea, en mi garganta
rebosando la voz, la poesía
inflamando en mi sér su llama santa,
voy a dar a los vientos la voz mía
cual de ave loca que perdida canta:
oye ¡oh preclaro siglo! la armonía.
Canta tú del saber la omnipotencia;
yo cantaré mi fe: Dios es la ciencia.

CAPITULO II

DE LOS PRIMEROS COMPAÑEROS QUE ME DEPARÓ LA SUERTE EN EL PRIMER PASO DE MI MALA VIDA.

I

Hace ya diez y seis años:
sobre la española tierra
la tempestad y la guerra
indignado enviaba Dios.
La situación era crítica
y ardua: como un torbellino
la revolución política
todo lo arrastraba en pos.

Creencias, ritos, costumbres,
razas, letras, ciencias y artes
tomaban por todas partes
nueva forma, nuevo sér.
Un vértigo irresistible
embriagaba por doquiera
los ánimos: una era
nueva empezaba a correr.

Dos pendones dividían
en dos bandos nuestra patria,
y dos razas acudían
a su parte cada cual;
y ambas para sí invocando
a la justicia y al cielo,
a cubrir de sangre y duelo
iban su tierra natal.

Un viento extranjero, en libros
y pinturas y diarios,
pensamientos incendiarios
nos traía sin cesar:
y sus átomos, lanzados
por campiñas y ciudades,
un germen de novedades
no cesaban de sembrar.

A la luz de un alba nueva
que anunciaba un nuevo día,
diferente aparecía
cuanto fué, cuanto existió:
y cuando tuvo hasta entonces
contemplando usado y viejo,
cambió el pueblo de consejo
y lo nuevo idolatró.

Creó y dióse nuevas leyes
libertad y luz ansiando,

y lo antiguo aniquilando
lo empezó todo a innovar.
Era un siglo de tormenta;
los siglos y las edades
tal vez tienen tempestades
y equinoccios como el mar.

Yo, cual átomo viviente
de la raza innovadora,
vi en lo nuevo nueva aurora
que mi mente deslumbró:
y sorbido por la tromba
de las nuevas teorías,
adoptándolas por mías,
su balumbo seguí yo.

Como al centro de aquel círculo,
como al foco de aquel fuego,
a la corte desde luego
acudir imaginé;
e insensata mariposa
de la luz vertiginosa
del nuevo astro enamorada,
a su luz me aproximé.

El tranquilo hogar paterno
una tarde abandonando,
cuanto amaba en él dejando,
por los campos me salí;

eché a lomos de una yegua,
y temiendo ser seguido,
por el fondo más tupido
de unos montes me metí.

Al abrigo de lo espeso
de sus recios enebrales,
sus silvestres matorrales
afanoso atravesé:
mas las sendas ignorando
y en sus páramos sin guía,
me faltó la luz del día
y perdido me encontré.

Las tinieblas de la noche
por la tierra se extendieron,
y en mi espíritu surgieron
los fantasmas del pavor.
Me vi a solas cara a cara
con mi Dios y mi conciencia,
y al umbral de la existencia
mi existencia me dió horror.

Creí oir a cada paso
del desierto entre los ruidos,
de mi madre los gemidos
que por mí rogaba a Dios,
y escuchar creí mil veces
entre el vago son del viento,

de mi padre el grave acento
que corría de mí en pos.

Cada rama que en su vuelo
una ráfaga movía,
colosal me parecía
brazo alzado contra mí,
y el perfil de cada tronco
sobre el cielo destacado,
sér fantástico apostado
a atajar mi paso allí.

En la angustia de mi alma
presentóme mi memoria,
de la fábula y la historia,
de la fe y superstición,
las medrosas relaciones
que, escuchadas o leídas,
manteníanse escondidas
en mi joven corazón.

Cuanto oí o leí de lúgubre,
maravilloso y horrendo,
fué en mi mente apareciendo
de mi pánico al poder;
de los Amadís y Orlando
relaciones estupendas,
a las cándidas leyendas
del buen padre Nieremberg.

Exaltado mi cerebro
con los cuentos de la infancia,
sucumbió a la extravagancia
del delirio del terror:
y, al poder de mi pavura,
en fantasmas y esqueletos
convertidos los objetos
me giraban en redor.

Y las peñas y las matas,
los enebros y zarzales,
de contornos infernales
revistiendo su perfil,
se arrancaban de la tierra
donde estaban arraigados,
y danzaban animados
por mi pánico febril.

El balar de las ovejas
recogidas en los cerros,
los ladridos de los perros
que guardaban el redil,
el susurro de las ramas,
de las auras el gemido,
germinaban en mi oído
pavorosos ruidos mil.

Nubarrones descarriados,
impelidos por el viento

del nublado firmamento
sobre el fondo sin color,
como ejércitos de monstruos
el espacio atravasaban,
y los astros entoldaban
con sus alas de vapor.

El rumor que la hojarasca
al cruzar por su espesura
mi veloz cabalgadura
producía al galopar,
parecíame un estruendo
producido bajo tierra
por la lava opresa hirviendo
de un volcán pronto a estallar.

Yo, cobarde, amedrentado
¡ay de mí! por la pavura,
iba huyendo a la ventura,
sin que en tal desolación
comprendiera que los monstruos
que poblaban tierra y vientos,
eran los remordimientos
del culpable corazón.

¡Insensato! Yo buscaba
en fantásticos poderes
el origen de unos seres
que nacían de mi sér:

ignoraba aún que es el hombre
de miserias un abismo,
que, enemigo de sí mismo,
se las crea por doquier.

Que la aurora que la vida
tiñe en tintas de azul y oro
es un falso meteoro
de la ciega juventud,
y que el viento de los duelos,
la amargura y desengaños,
traen al alma con los años
el hastío o la virtud.

Yo corría de este mundo
tras la gloria y la ventura,
empezando la amargura
de sus goces a probar:
en mi sed de independencia
yo mi hogar abandonaba,
y, ya libre, suspiraba
por la cárcel de mi hogar

En aquella aciaga noche,
siempre viva en mi memoria,
comenzó mi loca historia
y mi gloria comenzó.
Al contarlas mis biógrafos
las contaron puras, bellas:

¡ay de mí! no saben de ellas
lo que sé tan sólo yo.

Al contar cómo corría
por los páramos perdido,
me suponen conducido
por la gloria y por la fe:
yo, que lloro los errores
a que el genio me ha arrastrado,
de sus flores coronado,
las espinas que dan sé.

¡Gloria! edén imaginario
que a los necios alucinas,
de tus flores las espinas
nos oculta la ilusión:
ésta al fin desvanecida,
convencido quien te adora,
o se desespera u ora,
desgarrado el corazón.

Yo, a Dios vuelto, de su gloria
me guarezco bajo el manto,
y los himnos que levanto
con fe ardiente y voz audaz,
ya no aspiran a tejerme
una tienda con tus palmas,
sino a inspirar en las almas
una fe pura y tenaz.

Mas ¿dó voy, mísero loco,
por mi cuento descarriado,
cual corrí descaminado
por los montes años há?
Les cruzaba en las tinieblas,
sin amparo y sin camino,
entregado a mi destino,
descorazonado ya.

Sin osar volverme al cielo,
cuya faz me amedrentaba,
sin que viera sobre el suelo
esperanza de solaz,
escuchando los aullidos
de las fieras y alimañas,
con que hería mis oídos
cada ráfaga fugaz.

Aterrado, mas a impulsos
de la fe que en mí vivía,
con la voz de *¡madre mía!*
a la Virgen invoqué:
a mi voz, como evocada,
una luz brilló a lo lejos,
cuyos trémulos reflejos
como un faro saludé.

Arrastrada por su instinto
o por más celeste influjo,

mi montura me condujo
desenfrenada hacia allí:
y aunque ya falto de aliento
casi y transido de espanto,
cual por virtud de un encanto
a verme entre hombres volví.

Di en un adoar de gitanos;
con mi yegua, en su carrera
ciega, a través de una hoguera
desatinado salté:
su brida asieron cien manos:
cien lamentos, cien aullidos
desgarraron mis oídos,
y caí y me desmayé.

Cuando volví a abrir los ojos,
halléme en una cabaña
cercado de gente extraña
que se ocupaba de mí.
Una desgreñada vieja
con un candil en la mano,
me salmodiaba en gitano
ensalmos que nunca oí.

1616. En los *Recuerdos del tiempo viejo*, que parecen más verídicos, Zorrilla cuenta este episodio de modo muy diferente. Dice que desde Torquemada, donde se apoderó de la yegua, llegó a Valladolid en el mismo día; durmió en casa de su amigo Miguel de los Santos Alvarez y al amanecer del siguiente día marchó a Madrid en una galera.

Y un hombre de faz morena,
ornada de anchas patillas,
me aplicaba a las rodillas
garrote con un cordel.
Yo comprendí con espanto
que a la vida me volvía,
no la eficaz salmodía,
sino el tormento cruel.

El dolor me arrancó un grito,
y entrambos por mi ventura,
cesaron en la tortura
que me daban a la par:
y al fin satisfechos ellos
y yo repuesto del todo,
empezóse de este modo
conversación a trabar.

El—«Señorito, adónde bueno
tan solo y descaminado?
¿Cómo así se le ha enredado
el demonio a su mercé?
Nada tema de nosotros;
explíquese francamente
su mercé; se halla entre gente
leal y de buena fe.

Vamos, no hay de qué asombrarse,
señor: deme acá esas manos

a besar; aunque gitanos
somos hijos de Undivel,
y somos agradecidos,
y yo sé que si hoy mantengo
la pobre vida que tengo,
se la debo sólo a él.

Ella—Sí, señorito, bien sabe
mi hijo Ramón lo que dice:
su mercé se tranquilice
y mande como señor;
aquí el agradecimiento
a su mercé es muy profundo,
y le mira todo el mundo
con respeto y con amor».

Pasaba yo mis miradas
de la gitana al gitano,
y un recuerdo muy lejano
pugnaba por aclarar
en mi memoria: eran gentes
a quienes yo conocía
sin duda, mas no podía
quiénes fuesen recordar.

Vi empero que mi silencio
a ofenderles comenzaba,
mas a anudar no acertaba
la rota conversación:

a pesar de sus protestas
de lealtad y de celo,
no sé qué necio recelo
me embargaba el corazón.

Tal es el hombre: su instinto
la sociedad extravía,
y no le sirve de guía
naturaleza jamás;
cuanto más civilizado,
más ciego y más lejos de ella,
desconoce y atropella
su bien, le pierde quizás.

La bestia más insensata,
una vez agradecida,
jamás el semblante olvida
del amigo o bienhechor:
el perro nunca equivoca
con el amigo al contrario;
sólo el hombre temerario
funda su instinto en error.

Así yo, desconociendo
las señales verdaderas,
de las palabras sinceras
de mis amigos dudé,
y descarriado mi instinto
por mi educación viciada,

por doblez vil y taimada
la sinceridad tomé.

El gitano, más grosero
y menos civilizado
que yo, mas mejor guiado
por su instinto natural,
me perdonó generoso
aquella injuriosa duda,
mi desconfianza muda
interpretando leal.

«Vaya, señorito (díjome),
fuerza es que yo a la memoria
le traiga una vieja historia
que abone mi lealtad.
Yo soy aquel veredero
que en la sierra fusilado
iba a ser, y fué salvado
por su generosidad.

Vea su mercé si puedo
pagar con algo esta vida,
que es deuda que contraída
tengo yo con su mercé:
como su mercé a mí entonces,
estoy pronto hoy a ayudarle,
sin pasarme a preguntarle
de sus hechos el porqué».

Vínome el rubor al rostro
al tiempo que la memoria;
verdad era aquella historia:
cogido en una ocasión
como espía en la montaña,
el jefe de la partida
liberal le dió la vida
por mi sola intervención.

Dijo el jefe: «por mi parte
que huya y se salve si puede.
yo procuraré que quede
solo: no puedo hacer más».
Fué noche: dejóle atado
su guardián olvidadizo:
le di un cuchillo, y él hizo
en la sombra lo demás.

Deslizóse cautamente
hasta el fondo de un barranco,
y probó que no era manco
llevándose hasta el cordel
y el cuchillo: màs ¿quién prueba
que generoso no quiso
librarme del compromiso
de connivencia con él?

1752. Este hecho, según refiere Zorrilla en los *Recuerdos del tiempo viejo,* fué cierto, así como el de que el gitano a quien salvó la vida le prestó, andando el tiempo, un importante servicio; mas no

Reconocíle con gozo,
lloré y le tendí la mano;
besóla con el gitano
su vieja madre también:
y puestos los tres de acuerdo
para el porvenir, me dijo
la vieja: «fíe en mi hijo,
señorito, y duerma bien».

Mataron la luz: cerraron
la puerta de la cabaña,
y a mis pies se acomodaron
en un mísero jergón.
Yo era aun un niño: el cansancio
me rindió en breves momentos,
y ahogó mis remordimientos
el sueño en mi corazón.

---

fué éste el de acogerle en su huída de la casa paterna, sino el de ponerle a salvo cuando la justicia asaltó la redacción de cierto periódico madrileño en que Zorrilla colaboraba. Y dice así: «...trenzóme la melena, coloróme el semblante, y endosándome unas calzoneras y una chaqueta de pana, con un sombrero con más falda que una dolorosa de procesión, y una faja más ancha que la del Zodiaco, me sacó con los de su cuadrilla por la puerta y puente de Toledo».

II

Coloraba el monte apenas
el albor de la mañana,
cuando la tribu gitana
se dispuso el campo a alzar.
Peregrinos incansables,
raza sin patria ni hacienda,
el firmamento es su tienda,
es el páramo su hogar.

Familia rapaz de halcones
al azar encomendados,
cual se acuestan sin cuidados
se despiertan sin afán;
la pródiga Providencia,
como a las aves del viento,
les procura el alimento
por donde quiera que van.

Indómitos moradores
del mundo civilizado,
nunca salen del estado
en que les cupo nacer;
los siglos pasan sobre ellos
sin trocar su faz salvaje;
su vida no es más que un viaje
cuyo fin no quieren ver.

A un mismo tiempo enemigos
de la paz y de la guerra,
vagan libres por la tierra
con ella en guerra y en paz;
ninguna ley reconocen,
por ningún pueblo combaten,
bajo ningún yugo abaten
su independencia rapaz.

Creen que estando al par abierta
para todos la campiña,
el engaño y la rapiña
dan derecho a posesión,
y los bienes, por la tierra
para todos derramados,
con derecho igual gozados
a la par por todos son.

Por doquiera que el descuido
buena ocasión les ofrece,
lo olvidado desparece,
lo perdido halla señor,
y al punto tal metamórfosis
sufre el objeto adquirido,
que ya no es reconocido
por su antiguo posesor.

Su tráfico es la mentira,
el pillaje sus hazañas;

su historia son las patrañas
que de ellos el mundo cree:
su astucia las alimenta
porque su poder consiste
en el de que les reviste
la supersticiosa fe.

En las viejas de esta tribu
supone el vulgo villano
misterioso, sobrehumano
y satánico poder:
atribuye a su mirada
facultad de hacer *mal-de-ojo*,
y a su envidia y a su enojo
maleficios que temer.

Cree que curan y que hechizan
con ensalmos y conjuros,
que hacen filtros que seguros
la vida y la muerte dan:
que, para usos mil diabólicos,
de niños y de difuntos
con sangre y grasa hacen untos,
y, en fin, que al sábado van.

Cree que en un juego de cartas
y en las rayas de la mano
abierto el lóbrego arcano
del porvenir las está,

y que cuando una gitana
ha tocado una moneda,
por ella hechizada queda
y que tras ella se va.

Esta vulgar e insensata
supersticiosa creencia,
les condena a una existencia
nómade, errante y rapaz.
La sociedad como infames
de su seno les rechaza,
y ellos conservan su raza
vírgen con celo tenaz.

Infamados, mas temidos
tal vez por el mundo entero,
ellos con orgullo fiero
aceptan su baldón, *(sic)*
y si el mundo halla algún dique
que su pertinacia tuerza,
ceden siempre ante su fuerza,
pero sin darle razón.

Desconocidos de todos,
mirados como enemigos,
ellos sólo son amigos
de los que su sangre son;
jamás se mezcla su raza
con más raza que la suya,

y no hay poder que destruya
su raza y su religión.

Oculta profesan una:
tienen ritos, leyes, traje,
costumbres, barrio y lenguaje
aparte de los demás;
no hay raza que más conserve
de su tipo la pureza;
su agreste naturaleza
no se desmiente jamás.

Jamás rompen la barrera
que del mundo los separa:
jamás gitana hizo cara
a quien gitano no fué:
y si a sus pies vino un loco
por una pasión rendido,
abrazó al ser su marido
su profesión y su fe.

Cada tribu tiene un jefe
con poderes absolutos,
quien sin nombres ni atributos
ostentosos es el rey;
contra su poder omnímodo
nadie nunca se rebela,
él manda, y jamás se apela
de los fallos de su ley.

Su elección no admite intrigas:
como egipcio patriarca,
el más viejo es el monarca
por derecho natural:
muerto o ausente el reinante,
quien le sigue toma el mando,
sus derechos consagrando
la obediencia universal.

Con su miseria contentos,
fieros con su independencia,
de su nómade existencia
hacen gala y vanidad:
sin pesares, la alegría
en sus pechos atesoran,
y fanáticos adoran
su salvaje libertad.

Sus frugales alimentos
e interminable ejercicio,
crían su cuerpo sin vicio
en vigorosa salud:
flexibles, infatigables,
como el gamo y la pantera,
su vida pasan entera
en indócil inquietud.

Como oriundos del Oriente
perezosos y holgazanes,

aborrecen los afanes
del trabajo corporal;
y jamás labran la tierra,
ni más oficios ejercen
que aquellos que no les tuercen
su inclinación natural.

Crían bestias con las cuales
trafican, cuyo servicio
es útil para su oficio
vagabundo, y su falaz
profesión, mixta de robo,
de comercio y de empirismo,
que practican con cinismo
desvergonzado y sagaz.

Y utilizando la fama
que entre el vulgo les procura,
dicen la buenaventura,
tiran las cartas, y van
por doquiera con sus artes,
sus danzas y sus canticios,
recogiendo beneficios
sin trabajo y sin afán.

De sus bailes y sus cánticos
el són y la poesía
rebosan una alegría
locamente original,

y el bullicio gitanesco
de una fiesta en sus adoares,
guarda el tipo pintoresco
de su origen oriental.

La hermosura de sus hembras
voluptuosa y expresiva,
por demás provocativa
es ardiente por demás,
y lo ardiente y voluptuoso
de su garbo y de su gesto,
jamás raya en lo modesto,
mas no es lúbrico jamás.

Libre y sin freno en sus gustos,
nunca una moza gitana
va a encenagarse liviana
en venal prostitución;
jamás vende sus caricias
ni da al oro su hermosura;
nunca es mercancía impura
su amor; es una pasión.

Tal es la raza gitana:
la madre naturaleza
bajo su agreste corteza
puso empero una virtud;
una que el hombre del mundo
descuida; una verdadera

virtud que el bruto y la fiera
poseen: la gratitud.

Virtud que innata en su alma
es: como el perro, el gitano
besa sincero la mano
que pan o favor le da:
virtud de toda la raza:
haced a uno un beneficio,
y entera a vuestro servicio
tenéis a su tribu ya.

Tal era la compañía
que me deparó mi estrella;
no sé si hice mal con ella
en ir de mi suerte en pos:
mas con ella entré en el mundo,
y al consignarlo en mi cuento,
ni dudo ni me arrepiento.
¡Que me lo perdone Dios!

Bañaba ya las colinas
del alba la luz de grana,
cuando la vieja gitana
de mi sueño me sacó
diciéndome: «¡arriba, hijo!
que es preciso que vayamos
un poquito lejos»—«¡vamos!»
despertando dije yo.

Maese Ramón entonces,
dándome un traje gitano,
comenzó con diestra mano
mis cabellos a trenzar;
endoséme yo cual supe
mi gitanesco atavío,
y pasó el antiguo mío
al dominio del adoar.

Pronto fuí otro: mas antes
de salir de la cabaña,
a una operación extraña
me presté, no sin rubor:
la vieja, con no sé qué untos
que componen los gitanos,
dió a mi rostro y a mis manos
mate y cetrino color.

Mis facciones aguileñas
y mis crecidos cabellos
diéronme pronto con ellos
semejanza singular;
miréme en un roto espejo:
en la imagen reflejada
por él, no pude ya nada
de mí mismo recordar.

Cuando quedó por completo
mi metamórfosis hecha,

dió una vuelta satisfecha
la vieja en redor de mí:
contemplóme un breve instante
el gitano sonriéndose,
y enfrente de mí poniéndose
me dijo tranquilo así:

—«Ahora, todita su gente
y todita la justicia
de la tierra, dará picia
persiguiendo a su mercé.
Su mercé es todo un pimpollo
de la huerta de Triana:
salga, pues, y en la gitana
familia lo ingeriré.»

Abrió y salimos: el campo
vi ya levantado, y, puesta
su hacienda en las bestias, presta
hallé la tribu a marchar.
Componíanla diez hombres,
siete hembras y seis muchachos,
que de asnos, potros y machos
guiaban un centenar.

Nadie extrañó mi presencia
al parecer, ni la causa
preguntó de ella: una pausa
hubo empero en el rumor

inherente a tal escena,
y Ramón, aprovechándola,
con voz de autoridad llena
les habló en este tenor:

—«Muchachos, mi ahijado es éste:
todito el mundo gitano
lo ha de tratar como a hermano;
la ley lo quiere pescar,
y debemos del mal paso
sacarle: conque ¡al avío!
pongamos tras él el río
en un verbo, y espolear».

Los hombres con un saludo
de cabeza, breve y mudo,
me mostraron que asentían
el mandato de Ramón;
las mujeres con un poco
descarado atrevimiento,
en palabras de contento
me expresaron su adhesión.

Como yo desfigurada
mi yegua un mozo me trajo,
y empezamos agua abajo
el Esgueva a bordear:
pronto encontramos un vado;
por él cruzamos el río,

y del monte en lo bravío
nos metimos sin parar.

Aquella especie de *egira*
por en medio de un desierto,
acampando a cielo abierto
y asociado a gente tal,
tenía a los ojos míos
y tiene aún en mi mente,
un no sé qué del Oriente,
pintoresco, original.

¡Pobre loco! En mis delirios
estrambóticos me pinto
tal vez el mundo distinto
de como ha sido jamás;
mas ya es largo este capítulo:
reposa, lector paciente,
que siguiendo complaciente
a mi loca pluma vas.

CAPITULO III

DE CÓMO APARECE LA AURORA EN EL PRESENTE LIBRO DANDO PRINCIPIO A UN CUENTO MARAVILLOSO.

Iba el día a expirar. El sol poniente
cerraba el horizonte por ocaso
con cortinas de púrpura, y la luna
alzaba por oriente en el espacio
su pálido fanal, tendiendo al aire
de su luz nacarina el velo blanco,
cual si del astro rey enamorada
siguiendo fuera el luminoso rastro.
Se anunciaba una noche deliciosa
de primavera: el aire embalsamado
con el aroma del enebro henchía
el cansado pulmón de aliento sano.
Y la nocturna brisa por las ramas
invisible y balsámica pasando,
oreaba mi faz, dando a la atmósfera
lánguido son y movimiento manso:
yo la aspiraba ansioso, el laberinto
de mis ideas recorrer dejando

al alma melancólica, y marchaba
con maese Ramón tras sus gitanos.
Cruzando así por páramos y dehesas
de Castilla en el límite acampamos,
en la loma de un cerro, ante una ermita
dedicada a la Virgen. Del santuario
cuidaba, y de una lámpara que ardía
perenne ante el altar, un ermitaño,
sin otro bien que la limosna santa
recogida en los pueblos comarcanos.
Un huertecillo que acotó con piedras,
una casucha ruin y un pobre campo,
daban asilo y alimento a este hombre
y a unas mezquinas ovejuelas pasto.
Recibiónos alegre el buen santero
como a antiguos amigos, y entretanto
que la cena aprestaban las mujeres,
entre Ramón y yo pasó este diálogo:
EL—Ahora que libre su mercé se encuentra
de la gente de ley, hablemos claros.
¿Dónde va su mercé?
YO— Voy a la corte.
EL—¿Tiene amigos allí?
YO— Ninguno.
EL— ¿Acaso
dejó allí amores?
YO— No.
EL— ¿Qué busca entonces?
YO—Libertad y fortuna. Voy en brazos

de mi destino sin amor ni amigos,
ambicioso de gloria y de oro falto.
El—Pero, en fin, ¿en qué funda su esperanza
para que la fortuna le dé amparo?
Yo—En el tiempo y en mí.
El— ¿Su mercé piensa
recibir una herencia tiempo andando?
¿quiere echarse a un oficio o a un comercio?
¿tiene alguna invención, tiene algún tráfico?
Yo—Ni yo puedo decirte lo que quiero
ni acertaré a explicarte lo que aguardo.
La miseria tal vez: pero resuelto,
solo a la corte, como ves, me lanzo.
El—No entiendo a su mercé; pero no importa,
le serviré leal: a Madrid vamos.
Lo he prometido a su mercé, y de cierto
lo plantaré en la corte sano y salvo;
mas me pesa que allí tan sin recursos...
porque aunque yo le deje algunos cuartos...
Yo—Gracias: no están, Ramón, a tus alcances
las razones ni el fin de lo que hoy hago;
mas tal vez este viaje, estas palabras
que en solitaria plática cruzamos,
me sirvan de recóndita vereda
para llegar después a fines altos.
Si puedo conseguir que sea el mundo
lo que yo a solas en mi mente fraguo;
si logro que en un libro reunidos
mis pensamientos...

El— ¡Válganme los santos!
Señorito: ya alcanzo lo que intenta
su mercé allá en la corte: echarse a sabio,
meterse a hombre de ciencia, y hacer libros.
¿Pero eso da dineros?
Yo— Puede darlos;
pues con un poco de fortuna y genio,
con constancia y con fe, se hacen milagros.
El—Si hace eso su mercé, bien podrán luego
como a tal enseñarle: pero al caso.
Nosotros por dos días a una feria
que hay en redor de aquí nos alargamos:
su mercé, la verdad, como a esta vida
aun no se halla con mucho acostumbrado,
ni del tráfico tiene todavía
la gitanesca charla y desparpajo,
va a verse entre nosotros mal ingerto,
haciendo mal papel en el mercado.
Yo—Es muy cierto, Ramón.
El— Su mercé puede
quedarse aquí seguro. El ermitaño
le dará la mitad de su vivienda
y yo respondo de él. Tengo a mi cargo
cuidar de su alimento por la tribu,
y le vengo a traer todos los años
dos veces lo que mandan de Triana
los viejos para él.
Yo— ¿Es un gitano?
El—No: como su mercé, cuando mancebo

anduvo a nuestras tribus agregado
no sé cómo; su historia misteriosa
conocen nada más nuestros ancianos,
y dicen que con ella puede hacerse
un libro: a mí jamás me la ha contado;
yo sólo sé decir que es hombre justo,
sobrio, leal, caritativo y santo.
Yo—Pues me quedo con él.
El— Su mercé quede
seguro de que en este despoblado
nadie vendrá a inquietarle. A los dos días
yo volveré por su mercé, y en tanto
pésquele su mercé la historia, escríbala
y démela a leer.
Yo— Pierde cuidado,
que como él me la cuente y sea buena,
la has de ver en un libro antes del año.

La cena estaba pronta: alegre círculo
ante un profundo marmitón formando,
nos aguardaban ya con impaciencia
mis compañeros nómades. Cenamos
y dormimos tranquilos: con el alba
a la feria partió con sus gitanos
Ramón, y el buen santero y yo en la ermita
hospedador y huésped nos quedamos.
Era él un viejo sobre el cual pesaban
de una centuria entera los amargos
recuerdos, y a las puertas del sepulcro

vivía en sus memorias arrobado.
La calma de su espíritu bañaba
su semblante leal, sereno y plácido,
con una afable y paternal sonrisa
que inundaba de luz su rostro pálido.
Su lenguaje castizo, aunque sencillo,
y sus modales graves, aunque francos,
al hombre noble acostumbrado al mundo
revelan a través del burdo sayo.
Le abrí mi corazón: sanos consejos
con acendrada fe me dió llorando,
yo le pedí su historia, de la mía
que le acababa de fiar, a cambio.
Contómela, y a vuelta de esta hoja
te la voy a escribir ¡oh lector caro!
dando una forma regular al cuento
de sus hechos sombríos y fantásticos.
Léela; y si en ella, buen lector, meditas,
yo fío en Dios que su gentil relato
dará música dulce a tus oídos
y a las heridas de tu pecho bálsamo.

VUELTA A LA PATRIA

I

EN LA FRONTERA

—¿Estamos ya en la frontera?
—El tiro de este relevo
es ya español.—¡Pues afuera!
—¿Qué va usté a hacer?—La primera
canción que a mi patria debo.

¡España!... te vuelvo a ver!
Dios tan lejos me hizo ir,
que temí nunca volver.
Si hoy no me mata el placer
no debo nunca morir.

Dame tu tierra a besar;
y puesto en ella de hinojos,
déjame dejar brotar
las lágrimas de mis ojos
y a Dios un momento orar!

2239. Se publicó esta poesía en varios periódicos, al regresar Zorrilla de Méjico a España, en 1866.

Deja que a pleno pulmón
aspire voraz tu ambiente,
aunque en tal aspiración
dilatándose reviente
de placer mi corazón.

¡España del alma mía!
Sin orar a Dios por ti
no he pasado un solo día:
¿quién sabe si todavía
te acordarás tú de mi?

Dios me llevó mis pesares
a llorar a tierra extraña;
ya a través de tierra y mares
mis lágrimas traigo a España
convertidas en cantares.

España de mis amores,
si aun mis cantares ansías,
no quiero que por mí llores:
para ti tornaré en flores
todas las lágrimas mías.

¡Dios de España, a quien jamás
olvidé por donde fuí,
aquí es en donde tú estás:
aquí es en donde te das
a ver y adorar de mí.

Dios, que sabes con qué fe
diez años hora por hora
la de mi vuelta esperé,
no me abandones ahora
que pongo en España el pie!

II

¡AL COCHE!

¡Bien haya quien grito tal
me da en español de nuevo!
Ten mi bolsa, mayoral:
yo en mi patria sólo llevo
mis versos por capital.

III

EN ESPAÑA.

¡Patria... de placer venero!
Ya tu aura mi faz orea;
ya mi oído el son recrea
de tu lengua nacional.
Yo no soy aquí extranjero:
si no conocen ya al hombre,
aun fío en Dios que mi nombre
no suene al oído mal.

¡Patria!... no sé si en mi ausencia
la calumnia me ha mordido:
yo vuelvo como he partido,
hijo leal para tí.
Maestro en la gaya ciencia,
de los pueblos con asombro,
solo, y el laúd al hombro,
tu gloria a cantar me fuí.

Siempre en plazas y en palacios,
en teatros y salones,
mis primeras expresiones
me acusaron de español;
cual poeta y hombre, a espacios
en mi vida hay malo y bueno:
español, puedo sereno
enseñar mi faz al sol.

Si te dicen que amor tengo
a un pueblo antes tu enemigo,
no lo fué para conmigo
y yo le debo lealtad.
De tu sangre hidalga vengo;
no he de ser jamás ingrato
con quien fiel me dió buen trato
y franca hospitalidad.

Si te dicen que dependo
de extranjero soberano,

me tendió leal su mano,
me trató de igual a igual.
Yo me doy y no me vendo:
él lo sabe y él lo estima;
de fe en prenda, llevo encima
coronada su inicial.

Yo he nacido castellano;
mas doquiera que me he visto,
soy cristiano, y como Cristo
prediqué fraternidad.
Todo hombre nace mi hermano;
do llevo mi gaya ciencia,
la fe llevo en la conciencia
y en la lengua la verdad.

Fénix que anuncio mi muerte,
vengo en mis patrios hogares
de mis últimos cantares
el son postrero a exhalar;
vengo en un esfuerzo fuerte
de mis postrimeros bríos,
a saludar a los míos,
a hacerme otra vez al mar.

A mí, a través de las olas,
llegó el cántico vibrante
de una pléyade brillante
de nuevos poetas mil.
De las letras españolas
aun mi alma el amor abriga...

Ven a que yo te bendiga
¡oh, pléyade juvenil!

¡Con cuán íntima delicia
gozaba oyendo tu cántico,
cuando a través del Atlántico
lograba hasta mí llegar!
Ven, ven a mí, que es justicia
que los vates castellanos
den un apretón de manos
al que tuvo aquí su hogar.

Que yo os conozca; cercadme:
yo soy leal; soy un viejo
que sin pesadumbre dejo
mi puesto a la juventud.
Mas al llegar, toleradme
mi viejo laúd que empuñe,
y un mal cantar os rasguñe
en mi ya ronco laúd.

Trémula traigo la mano
y cana la cabellera:
mas aun traígo la alma entera
y brío en el corazón;
y aun puedo, buen castellano,
lanzar con mi último aliento
un *¡bravo!* a vuestro talento
y un *¡viva!* a nuestra nación.

A PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

¡Dios te bendiga, Alarcón,
por tu carta bienvenida!
Por ella a muerte y a vida
es tuyo mi corazón.

Y aunque una gota de hiel
con el recuerdo tan triste
de quien tanto amé, vertiste
al fin de tu carta en él,

no por eso será esquivo
mi corazón para ti,
pues me ayuda el que perdí
a hallar su afecto en ti vivo.

¡Dios haya en la eternidad
recibido su alma buena!
La mía, de su fe llena,
dejó su santa amistad.

2377. Composición publicada en el *Museo Universal* de 19 de agosto de 1866. Es contestación a la carta de bienvenida que le dirigió D. Pedro Antonio de Alarcón, publicada igualmente en el *Museo Universal* (5 de agosto).

Tendamos un santo velo
sobre el mármol que le encierra:
nuestra alma debe la tierra
cruzar vestida de duelo.

Hablemos hoy de otra cosa:
tu noble carta al leer,
he sentido tal placer,
que en el alma me rebosa.

Hablas de mí de tal modo
que si de mí piensa hoy
como tú mi patria, voy
tal vez a atreverme a todo.

Si de tu carta supieras
cómo obran en mí a estas horas
las palabras tentadoras,
lo que escribes no escribieras.

Nunca tuve otra ambición
que ser en mi patria amado:
si engañarme has intentado...
¡Dios te perdone, Alarcón!

¿Sabes tú lo que es tener
entre ti y España el mar
y a que se seque esperar,
a España para volver?

¡Pues once años pasé así!
Bien quisto, tal vez amado,
sí, pero desesperado
de volver nunca, ¡ay de mí!

Tenía oro y no podía
pagar jamás mi pasaje,
y a la eternidad del viaje
tener que emprender temía.

¡Han sido once años de afán!
aunque me los ha endulzado
el pueblo que me ha hospedado,
conmigo siempre galán.

¿Concibes, buen Alarcón,
cuando tu carta he leído,
lo que sentir he debido
en mi español corazón?

Dios me tuvo en tierra ajena
once años encadenado,
y hubiera muerto expatriado
si él no rompe mi cadena.

Yo creo en Dios: sí, en verdad:
humillé ante él mi cabeza,

y aguardé con entereza
la muerte o la libertad;

y atado de pies y manos,
de la calumnia y la envidia
sentí herirme con perfidia
los aguijones villanos.

¡Y no eran, Pedro, de allí
los que allí a traición me herían!
¡Pedro, los dardos venían
envenenados de aquí!

Mas mi fe en Dios es completa;
cristiano soy, y prefiero
la lealtad del caballero
a la fama del poeta.

Yo nunca he sabido odiar;
quienes me ultrajaron sé,
pero sus nombres eché
con sus ultrajes al mar.

Dios me otorgó su perdón;
y mi cadena al romper,
me mandó a España volver
sin ira en el corazón.

No me hará un triunfo arrogante:
si alguno un guante me arroja,

le ruego que le recoja
sin que yo se le levante.

Creíme olvidado aquí,
aunque en Dios siempre fié:
mas da harto premio a mi fe,
si aun os acordáis de mí.

Dices muy bien, Alarcón;
sólo español y cristiano,
fuí siempre; buen castellano,
el cantor de mi nación.

Nunca opinión he tenido,
ni política mancilla:
sólo a la prez de Castilla
mirado he por donde he ido.

Si mi nación me lo estima,
¡benditos sean de Dios
los duelos que llevé en pos,
los años que traigo encima!

Perdona estas digresiones
a que me impulsó tu carta;
y antes que a Madrid me parta
lee mis últimas razones.

Traigo un voto que cumplir:
deja que antes de cantar,
diga a Dios ante el altar
lo que debo a Dios decir.

Deja que un momento en calma
con Dios mis deberes llene:
aguarda a que Dios serene
la tempestad de mi alma.

Supongo que no imaginas
que ansío palmas ni honores:
yo viví sembrando flores
y en todas sé que hay espinas.

Yo vengo ansioso a beber
la luz y el aire natal,
al Anahuac imperial
por si tengo que volver.

Yo amo aquella infeliz tierra:
¡quién algo del corazón
no deja en una prisión
que por once años le encierra!

Mi palabra allí empeñé:
y aunque en extranjero hogar
allí tengo que expirar,
mi palabra cumpliré.

Si a quien mi palabra di
rico y feliz fuera, yo
se la pidiera, pues no
necesitara de mí;

mas como se puede hallar
solo, a la merced de Dios,
no he de ser yo de los dos
quien al otro ha de dejar.

A él mi palabra me liga;
si él de ella no me desata,
o Dios antes no me mata,
mi fe a cumplirla me obliga.

Pues debo a la corte ir
y en ella te debo ver,
cuándo y cómo debe ser
te debo a un tiempo advertir.

Aun traigo unas trovas viejas
que cantar en mi harpa rota,
y traigo una que otra nota
sobre cuentos y consejas;

y aun traigo algo que decir,
pues que mi oficio es hablar,
y algo traigo que contar,
si me lo quieren oir.

Mas como (si gran fortuna
no) tuve en Castilla casa,
voy antes a ver qué pasa
por la casa en que hube cuna;

así que, antes que a Madrid,
tengo que ir a investigar
si me guardan un hogar
Burgos o Valladolid.

Después... si deseas flores
derramar ante mis huellas,
sea: yo sabré con ellas
una guirnalda trenzar;

y a estilo de mis mayores,
en un templo, de fe en prenda,
haré de ella a Dios ofrenda
antes de hacerme a la mar.

A LA ESTUDIANTINA BURGALESA

Oigo al pie de mi balcón
vuestra gentil serenata.
¡Cuánto es a mi oído grata!
¡Cuán grata a mi corazón!

Pusieron hondos pesares
entre Castilla y yo el mar,
y a Castilla al regresar
me recibís con cantares.

¡Dios os dé tanto placer
como con ellos me dais!
Si un día España dejáis,
como a mí os haga volver.

Temí que mi corazón
se hubiera insensible hecho,
pero palpita en mi pecho
de vuestra música al son.

2549. Escrita con motivo de la serenata que la *Estudiantina Burgalesa* dió a Zorrilla en septiembre de 1866

Y pues le hace ella latir
después de tanto pesar,
tal serenata a pagar
debe el corazón salir.

¡Gracias, pueblo burgalés!
En cambio de la canción
que envías a mi balcón,
los versos echo a tus pies.

No extrañes si en el hogar
do entre lágrimas me hospedo,
tu serenata no puedo
con gayos versos pagar.

Págote con éstos, pues;
mas nunca olvides que son,
tan pobres como los ves,
hechos con el corazón.

A NARCISO SERRA (1)

I

Es el signo fatal del que algo vale;
quien de las medianías sobresale,
el genio egregio, mientras vive, lidia
con los ruines mosquitos de la envidia,
con todo el que de *vulgo* nunca sale:
no hay quien no le rebaje o se le iguale,
y aun todo el que no es *algo,* por desidia,
en vez de trabajar, crecer, seguirle
y alcanzarle, se goza en zaherirle,
del mundo por la tumba hasta que sale.
Entonces elegías, epitafios,
de luto nacional muestras ruidosas,
lápidas, monumentos, cenotafios,
estatuas coronadas de oro y rosas:

---

(1) «Improvisación escrita por el autor el día del entierro de Serra, en cuya ceremonia recibió el honor de ser invitado a llevar una de las cintas del carro que conducía el féretro». *(Nota de Zorrilla.)*

2581. Publicada en *La Ilustración Española y Americana.* (Suplemento al núm. 1 de 1878.) Serra había muerto en septiembre del año anterior, y en el entierro llevó Zorrilla una cinta del féretro.

todo lo que es ya inútil al difunto
y a su nación de vanagloria asunto.
¿Por qué no confesarlo, aunque nos pese?
Esa es la sociedad, el mundo es ese.

II

Así Serra vivió, y en su tristeza,
viéndole agonizar le abandonamos:
no por ruindad, ni envidia, ni vileza;
por esta dejadez y esta torpeza
que con la leche del país mamamos;
porque éste es el país de la nobleza.
Somos raza entusiasta y generosa,
mas vence al entusiasmo la pereza;
no estalla, si a estallar no se le acosa;
nuestro alegre país no se apercibe
de que se muere nadie mientras vive:
y mientras vive el genio, nadie inquiere
si vive bien, o si viviendo muere.

III

Serra vivió de nuestra tierra al uso:
yo, su memoria al bendecir, me acuso
de no haberme atrevido en esta vida
a sondar la alma grande que Dios puso
en una carne por el mal roída:
yo no le conocí; yo en tierra extraña

le admiré y le aplaudí lejos de España.
Su polvo al conducir al cementerio,
no le pude decir lo que hoy le digo,
por no turbar la calma y el misterio
del sagrado lugar que le da abrigo,
y por no aparentar que me exhibía
otra vez en lugar del que moría.

IV

Duerme en la tumba en paz, Serra festivo:
Dios todo lo equilibra y lo compensa:
el mundo olvida a quien inciensa vivo:
¡feliz aquel a quien difunto inciensa!
Prueba evidente de que en vida vale
el que, de ella al salir, al mundo sale.
Ardió del genio creador la llama
viva en ti: de tu espíritu el imperio,
unida a aquél con deleznable trama,
dominó hasta su fin a la materia;
nutrida en larga enfermedad tu fama,
volará de hemisferio en hemisferio,
pues hoy por genio tu país te aclama.
Pero por genio al aceptarte en serio,
te abandonamos ¡ay!, viva laceria,
a vivir en la sombra y la miseria,
para llevarte en triunfo al cementerio.
Tal fin en existencias semejantes
de tiempo inmemorial nadie aquí extraña:

así mueren los genios en España;
así murió Colón, así Cervantes.
¿Por qué? Sin duda porque Dios lo quiere:
nadie es grande en España hasta que muere.

V

Poeta, ¡duerma en paz tu polvo inerte!
Aunque tu patria te esquivó, te amaba;
podrías, si te alzaras, convencerte:
tu gloria empieza do tu vida acaba.
Yo en tierra extraña, con la nuestra en guerra,
te admiré y te aplaudí sin conocerte;
y hoy, más viejo que tú, me cabe en suerte
llorar sobre la tumba que te encierra.
Duerme en paz, y a mirar no te levantes
qué estela dejas tras de ti en tu tierra:
fueron tu vida y muerte las de Serra,
pero es tu porvenir el de Cervantes.

ESENCIA DE ROSA

LA SIESTA

Son las tres de la tarde, julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.

Desde el hombre a la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la yerba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño a la hembra deja en la torre.

Ni el topo, de galbana, se asoma a su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo;
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.

La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo al fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.

2660 *La siesta* se publicó por primera vez en *La Ilustración Española y Americana* (suplemento al núm. XXI de 1877), con una dedicatoria que decía así: «Al poeta Grilo.—Mi querido Antonio: Te dedico esta composición, cuya fama te debo, porque la has lucido recitándola con entusiasmo en las regiones del gran mundo y ya ni Madrid ni yo sabemos si es tuya o es mía.—J. Zorrilla.—Abril, 20 de 1877.

Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno:
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

I

Como le canta y mece la madre al tierno niño
que duerme en su regazo, mi amor te arrullará;
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cúal es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches a alimentar venía
la abeja que le amaba, con miel de su panal?

¿Prefieres una historia como la historia horrenda
de aquel que fué a su dama celoso a degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso a dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo;
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba, posada en un capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal,

Mas duerme, vida mía! mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.
Mientras la aura en tus rizos juega y te orea,
en contar mis hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño,
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo a millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
todo invita a la siesta; duerme, bien mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.

Mas sé, aunque estás dormida, que escucha tu alma [atenta
los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duermes,
las pausas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes,
y tu hálito, que absorbe voraz mi aspiración.
Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo:
mi amor no se lo ha dicho jamás a tu pudor;
mas sé que tu alma en sueños responde a mi reclamo
mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, *algo* de la inmortal pasión
de la cabeza, que iba con un murmullo vago,
a dar a su verdugo su beso de perdón.

Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo, de fe dechado:
aun más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envío de mis amores
la voz, como el rocío la alba a las flores.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;

yo velaré tu siesta; ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Naciste en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz:
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Gual-al-kevir feraz.
Sus árboles han dado su sombra a tus pestañas;
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar;
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende a ellos tu aliento al respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perennal guirnalda
de plantas siempre verdes que toca su ciudad;
tu cuello, lo gallardo de su gentil Giralda,
tu alma, de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás!... Mas... ¿me oyes? Tu boca me [sonríe;
tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
Si son para mí, dílas ¡mi bien!... que me confíe
tu amor, en sueño al menos, que me pudiste amar.
¡Pronúncialas, ¡mi vida!—Su plácido murmullo
dará a mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
como la miel que daba, posada en un capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece:
¿qué idea ruin te acosa? ¿qué te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas:
da a mi oído esas quejas que no formulas.
El cielo en tu risueño labio se abría;
¡vuelve a aquel dulce sueño que sonreía!
Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
en tu faz de tu alma mirando al cielo.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
todo invita a la siesta: ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña
no a mí me sonriese, sino a feliz rival!...
¡Si al son de mis cantares falaz con otro sueña
riéndose hasta en sueños de mi pasión leal!
¡Dios mío! Si en el centro del corazón me clava
de su desdén el frío desgarrador puñal...
mi amor la daré siempre, como su miel le daba
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Rosa, podrás matarme, si es que me engañas;
no tu amor arrancarme de mis entrañas.
Del corazón que abrigas la dueña eres;

mas nunca me lo digas si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo, si al cabo mi alma te adora?
Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
Duerme, que mi cariño te mece y canta
como la madre al niño que aun amamanta.
  Duerme: y si a la hora de ésta, de tu amor frío
ya nada más me resta que tu desvío,
mi alma está a tus pies puesta; duerme: en Dios fío.
Yo te amo tanto
que tragarse a mis ojos
haré mi llanto.
  Tú dormirás en calma, ¡de mi amor centro!
mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

A S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES

I

Iris de paz y de virtud lumbrera,
la comprendió y la amó la hispana gente:
vos la amasteis ¡oh Rey! adolescente
y ella os amó desde la edad primera.
Mas, fugitiva luz, flor pasajera,
brilló un instante, perfumó el ambiente,
doró el pasado y enlutó el presente;
y hoy la reza y la llora Europa entera.
De su faz guardan con amor los trazos
el palacio, el taller y la cabaña:
si os hizo ¡oh Rey! el corazón pedazos
de la muerte al herirla la guadaña,
pensad que une su amor, de amor con lazos,
con el pueblo español al Rey de España.

2.821. Publicada en el libro *Corona fúnebre dedicada a la buena memoria de S. M. la reina Doña María de las Mercedes (Q. D. D. G.), por el periódico ilustrado La Academia.*—1878.

II

De la luna de miel el alborozo
durando aún y de la boda el ruido,
la muerte, de su sér con el destrozo,
la hundió en la eternidad, no en el olvido.
Lloradla sin contén y sin rebozo,
llorad a la mujer que habéis perdido;
que no amenguan la prez de Rey tan mozo
las lágrimas del Rey tan buen marido.
Mientras su duelo el ánimo os destroce,
llorad con vuestro pueblo que la llora,
lloradla, Señor Rey Alfonso Doce;
perlas son vuestras lágrimas de ahora,
y el pueblo, que su precio reconoce,
para vos las recoge y atesora.

EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

Mariposa brillante cual ninguna,
vivió en Sevilla entre azahar y rosas:
Dios nos la envió en un rayo de la luna;
mas duró aquí su gloria y su fortuna
lo que suelen durar las mariposas.
Un regio amor sirviéndola de abono,
confiada en su amor se juzgó fuerte;
y en su inocente y cándido abandono,
tendió sus alas, se posó en el trono...
y en ataúd se le trocó la muerte.
Su alma pasó de un día en el espacio,
desde el palacio a las empíreas salas.
¿Qué deja ¡ay! de sí misma en el palacio?
Lo que las mariposas de sus galas,
lo que guardan no más los ataúdes:
la memoria inmortal de sus virtudes,
que es el polvo impalpable de sus alas.

2.849. Inserta en el libro *Siempreviva que depositan varios ingenios en la tumba de Su Majestad la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y Borbón (Q. S. G. H.)*. 1879.

Sol de virtud, en sus diez y ocho soles,
deja en el corazón de un buen marido,
deja en la alma de un Rey hoy más querido,
deja en los corazones españoles
un amor libre de baldón y olvido:
y guardarán su incólume memoria
en España el honor, Dios en su gloria.

PULVIS ES

INTRODUCCIÓN AL EGREGIO POETA CASTELLANO
GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Los poetas no tenemos
más que versos por caudal,
y con ellos, bien o mal,
pagamos lo que debemos.
Contigo la deuda mía
es una amistad sincera,
cuya inclinación primera
engendró la poesía.
Leía yo allende el mar
las que famoso te han hecho,
y la amistad en mi pecho
por tí empezó a germinar.
De ambos en el corazón
hoy y desde antes de vernos,
la atan los nudos eternos
de la mutua estimación:

2.875. *Revista Contemporánea,* 30 octubre 1878.

y de esta amistad por gaje
mi—«Pulvis es»—te dedico;
no es el obsequio muy rico,
pero es casi un homenaje.
De América al regresar
me saliste a recibir...
Y ¿qué más se han de decir
dos castellanos, Gaspar?

I

Dios dijo a Adán: «hecho estás
»de barro: tu sér no encierra
»más que polvo de la tierra,
»y a ser polvo tornarás».
Murió Adán, y su mujer,
y sus hijos, y cumplieron
la ley de Dios, y volvieron
a la tierra polvo a ser.

II

Pero la raza extraviada
del hombre, a Dios insumiso,
volver al polvo no quiso,
ni reconocer su nada;
y encontró arcillas y grutas
donde, a propósito puestos,
se conservaran sus restos,

momias tornándose enjutas.
Y alzó egipcios mausoleos,
y romanos columbarios,
y judaicos calvarios;
y aún se tiene en pie de Ceos
la pirámide titánica,
que a nuestras generaciones
prueba la audacia tiránica
y la vanidad satánica
de los viejos Faraones.

III

Dios dijo al hombre:—«estás hecho
de polvo y a él volverás,»—
mas no lo quiso jamás
para su mortuorio lecho.
Rebelde a la ley de Dios
y con su madre hijo ingrato,
anheló el hombre insensato
ser más fuerte que los dos;
y al polvo en vez de tornar
de que le sacó el Dios Bueno,
y de ir el materno seno
de la tierra a fecundar,
se quedó sobre la tierra,
gozar queriendo más vida
que la por Dios concedida
al polvo en que su alma encierra.

En necrópolos inmensos
sus restos depositando,
su carne momificando
con hierbas, gomas e inciensos;
metiendo en fragantes cajas
sus momias, tan bien sujetas
con las largas bandeletas
que las sirven de mortajas,
y envolviendo su esqueleto
y su carne así amarrada
en la envoltura sagrada
del religioso respeto,
fundó con ellos ciudades
de muertos y catacumbas;
pensando en paz en sus tumbas
gozar por luengas edades
otra existencia añadida
a la de Dios: tal demencia
produjo la gran pendencia
de la muerte con la vida.
El respeto religioso
hizo no ver al creyente
de la no enterrada gente
el influjo pernicioso;
mas sus miasmas nocivos
declaró sobre la tierra
la ciencia; y de aquí la guerra
con los muertos de los vivos.
¿Y en qué paró? En que el ambiente

corrompió su podredumbre;
y al crecer en muchedumbre
y hallar su póstera gente
aquellos miles de muertos
sobre la tierra instalados
y contra Dios rebelados,
de sus sepulcros abiertos
los arrancó cual manojos
de podridas espadañas,
y arrojó a las alimañas
y a los cuervos sus despojos.
Hoy nuestra generación
entre ruinas encontrándolos,
hace de ellos, numerándolos,
científica exposición:
y su momia secular,
de la ciencia por trofeo,
a la puerta de un museo
hace al vulgo contemplar;
y acaso del rey aquel
de quien su edad tuvo miedo,
de un villano mancha el dedo
la apergaminada piel:
y mal puesto en equilibrio
al vacilar contra el muro,
su cadáver inseguro
sirve al vulgo de ludibrio.
Justo castigo, a mi ver,
del que a la tierra se aferra

y, hecho de polvo, a la tierra
no quiere polvo volver.

IV

Hundió a la pagana edad
el tiempo en la eternidad:
alumbró al mundo la luz
de la fe y de la verdad:
redimió a la humanidad
muriendo Cristo en la cruz.
Y ¿cuál es su religión?
¿Cuál fué su predicación?
¿Qué manda su santa ley?
La humildad, la humillación
en el polvo: obligación
del pordiosero y del rey.
Y ¿qué hacemos los cristianos
de nuestros restos humanos
con el polvo terrenal?...
Más que hicieron los paganos;
profanar con él insanos
el claustro y la catedral.

A sombra del legítimo respeto
de que a los muertos nuestra fe rodea,
yace al pie de un altar un esqueleto
que albergó un alma de homicidios rea.
Abad batallador o rey repleto

de venganza y de sangre, allí bravea
la ley de Dios, que le conmina airada
gritando: ¡Sal de mi mansión sagrada!
Mas vi y hallé de entrambos hemisferios
las cien maravillosas catedrales,
los cien mil opulentos monasterios
de la fe monumentos colosales,
convertidos en grandes cementerios,
en cuyas áureas urnas sepulcrales
se puso a amparo de la Cruz cristiana
del polvo vil la vanidad mundana.
Y allí, a traición introducido, espera
burlar la ley de Dios, no ir a la nada,
y al polvo no volver, masa primera
de que por Dios su carne fué amasada;
cree allí que por la gente venidera
será siempre su carne respetada,
y que va en su ataúd jamás abierto
en la tierra a vivir después de muerto.
¡Vanidad, ilusión, orgullo insano
del que feliz y grande fué en el mundo,
y cree robar a Dios su polvo humano!
Desde el sol hasta el antro más profundo
nada se esconde a Dios; cobija en vano
entre oro y mármol su esqueleto inmundo:
aunque bajo oro y mármol le sepulte,
no hay piedra ni metal que a Dios le oculte.
Aquellas coronadas esculturas
sobre sus regios túmulos tendidas,

aquellas siempre inmóviles figuras
de hábitos y de mantos revestidas,
de graves y sombrías cataduras,
de hinojos o de pie, mas siempre erguidas,
cuyo nombre en sus áuros cenotafios
se revela en pomposos epitafios,
¿qué son? ¿qué hacen allí? Símbolos vanos,
vanas esfinges que sus cuerpos guardan
de Dios contra los fallos soberanos.
Mas aunque santas lamparillas ardan
delante de sus bustos, los arcanos
de los juicios de Dios, no porque tardan
no se cumplen; al fin la raza viva
la luz apaga y el panteón derriba.
Una invasión salvaje, una marea
social el mundo de repente agita,
y cae la torre, el templo se cuartea,
se demuele el panteón, se hunde la ermita.
Pero la fe, la religión, la idea
tienen, germen de Dios, vida infinita;
la idea, que los mármoles derrumba,
vuelve a la tierra el polvo de la tumba.

V

¡Eres polvo, y nada más,
hombre vano! En vano en pos
vas de más vida; va Dios
de tu ansia vital detrás.

Vuélvete, polvo, a la tierra
que es tu madre y te dió el sér,
y es quien vivir ha de hacer
el polvo que a tu alma encierra.
Tú, que eres polvo no más,
y que a tu Dios rebelado
a ser polvo no has tornado,
fuera de tu sér estás.
Ese panteón donde quieres
prolongar tu térrea vida,
es donde tu muerte anida:
en él es en donde mueres.
Ese brillante gusano
que del césped en la alfombra
brilla en el campo en la sombra
de las noches de verano:
esa vaga mariposa
que se columpia en abril
en un pétalo sutil
o en el botón de una rosa:
esa hierba nutritiva
que alimenta los rebaños
brotando todos los años
de la tierra siempre viva:
esos bosques rumorosos
cuyos frutos alimentan
cuantas alimañas cuentan
desde el musgaño a los osos:
toda esa vegetación

que viste a la madre tierra,
nacen del germen que encierra
lo que tú das al panteón.
Eso es el polvo en que duermen
nuestros despojos mortales;
esos los jugos vitales
de que nuestro polvo es germen.
Vuélvete, polvo, a la tierra
que es tu madre y te dió el sér,
y es quien vivir pueda hacer
el polvo que a tu alma encierra.
No le entierres en panteones,
no le labres mausoleos:
hoy ya en su tumba de Ceos
no está el de los Faraones.

VI

Yo sé que al orgullo humano
tal vez ofende y le enfosca
el zumbido de una mosca
y el roer de algún gusano:
mas ¿por qué no he de decir
a mi raza y sociedad,
yo, gusano, una verdad?
¿Por qué no me la han de oir?
Yo que, poeta cristiano,
me quiero en tierra enterrar,
con mi polvo para dar

sér a la flor y al gusano,
   tengo antojo al siglo mío
un progreso de pedir,
por ver si logro morir
y enterrarme a mi albedrío.

   Nuestra edad, aunque revuelta,
camina con firme planta
hacia la luz, y adelanta,
aunque con trabas, resuelta.
   Extraña es nuestra centuria
sima de contradicciones
y volcán de aspiraciones;
raza de locos sin furia,
   sin fe, sin miedo y sin ira,
que osa a todo, a todo atenta,
que todo endiosarlo intenta
y contra todo conspira,
   es nuestra raza; y da espanto
ver cuán atrevida avanza,
de todo con esperanza,
osando atreverse a tanto.
   Y aun causa espanto mayor
verla cómo, sin fe en nada,
empeña en cualquier niñada
su juicio razonador;
   y en ardua cuestión social,
con apático desdén,

ni se afana por el bien
ni se asusta por el mal.
Raza en verdad rica en ciencia
y en positivo progreso,
de buena fe y con gran seso,
obra loca y sin conciencia.

Sí, extraña generación
actual de mi madre España,
tal es hoy tu vida extraña
y tal hoy tu condición.
De prosa y de poesía
heterogéneo amasijo,
tu razón sin rumbo fijo
sigues, o tu fantasía.
De activa fe y hondas dudas
en el afán que te acosa,
ya impía, ya piadosa
con una y otra te escudas:
e inquieta como la mar,
flotante como las nubes,
como ellas bajas y subes
y fluctúas sin cesar.
Hoy con costumbres perversas
y desnudez nunca vista,
blasonas de moralista
y lo moral tergiversas;
pues la moral arrollando,

vas a duelos y a placeres,
desnudas a tus mujeres
por donde quiera llevando.
Así por extraño modo
predicas y no profesas
los dogmas con que progresas
sin duda, a pesar de todo;
y con tu conducta avienes
tan mal tu filosofía,
que eres pobre y cada día
gastas más de lo que tienes.
Con avidez sin ejemplo,
de oro en la sed que te acosa,
vas fanática o viciosa
lo mismo al circo que al templo:
y hallas los mismos motivos
para derrochar millones
en las peregrinaciones
que en toros y cuadros vivos.
Engreída filosofas
con tus mil grandes inventos,
y de esos mil elementos
de felicidad te mofas:
y siendo en verdad más sabia
que las pasadas edades,
parece que las verdades
vas descubriendo con rabia,
o con error nunca visto
que de fraudes y ambiciones

¡tal vez negándole! pones
por encubridor a Cristo.

Y oyendo tal no te ofendas
ni contra mí te alborotes,
porque tus faltas y dotes
juzga un autor de leyendas,
generación actual mía:
pues yo que así te las digo,
con admiración te sigo
por tu saber y osadía.
Aunque de sosiego en pos,
viejo, en mi hogar me he sumido
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios,
de cuando en cuando me asomo
a ver la faz de mi tierra,
y el bien y el mal que en sí encierra
miro y en cuenta les tomo:
y al borde ya de mi huesa
me afano ¡oh España mía!
por saber si por la vía
vas del tiempo que progresa.
Y sí que vas: aun te agitas
contra el viento y las mareas,
mas sondas y brujuleas
y los escollos evitas:
porque aun eres hoy, España,

como un volcán que fermenta,
y en tanto que no revienta
hace temblar la montaña;
mas piensa que, al estallar,
no es fuego devastador,
sino luz de almo esplendor
lo que de ti ha de brotar.
Labra, escombra desde luego
cuanto terreno ganado
lleves; pero con cuidado,
no labres a hierro y fuego.
Yo tras ti por tu camino
iré por despacio que ande,
pues por verte otra vez grande
me hiciera hasta peregrino.
Te dije noches atrás,
en salón de aquí no lejos,
que yo era uno de esos viejos
que no envejecen jamás.

Me descarrié por seguir
el porvenir de tu gloria;
mas me vuelve a la memoria
lo que antes te iba a pedir.

VII

Siglo que a todo te atreves
y que, del progreso en alas,
cuanto hay secreto propalas
en la tierra que remueves;
que alzas al saber palacios,
y a un vapor tal fuerza imprimes
que ante su vuelo suprimes
el del tiempo y los espacios;
que el aire y la luz dominas
y esclava de tus inventos
con una chispa en momentos
una ciudad iluminas;
que has logrado hacer pasar
la palabra en un minuto
a través del monte bruto
y las tormentas del mar;
que a tu saber los secretos
de la creación humillas,
y haces de sus maravillas
los más vulgares objetos;
y encierras la luz en cajas,
y el rayo atas con alambres
y haces paños con estambres
de acero, cristal y pajas;
siglo que a todo te atreves,
y que, del progreso en alas,

dices que todo lo igualas
porque todo lo remueves,
la ley de Dios por ley toma:
toma de Dios el nivel,
y el orgullo humano doma
nivelándole por él.
De sus efluvios nocivos,
letales, libra a la tierra:
pon fin a la larga guerra
con los muertos de los vivos.
Y pues a estudios tan serios
te aplicaste en tus escuelas
por ver si el mundo nivelas,
nivela los cementerios.
Del orgullo los caprichos
doma ¡oh siglo! y que progresas
prueba, dando al polvo huesas,
no mausoleos y nichos.
Dios dijo a Adam: —«Hecho estás
»de polvo, y has de volver
»a la tierra polvo a ser».
¿Y quién ante Dios es más?

Los que al hombre esclavizáis
de la libertad en nombre,
los que los fueros del hombre
en nombre de Dios holláis,
ídolos de la ambición,

del orgullo y del dinero,
en el siglo venidero
seréis polvo sin panteón.
Autócratas y sultanes,
tiranos ayer temidos,
mañana estaréis tendidos
al nivel de los patanes.
¡Polvo, polvo! nadie es más;
a quien se alza y se rebela,
tiende la muerte, y nivela
su polvo al de los demás.
Ley es del Dios Infinito:
el polvo que al alma encierra
no guardan sobre la tierra
los mármoles ni el granito.
Por más duro que le sea,
por más que tal fin le asombre,
sobre la tierra del hombre
no queda más que la idea.

VII

Gaspar, los que pretendemos
difundir la idea en tomos,
¿qué valemos y qué somos?
¿cuánto en ellos viviremos?
Yo, que viví de extraer
de mi polvo corporal
la idea, lo espiritual

que puso Dios en mi sér,
este papel en que he escrito
mi idea de orgullo rea,
el papel que por la idea
es más fuerte que el granito,
¿qué vivirá? —Un día o dos:
mas aunque alcance a vivir
dos siglos, ha de morir
como yo por ley de Dios.
Gaspar, si me sobrevives,
no permitas que me entierren
en un nicho y que me encierren;
de ser tierra no me prives.
Yo soy poeta cristiano,
me quiero en tierra enterrar
con mi polvo para dar
sér a la flor y al gusano.
Jamás a la ley común
en rebelarme pensé;
Dios lo dijo, y bien lo sé:
Pues hombre soy, Pulvis sum.

(2 de noviembre de 1878).

NOSCE TE IPSUM

I

Carísimos hermanos en Apolo,
cuyas muestras de estima y de cariño,
de envidia exentas, de interés y dolo,
al viejo tornan a la edad del niño;
¡gracias por tan espléndida acogida!
No discutamos hoy si la merezco,
empero no dudéis en vuestra vida
que con el corazón os la agradezco.
No temáis que el poeta castellano,
vuestro hermano al llamarse y vuestro amigo,
sea ¡ante Dios el tiempo por testigo!
mal amigo jamás, ni mal hermano.
Valencia, a quien el gozo ha vuelto loca
al escuchar la voz de su hijo nuevo,

3.364. *Revista Contemporánea,* 15 diciembre 1878. Poesía leída en el teatro de Valencia. Zorrilla refundió más tarde los apartados III IV y V de esta composición en la titulada *Est Deus in nobis.*

A más de ésta, leyó entonces Zorrilla en Valencia una poesía que empieza:

¿Qué te parece Valencia?
me preguntan por doquier...

Y aún tiene nuestro poeta otras dos composiciones dedicadas a Valencia.

a mí tal gozo agradecer me toca,
pues renacer en mi vejez te debo:
y no debió en país ni en tiempo alguno
un poeta a su sola poesía
fama más popular, y aquí ninguno,
tal popularidad como la mía.

Ábrenseme las aulas y ateneos
como el humilde hogar y los talleres;
pídenme por mi nombre en los paseos
los pobres, y sin miedo y sin deseos
a la cara me miran las mujeres.

Por doquier que en Valencia me presento,
de admiración objeto y de cariño,
me cede el paso y me saluda atento
el pueblo; y contemplándome un momento,
«él es», se dicen desde el viejo al niño.

Las calles al cruzar y las plazuelas,
me saluda cortés el artesano;
me sonríen las frescas muchachuelas,
y a la gorra ante mí llevan la mano
los chicos al salir de las escuelas.

Es el más grato olor el del incienso;
son los aplausos el mejor arrullo;
pero perdón si os digo lo que pienso:
oigo éste, aspiro aquél con un inmenso
placer... mas con placer, no con orgullo.

Algo haber en mí debe que algo vale:
los pueblos sin razón no aplauden nada,
y en mí de lo vulgar algo hay que sale:

mas hay en ti por mí gracia sobrada,
¡oh Valencia gentil, ya madre mía!
más favor y más gloria a ella acordada
que valor en mi vieja poesía.
Oye, pues, lo que oir de mí no esperas,
lo que ya veces mil en mis cantares
he repetido allende de los mares,
y que hará tal vez hoy que más me quieras.

II

Conócete a ti mismo, dijo un sabio:
y aunque por sabio no, por ser ya viejo,
hacer no debo a mi razón agravio
despreciando del sabio el buen consejo.
Hoy que así de tu amparo bajo el manto
me acoges; hoy que tanto mi presencia
celebras y en tus brazos me alzas tanto,
que aureola quieres dar a mi cabeza
de la lumbre del sol con un anillo,
y a mi gloria tus bardos con nobleza
quieren hacer de estrellas un cintillo;
voy a probarte yo con este canto
que en sandia vanidad no me encastillo,
ni al aura popular me ensoberbezco:
que acepto de mi gloria de tu mano
con gratitud, no más la que merezco;
así que, en vez de alzarme, me arrodillo:
con fe leal y corazón sencillo

toda la gloria que me das te ofrezco,
y ante tu aplauso popular me humillo.
Conocerse a sí mismo es la gran ciencia;
oye, pues, municipio valenciano,
poetas lemosines de Valencia,
a vuestro hijo escuchad y a vuestro hermano;
que antes de que sepulcro aquí se le abra,
va a dirigiros su postrer palabra
como hidalgo español y buen cristiano,
Y POR SIEMPRE A LIBRAR DE SU PRESENCIA
TODOS LOS FOROS DEL TEATRO HISPANO.

III

Nunca he sido yo más que un vagabundo:
yo soy el escritor de menos ciencia,
el ingenio español menos profundo,
el versificador más sin conciencia:
mas aunque soy, tal vez, el más fecundo,
flor sin aroma, frasco sin esencia,
de sentido y de lógica vacía
no es tal vez más que un són mi poesía.
Como el ruido del mar, como el del viento,
como el de un manantial de agua corriente,
como el canto del ave, como el lento
són de la lluvia o de la espuma hirviente,
tenaz, sonoro, musical mi acento
se exhala de mi sér perennemente;
pero como esos ecos del vacío

es un són fútil el acento mío.
  ¿Por qué, pues, de poeta alcancé nombre?
¿Por qué hay de oirme afán por donde paso?
¿Por qué os juntáis para escuchar al hombre
de saber y de juicio más escaso?
¿Queréis que yo os revele, aunque os asombre
y a vanidad me lo achaquéis acaso,
por qué del bardo me otorgáis la palma?
Porque me ha puesto Dios la fe en el alma.
  Porque me dió con ella la hidalguía,
la generosidad del caballero,
y ni envidiar ni odiar mi alma podría
ni al amigo vender, ni al compañero:
porque grande y leal el alma mía,
cabe en mi corazón el mundo entero:
y como sabe Dios la fe que abrigo,
por doquiera que voy va Dios conmigo.
  Como al ave, al nacer, me dijo: «canta»,
y a impulso de la fe que en mí se encierra,
arrancada mi voz de mi garganta
resuena sin cesar sobre la tierra:
y como el fénix sin cesar cantando
voy mi fe por la propia y por la extraña:
y como el fénix moriré entonando
mi canto funeral en la montaña.
  ¿Dónde aprendí mis cántigas? Lo ignoro.
¿Dó va las suyas a aprender el ave?
¿Dónde toma su ruido el mar sonoro?
¿Dónde el aire su són, áspero o suave?

Mas nada sé, ¡ay de mí! Todo lo ignoro:
hijo de un siglo inquieto y de una tierra
que desolaba fratricida guerra,
a mi primer cantar hicieron coro
gritos discordes de furor y espanto,
ayes de hiel y desgarrado llanto;
no tuve tiempo de aprender; me hicieron
salir al mundo solo, casi niño,
los vaivenes del siglo; me perdieron
mi familia y mis padres el cariño,
yo no gocé jamás su compañía;
yo me dejé arrastrar por el encanto
de la santa y risueña poesía
que amparó mi orfandad bajo su manto;
y del Pindo a la sombra y al abrigo
cedí al instinto que nació conmigo,
sentí mi inspiración, probé mi canto;
y, no sabiendo más, dí a mis cantares
las frases de la fe de mi creencia,
y conté las leyendas populares:
por eso me escucháis, esa es mi ciencia.
Yo, aunque alumno del griego clasicismo,
bebí en mi infancia la nectárea esencia
del castalio licor del paganismo,
busqué mi inspiración en mi conciencia,
pedí mi numen a mi pueblo mismo,
y el pueblo me contó lo que há años treinta
que con frase mejor mi musa os cuenta:
y eso es lo que os inspira a mi cariño,

eso es lo que en mis versos os hechiza;
que os cuento, con más fe y con más aliño,
lo que, al mecer en su regazo al niño,
os contó a cada cual vuestra nodriza.

IV

Mi culta inspiración, mi tosco verso,
en los sones del himno se han nutrido
que cantar a su Dios al universo
siente mi corazón, oye mi oído.
Ese himno santo, universal, perenne,
que un solo instante de sonar no deja,
inextinguible, místico, solemne,
de nuestro globo en derredor, que aspira
su hálito en el de Dios: máquina errante
por el vacío azul, viva y radiante
con propia vida y luz; que nunca vieja,
ni cae jamás, ni descarriada gira:
que ni vacila nunca, ni se aleja
de su órbita jamás; que siempre mira
al Dios que errrar ante su faz la deja
cantando ese himno que su amor la inspira.
Himno compuesto del fugaz gemido
de la ráfaga rauda, de la queja
de la tórtola viuda, del zumbido
del impalpable insecto y de la abeja
que el panal elabora; del balido
de la espantada oveja,

que oye al lobo acercarse a sus rediles,
y llama a su pastor, que en la cabaña
ensaya sus sonatas pastoriles
en la zampoña o el rabel de caña;
del rumor soñoliento de la fuente
que bajo el césped invisible suena;
del pavoroso estruendo del torrente
que el valle asorda y la caverna atruena:
del triste són de las marinas ondas
que vienen, arrastrándose con pena,
unas tras otras, túrgidas, redondas,
leve espuma a tornarse en el arena:
ese himno, en fin, universal, sonoro,
que cuanto tiene voz a Dios levanta,
y del supremo Criador a coro
testifica el poder, la gloria canta:
que en todos los dialectos y lenguajes,
y en medio de las razas más ateas,
con la voz de los pueblos más salvajes
dice al Sumo Hacedor: ¡BENDITO SEAS!

V

Esa es mi poesía, esa es la ciencia
de mi instintivo canto no aprendido;
por eso, amorosísima Valencia,
con maternal amor me le has oído.
Yo, poeta de fe, mas no de ciencia,
maestro sólo de la ciencia gaya,

pasé, mi fe cantando, la existencia
de región en región, de playa en playa;
mas canté como pájaro perdido:
nada sé, nada soy ni nada he sido.

Déjame, pues, partir y no demandes
ya a mi vejez ni flores, ni canciones:
no me hagas entre aplausos y ovaciones
sentar entre tus sabios y tus grandes,
e incienso no me des, ni me corones;
déjame ya, Valencia, que me ausente
para volver el hálito postrero
a exhalar en tus brazos solamente;
déjame; y cuando vuelva a tu regazo,
¡madre de mi adopción! no me recibas
con aplausos, ni músicas, ni vivas,
sino con mudo maternal abrazo.

Y entonces no me vuelvas a la escena
a obligar a subir a que te cante;
porque de gozo en vez te dará pena
mi ronca voz, gastada y vacilante.

Ahí te queda de bardos lemosines
una brillante pléyade naciente
que anida en tus balsámicos jardines;
y que tras de Pizcueta y de Llorente
va, y de Labaila, y de Querol y Herrero;
de quienes si hoy aún marcho delante,
es nada más porque nací primero.

Yo me sé conocer; ya hice bastante;
pronto van a ser blancos mis cabellos;

mas no me pidas que mi voz levante;
yo su cantar aplaudiré, espirante:
di a mis hermanos que te canten ellos.

VI

Diz que el mundo es un teatro:
mas representar en él
un papel de mucho aplauso,
dificilísimo es.
A los que en teatro tal
galanes son, rara vez
hay director ni traspunte
que su salida les dé.
A la escena la fortuna
les arroja a tiempo bien,
y a través de todo obstáculo
aciertan con su papel;
a algunos... pocos, a fuerza
de atención, de impavidez,
de paciencia, astucia o mérito,
surgiendo entre la Babel
social, salir a galanes
desde comparsas se ve;
mas salir no es lo difícil,
sino desaparecer.
Yo mi papel como supe
hasta aquí representé;
me dió humo España y subí;

mas mi gloria es Montgolfier
lleno solamente de humo;
y pues tan alto llegué
por patrio favor, yo quiero
bajar, pero no caer.

¿Qué sabe el viejo más sabio,
si, ciego hasta su vejez,
conocerse a sí no sabe
y que envejece no ve?
Yo... (perdonadme este yo
por el último) yo, pues,
por la fortuna en la escena
lanzado, me presenté
ante un pueblo sorprendido
de verme surgir ante él,
evocado de una tumba
que iba a cerrarse a mis pies.

Absorto el pueblo, yo absorto,
y uno de otro sin saber,
me dijo el pueblo «habla» y yo,
en lugar de hablar, canté.
Mi cantar en aquel sitio
fué mi fortuna... Después...
no necesito contároslo,
lo que aconteció sabéis.
Seguí cantando, y alientos
tales cantando cobré,
que en un Don Juan me escucharon
desde el zapatero al rey.

Mas por hacerme escuchar,
yo consejos no escuché;
y creyendo que mis versos
me iban a abrir el edén
en la tierra, y que mi raza
de mí iba su gloria a hacer,
seguí cantando... y mi casa
un día desierta hallé,
y al fin me hicieron mis versos
familia y hogar perder,
perdiendo hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

Entonces solo en el mundo
como un paria me quedé,
y entonces... (es una historia
que a nadie importa saber)
entonces yo, no sabiendo
más que cantar, me lancé
a morir cantando loco
de tierra y mar a través;
y a través de mar y tierra,
fuí cantando por doquier
la patria en que había nacido,
las creencias que mamé
con la leche de la madre
que por su mal me dió el sér;
y canté, y canté... y ¡por Cristo!
donde a cantar me paré,
canté a España sin temor

a extraña o contraria grey;
y si el hombre salió mal,
el español quedó bien.
Yo iba a morir, no a matarme;
y aunque a Dios se lo rogué,
mató a los que iban conmigo;
allá quedan... dos de tres;
mas Dios no quiso mi vida;
Dios me hizo allá encanecer,
y yo... a morir en la tierra
en donde nací torné:
torné como fuí... cantando;
mas como uso ya no es
que cantemos nuestros versos,
di los míos en leer.
No ¡vive Dios! por orgullo,
no, ni de aplausos por sed;
sino, pues que a sus poetas
hoy escuchan con placer
Alemania, Francia, Italia,
y hasta el yankee y el inglés,
para probar que oye España
a sus poetas también.

En eso en pro de mi patria
mi último aliento agoté;
y estoy diciendo hace un año,
diez veces en cada mes,
que envejezco, y que mi tiempo

pasó ya y que yo pasé.
Se afecta por cortesía
lo que digo no creer;
mas pues cumplí como bueno
y adonde pude llegué,
no es justo quitar en público
dignidad a mi vejez,
ni es justo hacerme ante el pueblo
como un gladiador caer,
exponiendo a su desprecio
lo que vió en mí como prez.
Si por amor a Valencia
en sus teatros hablé,
es mi madre, y sus caprichos
debí de satisfacer;
que soy buen hijo, y no puedo
ni tratarla con desdén,
ni excusarme con mi madre
de cumplir con mi deber.
Mas ya, fuera de Valencia,
ni el amor, ni el interés,
ni la caridad, ni el ruego,
ni la amistad, ni la ley,
por más popularidad
que mi exhibición me dé,
me obligarán a exhibirme
sobre la escena otra vez.
Lo que hice en Valencia, lo hice
con la cordial buena fe

de las fiestas de familia,
en las que todo está bien.
Y ¡adiós, madre! tú a mis versos
coronas haces tejer,
y plantar por ellos quieres
sobre mi tumba un laurel:
mas como Dios al crearle
dijo al hombre «*pulvis es*»,
quiero que sepas, Valencia,
que yo conocerme sé;
y que modesto y cristiano,
te he de pedir al volver,
una tumba en que no plantes
más que una cruz y un ciprés.

He dicho, y no sé qué he dicho,
ni si dije mal o bien;
mas con lo dicho, mi voz
oís por última vez.

DON JUAN

En los años que han corrido
desde que yo le escribí,
mientras que yo envejecí
mi *Don Juan* no ha envejecido.
Y fama tal por él gozo
que se cree, a lo que parece,
porque *Don Juan* no envejece,
que yo he de ser siempre mozo:
y hoy el bravo Ducazcal
os anuncia en su cartel
que he de hacer aquí un papel,
que tengo que hacer ya mal.
Yo no soy ya lo que fuí:
y viendo cuán poco soy,
dejo a los que más son hoy
pasar delante de mí;

3757. Leída en una representación del *Tenorio*, hecha en el Teatro Español el día 6 de noviembre de 1879, a beneficio de Zorrilla.

pues, por Dios, que por más brava
que sea mi condición,
la fiebre rinde al león,
la gota la piedra cava.
Aun latir mis bríos siento:
pero es ya vana porfía,
no puedo ya la voz mía
pedirle otra vez al viento:
y a quien me lo quiere oir
digo años ha por doquier,
que pierdo el sér de mi sér
y que me siento morir.
Pero nadie me hace caso
por más que hablo a voz en grito,
porque este *Don Juan* maldito
por doquier me sale al paso;
y ni me deja vivir
en el rincón de mi hogar,
ni deja un año pasar
sin dar de mí que decir.
Yo me apoco día a día,
y este bocón andaluz,
a quien yo saqué a la luz
sin saber lo que me hacía,
me viste con su oropel
y a luz me saca consigo;
por más que a voces le digo
que ir no puedo a par con él.
Mas tanto favor os debo

por él, que en verdad me obliga
a que algo esta noche os diga
de este insolente mancebo.
   Oíd... es una leyenda
muy difícil de contar,
porque tiene algo a la par
de ridícula y de horrenda:
   una historia íntima mía.
Yo era en España querido
y mimado y aplaudido...
y me huí de España un día.
   Vivía a ciegas y erré:
y una noche andando a oscuras
tropecé en dos sepulturas
y de Dios desesperé.
   Emigré: me dí a la mar;
y esperando en el olvido
una muerte hallar sin ruido,
en América fuí a dar.
   No llevando allá negocio
ni esperanza a qué atender,
al tiempo dejé correr
en la oscuridad y el ocio.
   Once años anduve allí
vagando por los desiertos,
contándome con los muertos,
y sin dar razón de mí.
   Los indios semisalvajes
me veían con asombro

ir con mi arcabuz al hombro
por tan agrestes parajes;
  y yo en saber me gozaba
que nadie que me veía
allí, quién era sabía
el que por allí vagaba;
  y esperé que de aquel modo
de mí y de mi poesía
como yo se olvidaría
a la fin el mundo todo.
  Mi nombre, pues, con intento
de dejar perder, y en suma
sin papel, tinta, ni pluma,
ni libros ya en mi aposento,
  bebía en mi soledad
de mis pesares las heces:
mas tenía que ir a veces
del desierto a la ciudad.
  Vivo el cuerpo, el alma inerte,
a caballo y solo, iba
como una fantasma viva,
sin buscar ni huir la muerte.
  Y hago aquí esta narración
porque sirva lo que digo
a mis hechos de castigo,
y a modo de confesión.
  Sobre mí a un anochecer
un nublado se deshizo,
y entre el agua y el granizo

me dejó una hacienda ver.

Eché a escape y me acogí
de la casa entre la gente,
como franca lo consiente
la hospitalidad allí.

Celebrábase una fiesta:
que en aquel país no hay día
que en hacienda o ranchería
no tengan una dispuesta;

y son fiestas extremadas
allí por su mismo exceso,
de las hembras embeleso,
de los hombres emboscadas.

Y a no ser de mi leyenda
por no cortar la ilación,
hiciera aquí descripción
de una fiesta en una hacienda,

donde nadie tiene empacho
de usar a gusto de todo;
porque son fiestas a modo
de las bodas de Camacho.

Allí acuden sin convite
buhoneros, comerciantes
y cirqueros ambulantes;
sin que a nadie se le quite

de entrar en corro el derecho,
de gastar de los abastos,
ni de colocar sus trastos
donde quiera que halle trecho.

Jamás se apaga el hogar,
jamás el servicio cesa;
siempre está puesta la mesa
para comer y jugar.
Por salas y corredores
se oye el son a todas horas
de carcajadas sonoras,
de onzas y de tenedores.
Todo es pelea de gallos,
toros, lazos, herraderos,
manganas y coleaderos
y carreras de caballos;
y al fin de un día de broma
que nada en Europa iguala,
todo el mundo entra en la sala
y sitio en el baile toma.
Entré e hice lo que todos:
y cuando creí que al sueño
se iban a dar, dí yo al dueño
gracias por sus buenos modos:
mas mi caballo al pedir,
asiéndome por la mano,
me dijo el buen campirano
soltando el trapo a reir:
«¿Y a quién hay que se le antoje
dejar ahora tal jolgorio?
Vamos, venga usté a la troje
y verá el *Don Juan Tenorio*.»
Y a mí, que lo había escrito,

en la troje me metía;
y allí al paso me salía
mi audaz andaluz precito.
Mas ¡ay de mí, cuál salió!
Lo hacía un indio otomí
en jerga que el diablo urdió;
tal fué mi *Don Juan* allí,
que ni yo le conocí
ni a conocer me dí yo.
Tal es la gloria mortal,
y a quien Dios se la confiere,
si librarse de ella quiere
se la torna Dios en mal.
A mí no me la tornó,
porque por mi buena suerte
del olvido y de la muerte
doquier *Don Juan* me salvó.
¡Dios no quiso allá de mí!
y de mi patria el olvido
temiendo, como había ído
a mi patria me volví.
¡Feliz malogrado afán!
Al volver de tierra extraña,
me hallé que había en España
vivido por mí *Don Juan*.
Comprendí en su plenitud
de Dios la suma clemencia:
Don Juan había en mi ausencia
borrado mi ingratitud.

Monstruo sin par de fortuna,
mientras yo de España huía,
en España me ponía
en los cuernos de la luna.
Y ni fuerza ni razón
han podido derribar
tal ídolo del altar
que le ha alzado la opinión.
Pero hablemos con franqueza
hoy que todo coadyuva
para que aquí se me suba
a mí el humo a la cabeza:
Desvergonzado galán,
siempre atropella por todo
y de atajarle no hay modo;
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?
Del fondo de un monasterio
donde le encontré empolvado,
yo le planté remozado
en mitad de un cementerio:
y obra de un chico atrevido
que atusaba apenas bozo,
os parece tan buen mozo
porque está tan bien vestido.
Pero sus hechos están
en pugna con la razón,
para tal reputación
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?
Un secreto con que gana

la prez entre los don Juanes;
el freno entre sus desmanes:
que Doña Inés es cristiana.

Tiene que es de nuestra tierra
el tipo tradicional;
tiene todo el bien y el mal
que el genio español encierra.

Que, hijo de la tradición,
es impío y es creyente,
es baladrón y es valiente,
y tiene buen corazón.

Tiene que es diestro y es zurdo,
que no cree en Dios y le invoca,
que lleva el alma en la boca,
y que es lógico y absurdo.

Con defectos tan notorios
vivirá aquí diez mil soles;
pues todos los españoles
nos la echamos de Tenorios.

Y si en el pueblo le hallé
y en español le escribí
y su autor el pueblo fué...
¿por qué me aplaudís a mí?

EN EL ALBUM DE LA HIJA

DEL FAMOSO FELIBRE PROVENZAL
LUIS ROMIEUX

Por cima de la montaña
que nos sirve de frontera,
te envía un alma sincera
un beso y una canción;
tómalos; que desde España
han de ir a dar, vida mía,
en tu alma mi poesía,
mi beso en tu corazón.

Tu padre, tras la montaña
que para ambos no es frontera,
lleva la amistad sincera
del autor de esta canción.
Recibe, pues, desde España
beso y cantar, vida mía,

3999. *El Imparcial,* 3 de mayo de 1880. Por entonces publicó Zorrilla en el mismo periódico otras poesías que, ya intactas, ya reformadas, pasaron luego a alguno de sus libros.

en tu alma la poesía
y el beso en el corazón.

Si un día de esa montaña
paso o pasas la frontera,
verás en la alma sincera
de quien te hace esta canción,
que la hidalguía de España
es quien sabe, vida mía,
dar al alma poesía
y besos al corazón.

ROMA Y CRISTO

I

Roma, hija de una loba y dos ladrones,
fué realista, imperial, republicana:
y ladrona sin fe, siempre villana,
medró saqueando a las demás naciones.
Mujeres, leyes, traje, instituciones,
ciencia, arte, religión y hasta agua sana
y pan, todo, soberbia y holgazana,
fué rapaz a robarlo a otras regiones.
Audaz, desvergonzada, descreída,
abrió a todos los dioses su recinto
y alzó hasta a la deidad desconocida
templo y altar; y en este laberinto,
vivió avizor por conservar la vida
el cetro en mano y el puñal al cinto.

4023 *El Imparcial*, 3 de mayo de 1880. Estos sonetos forman parte de una serie que escribió Zorrilla y que, con el título de *Post mortem meam*, habían de publicarse a su fallecimiento. Tendían a señalar el contraste entre la primitiva Roma cristiana y la de los papas, en especial la de Pio IX. Tengo copia de varios inéditos y totalmente impublicables, por los términos en que están concebidos.

II

Roma, cuyos excesos colosales
de grandeza e infamia, de heroísmo
y vileza, de orgullo y de cinismo,
su gloria y su baldón hacen iguales,
prostituyó en las fiestas lupercales
la honra de sus matronas, con el mismo
desdén bufón y abyecto servilismo
con que adoró sus monstruos imperiales.
Dueña del universo, henchida de oro,
servida por el orbe a su deseo,
de orgullo se embriagó tan sin decoro,
que, ignuda meretriz, infame empleo
de su beldad haciendo y su tesoro,
ebria cayó al umbral del COLOSEO.

III

Comenzaron entonces el oído
a halagar y a sonar en la conciencia
frases de aun ignorada procedencia,
de grato són y místico sentido.
«Fraternidad universal, olvido
de las injurias, paz, fe, penitencia,
caridad...», frases mil de nueva ciencia
que aun no habían los hombres aprendido.
De paz universal serenos días

corrían, y en la atmósfera serena
vagaban misteriosas profecías:
era que ya la tierra estaba llena
de auras de redención; era el Mesías
que empezaba a esparcir su nueva buena.

IV

Sintiéronse en el aire nuevos ruidos
que, nuevas, le traían auras suaves,
como en nuevo vergel las nuevas aves
píar se sienten al hacer sus nidos.
Ecos de himnos de paz jamás oídos,
jubilosos y tiernos cuanto suaves,
de los paganos templos en las naves
iban a resonar como gemidos.
En su torpe embriaguez los sintió Roma:
la loba despertó, y ansiosamente
del aura nueva olfateó el aroma;
y aunque no le ve aún y aun no le siente.
al nuevo sol que por Oriente asoma
venteó al león, del aire en la corriente.

V

Mas el león a quien sin ver husmeaba,
bajo el vellón de cándido cordero
balaba apenas al confín postrero
de una provincia en su poder esclava.

Tornó a husmear y a acechar la bestia brava,
y aun sintiendo en su mano el mundo entero,
volviendo en sí de su terror primero
volvió a la Saturnal en que reinaba.
Y ebria con la grandeza floreciente
de apoteosis, triunfos y ovaciones
de olímpico esplendor, volvió indolente
a alojar en palacios sus legiones
y su plebe a bañar públicamente
de alabastro y de pórfido en tazones.

VI

Solo, de caridad y fe provisto,
y en la fe y la humildad su fe basando,
tomó unos pescadores a su mando
para innovar el mundo, Jesucristo.
Divino SÉR, con el humano mixto,
indulgente, social, sencillo y blando,
cumplía los preceptos que iba dando;
ejemplo hasta sus días nunca visto.
Su ley unió con fraternales lazos
la humanidad: rasgó la ley judía
e hizo los falsos ídolos pedazos;
y al alzarle en la cruz Salem impía,
a la raza de Adán tomando en brazos,
dijo: «Te he redimido, ya eres mía».

VII

Cursado sin haber libros ni escuelas,
de Nazareth en sus humildes botes
del mundo lanzó al mar sus sacerdotes
Cristo, dando su fe viento a sus velas.
Tras sí abriendo de luz anchas estelas
de navíos altísimos con dotes,
a partirse la tierra en doce lotes
les llevaron sus naves pequeñuelas.
Aquellos pescadores ignorantes,
aquellos doce pobres nazarenos
consiguieron alzar, nuevos Atlantes,
de fuerzas de titán por su fe llenos,
sobre ricos, impíos y arrogantes
los pobres, los humildes y los buenos.

VIII

Cristo, legislador, no escribió nada;
ni un papiro dejó ni un pergamino:
quedó tras Él su espíritu divino,
su fe con su memoria inmaculada.
Cristo, rey, no empuñó cetro ni espada;
en el polvo sembró de su camino
de su fe la semilla; a su destino
dejándola y al tiempo encomendada.

Germen de amor, de paz, de fe y cariño,
culto del alma, religión interna,
de fausto exenta y de mundano aliño,
la propagó el amor, la amistad tierna,
la fe del pobre, la mujer y el niño:
y por eso es VERAZ, ÚNICA, ETERNA.

EN EL ALBUM

DE S. A. LA INFANTA DOÑA ISABEL

En vuestro album escribir
me ordena por Vos un sér
de quien me ordenó vivir
Dios cautivo hasta morir
por amor y por deber.
Mas dignaos advertir
que para haceros servir
no era tanto menester,
pues me honráis Vos con querer
lo que a mí me honra cumplir.

Su sola presentación,
por sólo ser de quién es,
da a este album pasa y razón;
y pues prez da y galardón
él donde va, venga pues;

4135. *La Ilustración Ibérica,* 4 y 11 de agosto de 1883.

yo sé que mi obligación
es poner mi corazón
y mi pluma a vuestros pies;
y lo están... sin interés,
sin plazo y sin condición.

Mas de este album ¡ay de mí!
hay que miniar el papel
con una gota turquí
de la sangre de una hurí
recogida en un clavel,
y tomando por pincel
el pico de un colibrí,
que no liba más que miel;
en vuestro album, Isabel,
no se escribe más que así.

Quisiera así escribir yo:
pero así, ¿cómo y con qué?
La que por Vos me le dió
en mis manos le dejó
me dijo «escribe» y se fué.
Le he de escribir, ¿cómo no?
Mas, señora, os juro a fe,
que desde que a mí llegó

no sé lo que me pasó
que lo que es de mí no sé.

Le miro y vuelvo a mirar,
le hojeo y vuelvo a hojear;
una hoja de la otra en pos
me detengo a contemplar;
una busco en que firmar
y se me pasa entre dos.
Ay! Vuestro album es el mar
en donde me arroja Dios
mi pensamiento a buscar...
y yo no hallo más que a Vos.

Busco una idea a través
del ondulaje en que van
y vienen, como una mies
sobre quien los vientos dan,
las mías; pero mi afán
perdido e inútil es:
mis pensamientos están
todos con Vos. ¿Qué trae, pues,
vuestro album? ¿Es talismán
que os echa almas a los pies?

De vuestra cámara real
trae el perfume sutil:

vuestros labios de coral
con vuestro aliento vital
le han dado a nardos de abril
el olor primaveral,
y en su canto marginal
de vuestra mano gentil
se adivina la señal
de los dedos de marfil.

Eso trae, y eso al traer,
trae de mi alma al interior
de la esperanza el albor,
la luz del amanecer,
la prez de vuestro favor,
el vapor de vuestro sér,
no como el de una mujer
sino como el de una flor:
la flor que planta el deber
y que cultiva el honor.

Trae además para mí
vuestro album más alta prez
que ambiciona la altivez
de mi ingenio baladí:
jamás fué par el neblí
con el águila; y buen juez
de mí mismo, si esta vez

hasta estas hojas subí,
mirad que me alzó hasta aquí
vuestra regia esplendidez.

Aquí os voy, pues, a poner
un cantar, no por llenar
un deber, no; por saber
que, el album al registrar,
por mis versos vais, al leer,
vuestros ojos a pasar;
y si logro yo el placer
de que os logren agradar,
¡qué honrados se van a ver
los versos de mi cantar!

Mas ¿por qué anheláis, señora,
tener aquí un vil montón
de versos míos, ahora
que mi vieja musa llora,
y a la puerta del panteón,
la vejez me desvigora,
del mundo me desamora,
me amilana el corazón
y tiene a mi guzla mora
descordada en un rincón?

¿Cómo ya hasta Vuestra Alteza
elevar podrá un cantar
un viejo, de quien ya empieza
a desvariar la cabeza
y la lengua a balbucear,
y que vacila y tropieza
al escribir y al andar?
Imposible: mi torpeza
de este papel la limpieza
no se atreve a emborronar.

Vuestra Alteza me perdone:
para mí es sólo el sonrojo
de no poder vuestro antojo
cumplir, mas la edad me abone.
Llegar a viejo supone
cambiar de ser; no es mancilla;
mas dejar de ser, humilla;
y pues lo que fué ya no es,
sólo pone a vuestros pies
lo que fué

José Zorrilla.

MI ÚLTIMA BREGA

(LOS RINCONES DE VALLADOLID)

Introducción.

I

Mis carísimos lectores,
si aun hay uno que me lea
y de buen ojo me vea
por mis libros anteriores:

4265. Zorrilla tuvo el propósito de publicar un libro bajo el título de *Mi última brega.* Imprimió en Valladolid (1888) una *Introducción*, que es la reproducida aquí. Dió a conocer el resto de lo que había escrito, combinado de diferentes modos, en algunas lecturas del Ateneo de Madrid y en varios periódicos (*El Ateneo*, 1 y 15 de mayo de 1889; *La Ilustración Española y Americana*, 15 de junio de 1888 y 15 de febrero de 1889; *El Imparcial,* 25 de enero de 1893).

Esto qué titulaba *Los rincones de Valladolid* iba precedido de la siguiente dedicatoria: «Al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, José Zorrilla, natural y vecino de esta ciudad. Diciembre 31 de 1887.» Después seguía el título: «Los rincones de Valladoid.—Introducción y prospecto.»

Terminaba el folleto con la composición *A Valladolid,* publicada por primera vez en la *La Crónica Mercantil* de 13 de octubre de 1866 y reproducida después en *El drama del alma.*

yo soy un hombre de ayer
que, aunque de en medio me quito,
alguna vez resucito
lo que hacen los de hoy a ver.

Hoy para ver el cariz
que presenta en mi vejez,
meto por última vez
en el mundo la nariz;

y con el último libro
que pienso dar a la prensa,
hoy para ataque y defensa
mi pluma de acero vibro;

pero como es de razón,
os diré la que me lleva
a intentar hoy esta nueva
y última resurrección.

II

La mayor calamidad
que puede a un hombre caber,
es la de llegar a ser
una gran celebridad;

pues como en nuestro país
nadie con nada se aviene,

a los célebres que tiene
¡os tiene siempre en un tris.

El gobierno cree que a un hombre
de mucha reputación,
para cualquier posición
le basta con su renombre;

y sea útil o no sea,
de través mal encajado,
en servicio del Estado
donde no sirve le emplea.

Por error tal, más sencillo,
el pueblo cree que el famoso
es un todopoderoso
gran señor de horca y cuchillo,

para quien no hay Rey ni ley,
y que está en categoría
par con el Rey, porque un día
le invitó a su mesa el Rey.

Con lo cual a mí, poeta,
me pide empleo o amparo
desde el que vive muy caro
hasta el pelgar sin chaqueta;

y cuando modestamente
lo poco que soy les digo,

ninguno me cree, y conmigo
el que no quiebra, se siente.

Pues ¿y nuestra sociedad
caritativa y cristiana,
que sólo vive y se afana
por chismes de vecindad?

¡Pobre hombre célebre! Un día
le aclama y le vitorea,
y si al fin no le apedrea,
le desdeña, aja o espía;

pues como el célebre aquél
debe servir para todo,
mil quieren de cualquier modo
servirse para algo de él;

y como hay otros diez mil
a quienes todo les quema,
contra todo por sistema
siempre en actitud hostil,

jamás logra andar bien quisto;
porque donde dos le alaban,
doce los dientes le clavan
y le dejan hecho un Cristo.

Todos en él puesto el ojo,
a nadie agrada jamás,

y siempre de los demás
ha de vivir al antojo.

Si se esquiva, es un hurón;
un soberbio si se exhibe;
del por qué y del cómo vive
todos le piden razón.

Si trabaja, es un avaro;
si descansa, un haragán;
y desde la honra hasta el pan
todo le cuesta más caro;

por ese vulgar error
de que es la fama un tesoro,
y el famoso nada en oro
de tal mina explotador.

De mí se dice... ¡quién sabe!
Mi existencia es tan vulgar
que de extraño o singular
poco o nada en ella cabe.

Dicen que por ruín despecho
de verme ya desdeñado,
a morir me he resignado
sin hacer más de lo hecho:

que del siglo con desdén,

por lo remoto y lo antiguo
lo moderno y lo contiguo
mis viejos ojos no ven;

que, idólatra del pasado,
reniego de lo presente
como viejo impertinente,
gruñón y malhumorado.

Dicen que hago un mal papel,
yo, que he sido un vagabundo,
viviendo aislado en el mundo
sin ver lo que pasa en él:

y... ¡acusación capital!
que escribo del tiempo viejo,
sin zurcir un mal librejo
moderno y trascendental.

III

Hice yo cuanto en mí cupo
para hundirme y anularme:
jamás pudo a sí afiliarme
partido, fracción ni grupo:

ni logró ningún gobierno
hacerme servir de nada,
y mi opinión sepultada
vivió en un mutismo eterno.

Cuando llegó mi vejez,
la espalda al mundo volví
y en mi casa me escondí
sin despecho ni altivez.

Unico español acaso
que, en cuenta el tiempo teniendo,
quiso, al tiempo paso haciendo,
quitarse a tiempo del paso;

nadie en cuenta me lo tuvo,
ni nadie me lo aceptó
por modestia, y alguien hubo
que a mis canas se atrevió.

Mas todo inútil ha sido:
mi vieja celebridad
tiene la fatalidad
de poder más que el olvido.

La fama que logré antaño
con mi don Juan es tan loca,
que con los muertos me evoca
por noviembre un día al año;

y entre los mil que con pasmo
salir a la luz me ven,
unos por viejo entusiasmo,
y otros por vulgar desdén,

me gritan: «¿Por qué no escribes,
holgazán, que aun puedes más?»;
y otros: —¡Echate ya atrás,
que tú en tu siglo no vives!

Con cuyo tira y afloja
y entre tal tejemaneje,
no sé si morir me deje
o la pluma otra vez coja.

Esto es lo que voy a hacer;
puesto que es mi porvenir
sobre el trabajo morir,
cumpliré con mi deber.

Es verdad que un hombre soy
de ayer: mas puesto que vivo,
voy a intentar si algo escribo
que me abone con los de hoy.

Voy a tantear un boceto
moderno y naturalista,
que, poético y realista,
tenga al siglo por objeto.

Quiero al siglo con mi pluma
cosquillear la piel un poco;
y si en lo vivo le toco...
¡cómo ha de ser!—porque, en suma,

por todos medios y modos
quiero ver si en mi vejez
gusto a todos de una vez
o riño una vez con todos.

Cumplir su última jornada
cumple al autor del Tenorio
con *una baladronada*,
y abrir su nicho mortuorio
diciendo: «*César o nada*».

IV

Tengo a más otra razón,
que aducir me es necesario
de este libro estrafalario
en la extraña introducción.

De Valladolid cronista,
voy del viejo y del actual
lo fantástico y lo real
a exponer aquí a la vista:

mas hombre de buena fe,
de lo que a escribir me meto
deciros debo el objeto
y el cómo, cuándo y por qué;

y ahí va, dicho bien o mal:
de mi fama por influjo
y por lo que ya produjo
mi Musa territorial,
soy un cronista de lujo,
que por lujo aquí introdujo
el lujo municipal.

Valladolid generosa,
ciudad de garbo y de rumbo,
y aun de corte con balumbo,
como que fué Corte Real,
con sus hijos es rumbosa
y espléndida y liberal.

Cobróme de niño afecto;
y teniéndome en efecto
por un hijo predilecto
por mi fama regional,

me hizo un día su cronista
sin andarse en más andróminas,
incluyéndome en las nóminas
de su cargo y en la lista
de su padrón vecinal.

Y héme aquí cronista egregio
de Apolo por privilegio:
un cronista extraordinario,

casi plenipotenciario,
un cronista casi regio.

Cronista de mucha vista;
cronista tan especial,
que jamás se ha hallado pista
ni memoria de otro tal:
bardo, augur, y hasta algo brujo,
mas de raza, no cambujo:
legendario, no historial:
un cronista de tapujo
como el alcohol actual;
mas de vino, no de orujo,
refinado, no industrial.

Muy poeta y poco sabio,
no aquilato las historias;
narro cuentos y memorias
de la historia sin agravio.

Para mí es Valladolid
el jardín de mi niñez,
de mi juventud la lid
y el hogar de mi vejez.

Para mí no hay edificio,
casa, alcázar, templo o torre,
que en su aguja o frontispicio,
por más que el tiempo la borre,

no haya invisible, aunque escrita,
la cifra de alguna historia,
el polen de una memoria,
o una fecha o una cita

que no sepa yo leer;
ni hay balcón ni reja acaso
dó no se evoque a mi paso
un muerto o una mujer.

De amores, muertes y duelos
la alma en una red se enreda;
y tras mil ansias y anhelos,
el cuerpo en la red se queda,
el alma se va a los cielos.

Eso es la vida y no más:
y como el tiempo no pára
nunca, ni vuelve jamás,
la vida marcha la cara
volviendo siempre hacia atrás.

Porque el tiempo devorante,
que en cuanto topa se ceba,
de la vida en cada instante
algo para atrás se lleva
de quien va para adelante;

y como todo al fin pasa
convirtiéndose en historia,
la poesía se basa
en lo pasado, y se amasa
en la hiel de la memoria.

Para mí la poesía
que Valladolid encierra
es esa; y esa es la mía,
que resuena todavía
por la castellana tierra,
sin borrón de bastardía.

Yo husmeo, busco, escudriño
por sus rincones y esquinas,
las leyendas peregrinas
que oí contar cuando niño:

y no cuento, sino canto,
la prez de la ciudad mía,
su gloria, su poesía,
cuanto encierra bello y santo.

Bardo, augur y hasta algo brujo,
de infernal y de divino
hay en mí no sé qué influjo,
que cual bardo peregrino

por la tierra me condujo:

y arrastrado por tal sino,
yo canto mientras camino,
con la palabra dibujo
y con la fe me ilumino.

Mis crónicas son montones
de un polvo, que es polvo de oro
de Valladolid; tesoro
escondido en sus rincones.

A ellos os voy a llevar,
polvo de oro a remover:
del polvo con que, a poder,
os quisiera yo empolvar.

No del oro que se cría
de la mina en el filón;
de oro de la áurea región
de la excelsa poesía.

Del oro con que quisiera
este libro espolvorear,
en oro para pagar
mejor mi cuenta postrera:

del que el genio funde, y brilla
en su divino crisol:
oro de un rayo de sol
que dore tras mí a Castilla.

Y así soy cronista yo:
si al hacerme su cronista
perdió todo esto de vista
Valladolid... me perdió.

V

Ya lo ves, lector amigo:
traigo como castellano
el corazón en la mano
y lo que pienso te digo:

mas tiempo es de que te explique,
dada ya de él la razón,
la forma y distribución
en que mi libro publique.

Puede que te se resista,
hecho ya a mi estilo viejo,
el de este último librejo,
que es algo naturalista.

Mas todo el tiempo lo muda,
todo tras de sí lo arrastra,
pesares y heridas castra,
la tierra viste y desnuda

de hojas, flores, pasto y yerba:
cambia costumbres y razas;
dejándonos, según trazas,
sus vicios mil en conserva.

Pasó ya el romanticismo;
¡que Dios le haya perdonado!
Yo detrás de él me he quedado
asustado de mí mismo:

mas ya que vivir hasta hoy
me deja la Providencia,
aunque algo atrás, con decencia
siguiendo a mi siglo voy.

Voy de su actual sociedad
a tomar lo que me ofrezca,
aunque esto en mí te parezca
servil informalidad.

Mas, lector, así es el mundo:
yo cuando con él me voy,
soy lógico: yo hasta hoy
no fuí más que un vagabundo.

Hoy es el mejor talento,
y con él mejor se escapa,
saber ponerse la capa
según como sopla el viento.

No hay cosa ya peor vista
que andar contra la corriente:
hoy es realista la gente,
y voy a echarme a realista.

Pues el verso en esta era
se vulgariza y se impone
tanto, que ya en verso pone
sus cuentas la lavandera,

justo es que en verso me anuncie
sin ver si me aja o rebaja;
que no hay por qué a mi ventaja
de gran versista renuncie.

¡Pues no me faltaba más!
No hay cosa que a mí me espante
ni se me ponga delante
si va en verso; ahora verás.

VI

Lleva mi obra—*Los Rincones*
de Valladolid—por título,
y el motivo y las razones
de escribirla, este capítulo.

La abarca otro general
que es el de *Mi última brega;*
porque es el que mejor pega
a su faena total.

Saldrá a luz en tomos sueltos,
vendidos cada uno aparte;
y en todos irán con arte
mis pensamientos revueltos.

Uno tras otro volumen
daré tres, pero pequeños;
no están para arduos empeños
hoy ni las bolsas, ni el numen.

Saldrá a luz cada tomito
con su precio en la carpeta,
cuando tenga ya el poeta
completo su manuscrito:

y como ya es un horror
de versos el universo,
se pueden pedir en verso,
cuanto más malo, mejor.

Cuando se compre se paga:
y no hay miedo que me pique
porque el libro se critique,
se le haga o se le deshaga:

porque si se da en hablar
de mí y de él muy bien, estoy
seguro de que no voy
a vender ni un ejemplar.

Como la cree mi razón,
al aire la verdad echo;
y doy a todos derecho
para ir contra mi opinión:

pero en verso hay que argüir,
y bueno; porque a fe mía
que mi vieja poesía
eso y más puede exigir.

Mas que un mozalbete intonso
no se me suba a las barbas:
verdades le dije a parvas
que me oyó el Rey Don Alfonso.

Nadie me falte al respeto;
que, aunque viejo y bien criado,
al más tieso y espetado
se la vuelvo y se la espeto.

VII

Y quédese aquí, lector,
tan vulgar naturalismo;

que yo siempre de mí mismo
supe dar algo mejor.

Bajarme de tono, fué
probarte que es fácil cosa
poner en verso la prosa
con la mejor buena fe;

pero es, lector, muy diverso
ser poeta de valía,
y titular poesía
a la prosa puesta en verso.

Volvamos a entrar en tono;
y antes que más hojas abras
de mi libro, dos palabras
de mí y de él oye en abono.

Este libro, en el recinto
forjado de mi cacumen,
es de mi sér el resumen
y como él un laberinto.

Este libro, en el que evoco
con mis nuevos desacuerdos
todos mis viejos recuerdos,
es la faena de un loco.

En materia antes de entrar

con mi segundo volumen,
por éste antes que me inhumen
conmigo ven a vagar.

Es pandemonium sin orden,
sin ilación ni concierto;
una orgía en un desierto,
donde es fuerza que te aborden,

te embelesen y te espanten
cual trasgos mis pensamientos,
cuando ante ti se levanten
entre sus hojas a cientos.

Este libro es el arcano
dó de mi alma en los rincones
guardé hasta hoy mis convicciones
y va a abrírtele mi mano:

pero te le voy a abrir
para que leas en él
lo que en mi último papel
escribo antes de morir.

De Valladolid cronista,
conmigo por sus rincones
mis raras evocaciones
ven a pasar en revista:

mas antes de registrar
los de mi ciudad querida,
fuerza es en los de mi vida
que te resignes a entrar.

La vida es toda rincones;
toda el alma es recovecos;
ven a aventar en sus huecos
de mi polvo los montones.

Sonda, que yo no pondré
a tu afán curioso tasa,
desde el rincón de mi casa
hasta el rincón de mi fe;

y alumbra con la escrescencia
del pábilo de mi gloria
el rincón de mi memoria
y el rincón de mi conciencia.

Entra, pues, en mi alma oscura;
y verás, si bien reparas,
que es lo mismo que si entraras
conmigo en mi sepultura.

No te alteres, ni te asombres,
ni te asfixies con su tufo:
mi libro es un monstruo bufo,
hijo del siglo y sus hombres.

De la lectura «Mi última brega»
*dada en el Ateneo científico, literario
y artístico de Madrid.*

Permitidme, aunque os aburra,
y sin ser más que un poeta,
que a raciocinar me meta
y a mi manera discurra.
Todo lo que se os ocurre
sé, y lo que a decirme vais:
mas ruégoos antes que oigáis
cómo mi musa discurre.
Me diréis que, ajeno a mí,
hoy de mí mismo me salgo;
mas si hemos de servir de algo
los poetas, es así.
Si el *quid divinum* existe
y por él a los poetas
del carácter de profetas
su inspiración les reviste,
fuerza es que del estro ardiente

4755. *El Ateneo*, 1 de enero de 1888.

el poder les agigante,
y algo al menos les levante
sobre el vulgo de la gente.

Hasta hoy se los ha tratado
por gente de baja estofa,
y aun con desdén y con mofa
por mucha gente de Estado:

pero tal vez gente tal
no deja tras sí más huella
que una estrofa, en que habla de ella
un poeta nacional.

La historia, en breve memoria,
consigna, tal vez, sus nombres;
pero el poeta, a estos hombres
desdeñosos, da la gloria.

De hoy en la declinación
decadente y bizantina,
la poesía divina
está aguantando un ciclón.

Hoy los versos se desdeñan
por más prácticas conquistas;
filósofos y realistas
contra ellos la lid empeñan.

Pide el siglo, y con razón,
poesía natural
propia de él, trascendental:
pero ¿trae su inspiración?

En su vida material,
en su práctica social

¿no le ocurre otra invención
para traerla a la razón,
que arrojarla al albañal,
y hacer de ella exhibición
pornográfica, inmoral,
sin pudor ni educación?
  El verso cae en desprecio
porque hoy rompe toda valla,
y se embriaga y se encanalla
en poder del vulgo necio.
  Versos no son poesías,
y van en sentido inverso
cuando se escriben en verso
vulgares majaderías;
  y escribir en verso ideas
estúpidas y vulgares,
es como incensar altares
con tufo y humo de teas.
  El verso es el rico engarce
de los idiomas del cielo:
preguntádselo, yo apelo
a Cano y Núñez de Arce
  y a Ferrari, que son tres
poetas paisanos míos,
de alto vuelo y grandes bríos,
o a Campoamor y a Sellés.
  Tiene más alta misión
y raya más alto el verso:
sin él en el Universo

no hubo fe ni religión.
Todos los libros sagrados
y los códigos benditos,
en versos están escritos
y en liturgias salmodiados.
El sentimiento profundo
de fe con que a Dios adoran,
en verso expresan cuando oran
todos los pueblos del mundo:
Esdras, David, Salomón,
Job y los grandes profetas,
son tan grandes por poetas
cual por profetas lo son.
Tiene el verso dignidad
tan alta, que es el idioma
en que Dios escucha y toma
cuentas a la humanidad.
Lo prueban la salmodía
del sereno canto llano
y del canto gregoriano,
que en prosa hacen poesía.
Y en la corte celestial
a Dios cantan y subliman
los ángeles; luego riman
en un ritmo musical:
que el oído se revela
a escuchar cantar en prosa;
jamás nadie hizo tal cosa:
a no hacerlo la zarzuela.

Pero, en fin, si ya en el día
por vieja se desarraiga
y es ya forzoso que caiga
por tierra la poesía,
yo me echo con ella atrás
aunque en ella soy maestro:
mas si prescindir del estro
puedo..., del verso jamás!
El verso es arma muy fina,
y al que es maestro en su brega,
jamás a la piel le llega
lengua ni pluma dañina.
Si por hastío o enojo
echáis ya el verso a la calle,
yo, dondequiera que le halle,
como le halle, le recojo.
¡Fuera, pues, la poesía!
y pues el verso desciende
ya hasta el mercado y se vende,
allá va mi mercancía.

***

Hay quien cree que a España sola
es a quien Dios da la gracia

4879. *La Ilustración Española y Americana*, 15 de junio de 1888. Como ya se ha dicho, Zorrilla, al publicar en varias ocasiones fragmentos de *Mi última brega,* mezcló y barajó versos y estrofas. Esta vez, en *La Ilustración Española y Americana*, comenzó por in-

y que ésta es la idiosincracia *(sic)*
de nuestra raza española.

Partiendo de base tal,
lo que es gracia y ser gracioso
con lo que es hacer el oso
se confunde en general.

Consecuencia de esta idea
vulgar, es que por lo pronto
no nace en España un tonto
que gracioso no se crea.

Y tiene otra tontería
nuestra gracia nacional,
y es creer que no hay más sal
que la sal de Andalucía:

con lo cual a un dos por tres
se nos da muy campechano
un payés por jerezano
o un vasco por cordobés.

Ser gracioso es muy gran cosa;

---

sertar, con variantes ligerísimas, varias de las estrofas ya publicadas en la *Introducción* y en la revista *El Ateueo*, las mismas que en esta edición principian con los versos 4599, 4603, 4791, 4795, 4799, 4807, 4811, 4815, 4859, 4863, 4867, 4871, 4623 y 4875. Después seguían las aquí comprendidas entre los versos 4879-5110.

mas de ello hacer profesión,
es echarse a ser bufón,
profesión indecorosa.

Nación y mujer bonita
bueno está que tengan gracia;
mas la mucha gracia sacia
y gracia guasona ahita.

Arrojarse a un desacato
grosero sin ton ni son,
reventar una función,
meterlo todo a barato

y echarlo todo a chacota,
no tener respeto a nada,
y entonar por bufonada
en un entierro una jota,

nadie habrá que me convenza
que en pueblo o mujer sea gracia;
sino la peor desgracia,
la de no tener vergüenza.

Jamás podré comprender
que, por gracia, el dar de codo
y el echarlo a perder todo,
puede nunca gracia ser.

Ni cabe en mis convicciones
que cabe gracia en el crimen,
y que de la ley se eximen
por graciosos los ladrones:

ni entender tampoco puedo
que quien roba y quien delinque
campe suelto, y triunfe y finque
y que el juez le tenga miedo;

porque todo eso es señal
de que la ley ya no rige,
y que hoy la moral transige
con la corrupción social.

Todas esas novedades,
que sólo aceptara un bobo,
de que la estafa y el robo
son irregularidades:

que la hampa y la pillería
de la sociedad son parte,
y que el robo es hoy un arte
ejercido en compañía:

ese esquivar concertado
de dar nombre de ladrón
al que roba, y condición
tolerable en el Estado:

eso, en vez de criminales,
de darles de tomadores,
espadistas, timadores,
como títulos legales,

y hasta el cuasi sacrilegio
de prenderles por blasfemia,
dando así a tal epidemia
cuasi un santo privilegio,

¿no prueba ya por desgracia
que obtienen un patrocinio
la estafa y el latrocinio,
porque ya han caído en gracia?

Y si sus viles campañas,
fechorías y delitos
en teatros y en escritos
por gracias se dan y hazañas;

y si hasta, a lo que parece,
se acepta una dinastía
de ratas y ratería
que aplauso y loa merece,

¿quién no cree, con gente tal,
al ver tal gracia y tal mimo,
que son el robo y el timo
una industra nacional?

¿Ni quién habrá que extraño halle
que si el juez se va de toros,
a echar una baza a oros
el ladrón se eche a la calle?

Y a propósito de tal
juez en los toros: celebro
esta proporción casual,
para echarme a dar un quiebro
a la fiesta nacional.

¿Que haya toros?—Norabuena:
pero no que noche y día,
por doquier y a boca llena,
sólo se hable de faena,
de brega y de torería.

¿A los toros?—Muy contento
que voy yo: mas que no impida
la junta de Ayuntamiento,
ni sesión del Parlamento
interrumpa la corrida:

porque ya es ley, por lo visto,
y para nadie un misterio:
con toros, ni por un Cristo
se encuentra un servicio listo
en caja ni en ministerio.

¿Que toros?—¿y por qué no?
¿Por qué me había de oponer
a que haya corridas yo?
Mas no puedo comprender
que sean el *san-se-acabó*.

No comprendo por qué el juicio
ha de perder todo el mundo
y parar todo servicio,
y en delirio tremebundo
sacarse todo de quicio.

¿Que toros?... ¡Hasta en Valaquia!
¡Si me he roto yo la traquia
en los toros cuando chico,
y aun hoy, viejo, si me pico
farfullo una tauromaquia.

Yo aprendí en mi mocedad
de Montes y el Morenillo,
que eran una autoridad,
la excelencia y la verdad
del arte de Pepe-Hillo:

y aun conservo yo un librejo
con un grabado en madera,
retrato no, mal reflejo,
de aquel gran maestro viejo,
prez de la gente torera:

y aun corre un soneto mío,
que explica en frase muy clara
qué es un picador de brío
con un ganado bravío
en una suerte de vara:

y sé desde el tiempo aquel
las leyes del redondel;
y, sin jactarme, no ignoro
lo que es en la plaza un toro
y un diestro delante de él.

Bajo el sol del Mediodía
y en un anillo de sol,
de hermosura y de alegría,
es la sin par bizarría
de un corazón español:

el garbo, el valor, la audacia,
la agilidad, la destreza,
el tiento, la perspicacia,
la inteligencia y la gracia
de la res a la cabeza.

El quiebro contra el empuje;
un hombre contra una res,
un monstruo que de ira ruge:
y entre una seda que cruge,
de un hombre un toro a los pies.

Esto es cuando el diestro es diestro;
porque cuando no es maestro,
pese al humano decoro,
queda, por caso siniestro,
el hombre a los pies del toro.

El diestro es *la vertical:*
el toro, *la horizontal.*
ésta ha menester de tierra
y de un punto él: si se encierra
éste en ella, es una guerra
en que vence el animal.

Es la quiebra del oficio:
da prez, fama y beneficio;
y hoy, como en el tiempo viejo,
un desliz trae el perjuicio
de pagar con el pellejo.

Sé bien lo que es fiesta tal:
la más noble y peregrina,
típica y original,
única, propia y genuina
de nuestra tierra natal.

Juego olímpico y heroico,
de intrepidez sin medida,
prueba la más atrevida

del desprecio más estoico
de la res y de la vida:

el alarde más brioso
del valor más generoso,
que, al jugar con una fiera,
testimonio da valioso
del valor de España entera.

Eso es: y yo noblemente
quiero que sea fiesta tal
diversión de un pueblo ardiente
y alegría de la gente
del país meridional:

mas no quiero yo que sea
de social delito rea,
perversión del bien social,
con instintos de pelea
y de holganza general:

no quiero que, tremolina
de pagana saturnal,
sea el delirio que hoy declina
en absurda y bizantina
chifladura nacional.

¿Que haya toros?—Norabuena:
mas, por Dios, España mía,

que te chifles me da pena
por tu gente macarena,
la brega y la torería.

Sé que era más conveniente
a mi popularidad
dejarme ir con la corriente,
no meterme con la gente
ni a campeón de la verdad:

mas, en caliente o en frío,
esto, en verso bueno o malo,
prueba que es el estro mío
res brava y de buen trapío,
que carga y se crece al palo.

SÍNTESIS:

¿Toros?—Muy enhorabuena:
no desmiento yo mi raza;
mas el diestro a la faena
y los toros en la arena;
que no salgan de la plaza.

CUESTIÓN PERSONAL

(de *Mi última brega.*)

He aquí lo que jamás
hasta después de morir
había pensado decir,
de mi sepulcro detrás.

Elegir para nacer
no es dado tiempo ni estancia;
me cogió casi en la infancia
la revolución de ayer.
Sin su libertad de imprenta
y sus nuevas osadías,
ni a mí ni a mis poesías
nos tomara España en cuenta.
Broté de una sepultura
en mitad de un cementerio,
trayendo en mi alma un misterio
y en mi mente una locura.

5111. *El Ateneo*, 5 de mayo de 1889.

La tradición de mi casa
era realista y levítica,
mi educación jesuítica,
pero mi audacia sin tasa.
Rompí, pues, todos los lazos
que me unían a los míos,
y con juveniles bríos
me arrojé del siglo en brazos;
pero conservé mi fe;
jamás renegué de Dios
por irme del siglo en pos,
ni eché ante él atrás mi pie:
y cuando en aquel afán
de arrasarlo todo a bulto,
estalló aquel gran tumulto
que parecía un volcán;
entre *el cólera* y la ira
de una plebe amotinada,
de aquella agua envenenada
por la imposible mentira:
cuando arrastrando a los frailes
se hizo oro de sus conventos,
y en sus naves y aposentos
se dieron cenas y bailes,
de aquella demencia extrema
sin villana cobardía,
yo hice a la Virgen María,
aunque no bueno, un poema.
Cuando a tierra los cañones

echaban los monasterios,
cantaba yo los misterios
de sus santas tradiciones.
Cuando todos se escondían
de la audaz persecución
de aquella revolución,
surgí en pro de los que huían:
y aquí y en toda región
decir sin jactancia puedo,
que canté con fe y sin miedo
mi PATRIA y mi RELIGIÓN.
Y si hasta hoy la verdad santa
exalté, porque hoy la toque,
no hay por qué nadie sofoque
la palabra en mi garganta:
pues para aquello y para esto
ayer y hoy se necesita
patriotismo y fe infinita
con un corazón bien puesto.
No imagino que por mí
patria y religión salváranse;
mas algo a que no borráranse
sus rastros contribuí.
Cuando en libertad completa
los fugitivos tornaron,
¿dónde su memoria hallaron?
En los versos del poeta.
¿Por qué tal brío y tal fe
y tales versos olvida

la gente que iba en huída
cuando yo a la lid?—No sé.
   Tal vez porque no confundo
cosas que no son lo mismo:
la fe con el fanatismo
y éste con el otro mundo.
   Porque con juicio más sano
no quiero que el pueblo hispano,
de su fe con vilipendio,
con el cañón y el incendio
se eche a probar que es cristiano.
   Yo creo en la redención
y en Cristo y en su doctrina,
y jamás su fe divina
se apagó en mi corazón.
   Así creí mi misión
cumplir, sin miedo villano,
como bardo castellano
cantando la patria mía,
con mi fe y mi poesía
de español y de cristiano.

   Excusadme: ya está dicho:
jamás me llegó a ocurrir
que hubiera esto de decir
antes de estar ya en el nicho;
   mas eso fuí y eso soy:
aborto de un cementerio

y del siglo en que aun estoy,
que tomo en bufo y en serio
lo de ayer y lo de hoy.
   Yo soy un hombre de ayer
que voy de hoy con el progreso,
y que me afano por eso
lo pasado en remover,
   lo roto en reconstruir,
lo caído en levantar,
lo enterrado en evocar
y lo muerto en revivir.
   No porque esquivo al progreso
y en el pasado me encierre,
sino porque no se entierre
lo que hundió su propio peso:
   porque ¡pese al vulgo zafio!
la poesía divina
pone, en fosa o cenotafio,
a lo que muere, epitafio,
y el Inri a lo que mal fina.

   Y aquí surge una cuestión
para mí trascendental:
yo, poeta nacional,
de *lo que fué* mi nación,
   ¿resucito lo que fué
para que ya no sucumba,
o pongo sobre su tumba

el epitafio y el pie?
  Yo, que vi mi poca ciencia
y mi instinto vagabundo,
nada hacer quise en el mundo
sin aptitud ni conciencia;
  y como más no sabía
que hacer versos, no hice más
ni he aceptado jamás
posición de más valía.
  No pudiendo, pues, ser nada,
porque yo para ser algo
más que poeta no valgo,
me volví a la edad pasada.
  Yo consagré a España sola
entera mi poesía,
y no ha sido más la mía
que cristiana y española.
  ¿Me debe algo *el hoy* a mí
por *mi ayer* y mi actitud,
o hay que echarme al ataúd
con todo lo que escribí?
  Yo no lo sé, ni me importa;
ya es muy tarde para echar
por otro rumbo y cambiar
de vida, que es ya tan corta.
  Por eso, nocturno endriago,
en el silencio nocturno
solo, errante y taciturno
entre las tinieblas vago.

Y hay quien de una oscura ruina
ver por la noche pretende
que una sombra se desprende
y que a mi lado camina;
y que aquella sombra extraña,
que no alza polvo ni ruido,
mientras yo vago perdido
por la ciudad, me acompaña:
y damos vueltas sin fin
ella y yo por las esquinas
de las torres bizantinas
de la Antigua y San Martín;
y a través de sus ventanas,
según el aire que corre,
se oyen doblar de la torre
en sordina las campanas:
y es que sus lenguas de hierro,
que anunciaron mi bautismo,
tendrán que llamar lo mismo
un día u otro a mi entierro;
y en mi doble funeral
se ensayan cuando yo paso,
y me avisan, por si acaso
lo olvidé, que soy mortal:
porque esa que me acompaña
sombra impalpable, es mi esencia,
mi luz, mi fe, mi creencia,
el guía que nunca engaña:
esa sombra es *mi conciencia*.

Con ella ando noche y día:
y sin pesar, sin encono,
rencor ni miedo, abandono
por ella la poesía.
Sombra que tras mí doquiera
por lo bajo, abrumadora,
va diciéndome severa:
«a casa ya, que ya es hora;
ya estamos mal de ella fuera».
Y de mi conciencia en pos
en mi casa me he escondido,
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios.

A EMILIO CASTELAR

CON EL TRISTE MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE SU BUENA HERMANA CONCHA

¿Ves? ¿Oyes mientras lloras? Apenas su guadaña
blandió la muerte, hiriendo al ángel de tu hogar,
en torno de su féretro se agrupa toda España
y a pie y de luto el pueblo su féretro acompaña
al espontáneo impulso de tu aura popular.
Tu Concha encerró un alma creyente y entusiasta
que era una perla pura de limpia nitidez,
de cándidos instintos, de pensamiento casta,
de duración perpetua, porque jamás se gasta
de la virtud sincera la aquilatada prez.
Que te haga no receles vulgares reflexiones;
no en vano setenta años a [mi] pesar viví,
y sé que heridas tales y tales reflexiones
ni curan las palabras, ni calman las razones;
ni doy yo en la estulticia de hacértelas a ti.
Tú sabes que, admirándote, yo siempre te he querido;
yo sé que tu palabra leal por mí abogó:

5.310. *El Ateneo*, 15 de marzo 1889.

dudar no puedes nunca del viejo agradecido;
tú sabes lo que te amo, yo sé lo que has perdido;
mas ¡ay! contra Dios nada podemos tú ni yo.

¡Qué soledad te espera! No hay sombra, no hay asilo,
no hay bien como la casa, la mesa familiar,
el pan con fe, paz y honra, cabe al hogar tranquilo;
la casa es en la tierra del Cielo el peristilo
cuando la guarda tiene de un ángel tutelar.

La gloria es humo y ruido: la fama un manto regio
de púrpura en que escupe la estupidez vulgar,
el vulgo que osa a todo lo superior y egregio;
pero el hogar es santo lugar de privilegio
do el mal halla consuelos y la virtud altar.

En sus primeras horas de duelo y amargura,
que ni consuelan frases ni calma la razón,
en que el pesar anhela de lágrimas hartura
y en alma desolada la soledad oscura,
no osé pasar sus puertas cerradas con crespón.

No veas hoy, leyéndolas, el métrico artificio
de las estrofas francas que encierra este papel:
te escribo, Emilio, en verso, por hábito de oficio,
por mi costumbre vieja, que al cabo paró en vicio
de mis cansados años, y moriré con él.

Acaso te distraiga del verso la armonía.
¡Qué te diría en prosa! Tú sabes más que yo:
cuando hablas, tus palabras rebosan poesía;
hablar a tu alma en prosa jamás podrá la mía:
tu hondo pesar en mi alma los versos evocó.

Mis versos son mis lágrimas, por ti de mi alma brotan;

¡pluguiera a Dios que fuesen de perlas un montón!
Ahí van, versos y lágrimas: se secan o se agotan
al fin, las de los ojos: pero los versos flotan
en la memoria siempre, pues las del alma son.
¡Adiós, Emilio! y llora mientras la tuya abrigo
a tu pesar inmenso e inexorable da;
y cuando busques uno para llorar contigo,
aquí, en mi pecho, tienes un corazón amigo
que hecho a sufrir y henchido de lágrimas está.
La lloraremos juntos: mas ya no es grande oferta;
mis días ya son pocos; mi fosa ya está abierta
y pronto irá mi alma de la de Concha en pos;
si la hallo atravesando la eternidad incierta,
yo haré con ella rumbo para llegar a Dios.

5.369. Al pie de esta composición, iba la siguiente nota: «El Autor no ha publicado hasta ahora esta poesía, respetando el duelo del Sr. Castelar; y lo hace hoy en esta *Revista*, para dar al incomparable orador público testimonio de la amistad que le profesa y la gratitud que le debe».

SOLILOQUIO (1)

Y al galope de un caballo
que cogió y montó al azar,
bufando este soliloquio
el Cid de Burgos se va.

—«¡Tu soberbia me destierra
»por haberte hecho jurar!
»¿Crees que fuera de tu tierra
»no hay ya tierra en que pisar?
»¿Crees que el mundo se me cierra
»ni que a mí me has de encerrar?
»¿A mí, que he ido en buena guerra
»para ti tierra a ganar?

»¡Dios de Dios! ¡La ira me abrasa!
»¿Tierra a mí me ha de faltar...
»y hasta al pájaro que pasa
»da Dios tierra en que posar,

(1) Página traspapelada al imprimir la *Leyenda del Cid*, en 1882 (Inédita).—*N. de Zorrilla.*

5.370. *El Ateneo*, 1 junio 1889.

»y hasta al pez que el agua rasa
»da Dios aire que aspirar?
»¡Hijosdalgos de mi casa!
»¡a caballo y a campear!

»¡A caballo! Aun hay de moros
»hartas tierras que ganar,
»con ciudades y tesoros
»que podamos conquistar.
»¡A caballo! Aun queda tierra
»en que pueden galopar,
»sobre buen botín de guerra
»los caballos de Vivar.

»Infanzones de la villa
»donde finca mi solar,
»a Babieca echad la silla,
»de él nos viene el Rey a echar:
»mas sin miedo y sin mancilla
»mi pendón podéis sacar.
»¡Fuera, fuera de Castilla
»por el Rey los de Vivar!

»Rey ingrato. ¡Dios te guarde!
»Yo te voy mi fe a mostrar;
»y a mi fe, que cual sol arde,
»sólo Dios puede apagar.
»¡Quiera Dios que tú más tarde
»de ver no eches, con pesar,

»que eres ruin y eres cobarde
»con Ruy Díaz de Vivar!

»¡Dios te guarde de mancilla!
»Yo te voy, Rey, a probar
»que no tienes en Castilla
»campeador conmigo par.
»Infanzones de la villa
»de que borra el Rey mi hogar:
»¡fuera, fuera de Castilla
»por el Rey los de Vivar!»

Y el caballo ya jadeando
y él roja de ira la faz,
dió el Cid en Vivar, ya noche,
con asombro de Vivar.

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO

I

Yo soy viejo y ya no valgo
lo que han dicho que valía;
ya en mi voz no hay melodía,
no hay aliento en mi pulmón;
mas voy a deciros algo
que en *el tiempo viejo* he dicho,
ya que aun hoy dura el capricho
de aplaudir mi exhibición.

Pero como ya no escribo
versos, y hablaros en prosa
tengo por indigna cosa
de vosotros y de mí,
voy, pues del pasado vivo,
de lo pasado a ampararme:
olvidad al escucharme
lo que soy por lo que fuí.

5.426. Poesía leída por Zorrilla en el acto de su coronación, celebrado en Granada el día 22 de junio de 1889. Se publicó en varios lugares.

Sé que os han dicho que un día
cuentos y cantares hice
con que al pueblo satisfice
que entonces los escuchó:
hoy, falta mi poesía
de encantos con que os hechice,
os diré lo que se dice
que en aquel tiempo hice yo.

Coronándome de flores,
de mi hogar me salí un día,
con mi hispana poesía
por herencia y por blasón:
lancé al viento tentadores
de pasión y fe cantares...,
y hoy me honra en vuestros hogares
que aun os plazca oir su són.

Inconstancia, sinsabores
me llevaron a otros climas,
y a otros pueblos fuí mis rimas
a llevar a otra región;
mas doquier que hallé rencores
contra España en tierra extraña,
dejé en prez y en pro de España
una flor o una canción.

Yo tomé mi gaya ciencia
como prenda de ventura,
de amistad y paz futura
con el mundo universal;
y fiado en mi conciencia,

hice un nudo en cada verso
que un país del universo
ligó a mi tierra natal.
Por doquier que errar me hicieron
mi inconstancia o mis pesares,
fuí leyendas y cantares
derramando en español;
y doquiera comprendieron
que mi fe y mis poesías,
hijas ya de nuevos días,
anunciaban nuevo sol.

He aquí en lo que he gastado
mis alientos juveniles,
mientras era en sus abriles
mi astro pródigo y gentil;
e iba entonces descuidado,
bardo errante y vagabundo,
alegrando al viejo mundo
con mi aliento juvenil.

II

Mi voz era entonces armónica y suave:
tenía los tonos del canto del ave,
del río y las auras el son musical;
no había en el viento, ni agudo ni grave,
sonido ni acento fugaz de su clave:
ni un sonido nocturno, ni un son matinal.
Había algo en ella de todos los ecos
que nutren del aire los cóncavos huecos,
y nacen y expiran en él sin cesar;
murmullo de arroyo que va entre espadañas,
de ráfaga errante que zumba entre cañas,
de espuma flotante que hierve en el mar:
sentido lamento de tórtola viuda,
rumor soñoliente de lluvia menuda,
de seca hojarasca de viejo encinar;
de gota que en gruta filtrada gotea,
de esquila del alba de gárrula aldea,
de oculto rebaño que marcha en tropel,
de arrullo de amante perdida paloma,

de brisa sonante cargada de aroma,
de abeja brillante cargada de miel.
Todo esto tenía: flexible, sonora,
mi voz a su antojo podría imitar
cuanto eco que bulle, que canta o que llora,
encierran los bosques, el viento y el mar.
Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:
y, mansa o bravía,
mi voz repetía
contento y locuaz;
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfía
tenaz;

mas débil
cedía,
y flébil
gemía,
y huía;
y allá en lejanía
le oía,
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía,
y en la aura vacía
moría
fugaz.

III

Mi voz era entonces conjuro de encanto,
misterio imposible tal vez de sondar,
un canto en sus cuentos y un cuento en su canto;
cantaba y contaba flexible a la par.
Dos corzas que siguen idéntica senda,
dos garzas que llevan un viento al volar,
dos flores que aroman la misma vivienda,
dos barcas que llevan un rumbo en el mar;
eso eran entonces el canto y el cuento
que al par producía mi voz con su aliento:

y siempre en su cuento se oía su canto,
y siempre del canto y el cuento algún tanto
tenían a un tiempo leyenda y cantar:
y siempre de un cuento su canto era prenda,
y siempre su canto paraba en leyenda,
y siempre su cuento paraba en cantar.
Tal vez no se entienda:
tal vez ni un ejemplo lo pueda explicar.
Un ruido de remos pacífico y vago
de barca que boga de noche en un lago,
inspira a quien oye, sin ver el batel,
el germen de un cuento: leyenda ilusoria
que forja el que escucha. ¿Quién sabe? La historia
de dama que aguarda su amante doncel:
y cree del que boga sentir en el viento
la voz que se ahoga lejana, con lento
murmullo vibrando del lago al lindel;
y cree a los reflejos del agua que brilla
mirar a lo lejos bogar la barquilla,
la franja de sombra rasando en la orilla
que en ella dibuja boscoso el vergel:
y cree de la torre sentir el rastrillo,
y ver a la dama salir del castillo,
cruzar el desierto sendero del huerto,
salvarle, y abierto dejar el cancel:
llegar a la orilla, y enviar a la opuesta
del breve estribillo la voz repetida
por él en el mote del cántico puesta;
señal convenida con que ella contesta,

pregunta y respuesta que, dada y pedida
en ida y venida se dan ella y él.
Y el son de los remos, el único germen
del cuento en que hacían tan lindo papel
la barca que hendía las aguas que duermen,
la trova, el castillo, la dama, el doncel...
tal vez se me antoja que fué alguna hoja
que en la agua tranquila cayó de un laurel;
y en ella el que oía forjó aquella historia,
quimérica, vaga, fugaz, transitoria,
como esa voz llena de fe y poesía
que un día cantaba y contaba la mía,
y que hoy aun me halaga con una memoria
que deja una estela de luz y de miel.
Mi voz era entonces todo eso: conjunto
de voz con palabras y música al par,
tenía la historia y el cántico a punto,
y al par mi voz era leyenda y cantar.
Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,

bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfía
tenaz;
mas débil
cedía,
y flébil
gemía,
y huía,
y allá en lejanía
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía,
y en la aura vacía
moría
fugaz

IV

Y un día a mi pueblo tenía yo atento,
al cual le decía mi armónico acento:
«Acércate, escucha: yo tengo en mi sér
»la esencia del canto y el germen del cuento:
»con ellos, del alma las penas ahuyento:
»mi voz es la fuente que mana el placer.
»Yo soy todo flores, luz, fe, poesía:
»mis versos exhalan a sándalo olor:
»mis cántigas tienen viviente armonía,
»y tienen mis versos a besos sabor.
»Mi vida no tiene ni noche ni día:
»mi vida es un cuento de un sueño de amor;
»en mí todo es vago: todo en mí es incierto:
»no tengo en mis pasos fanal conductor:
»el mundo a mi marcha doquier está abierto;
»no tengo ni sino, ni horóscopo cierto:
»no tengo camino que juzgue mejor.
»Yo voy por los mares sin rumbo ni puerto:
»yo voy por el viento detrás del condor:
»yo voy por la tierra con la agua del río:
»de mar, tierra y vientos, el ámbito es mío:
»de nadie soy siervo, de nadie señor.
»Yo soy el poeta, que va en el desierto
»cantando la gloria del Dios Creador,
»cual átomo errante del grande concierto
»que elevan los mundos al Sumo Hacedor;
»y si hablo, a mis frases responde el vacío:

»si gimo, me hace ecos el viento bravío;
»si canto, me presta la alondra su pío:
»si trino, gorjeos me hace el ruiseñor».
Y hace coro a la voz mía
la viviente salmodía
que del mundo a Dios envía
la armonía universal:
aquí el rumor de las hojas,
allí el son del manantial;
aquí el niño a quien arrulla
de su nodriza el cantar:
allí la ronca tormenta
que revienta el huracán:
acá el colibrí que zumba
en derredor de un rosal:
allá el muezzín que murmura
una sura del Korán:
allá lejana campana
de cristiana catedral:
allí la audaz gritería
de insurrección popular;
allá arrullo de palomas;
allí el fragor de un volcán;
allí la tropa de guerra,
un mandolín más allá:
aquí el brindis de la boda,
allí un salmo funeral...
todo el rumor de la tierra;
más lejos... el de la mar...;

más lejos... los ruidos vagos
del aire en la inmensidad:
un aura que en él suspira...,
un eco que en él espira...
un átomo que en él gira...
un vagido..., un son fugaz
que en él vaga,
que vacila,
que se apaga,
que titila,
que se queja,
que se aleja,
que se va;
que perdido
ya no da
son ni ruido...
¡Se
fué
ya!

A GRANADA

EN LA CEREMONIA DE LA CORONACIÓN

Ille ego qui quondam...

I

Yo soy aquel de entonces, el trovador romántico,
el que en tu prez a miles sus versos prodigó:
y acorde con aquellos va a ser mi último cántico.
¿Por qué de lo que he sido renegaría yo?
Mas ¿quién soy? —¡Un poeta! —Pero eso, ¿qué es?
[—Pues... nada.
No está clasificado su indefinible sér:
yo soy el vuestro, el viejo poeta de Granada;
y pues me honráis..., vosotros quién soy debéis saber.
Yo sé de mí lo incierto, lo vago, lo inseguro,
lo imaginario y fútil, lo sin razón ni pie:
todo eso en que se amasa la fama; un pozo oscuro
do en ver se empeñan todos lo que ninguno ve.
Para unos, el poeta del pueblo es maravilla;

5.722. *El Liberal*, 17 junio 1889. Pensaba leer Zorrilla esta poesía en el acto de la coronación; pero aplazada ésta cinco días, y publicada la composición en *El Liberal*, hubo de sustituírla por la más arriba inserta.

para otros, un inútil parásito holgazán;
y nimbo aquí de gloria, y allá tal vez mancilla,
por todos anda puesto del precipicio a orilla,
y de algo inverosímil reputación le dan.
La mía es un conjunto de absurdos y de antojos
creados y creídos por el favor vulgar:
un aluvión de versos que dan placer y enojos,
un haz de pocas flores entre un millar de abrojos,
que echadas entre el pueblo me han hecho popular.
Mas ¿quién soy yo en mi patria? ¿En dónde tengo [arraigo?
¿En dónde me encasilla su escalafón social?
A su social progreso, ¿qué bien, qué misión traigo?
No sé... tan alto subo como afondado caigo.
¿Quién sabe ya qué puesto me asigna cada cual?
Broté en un cementerio, cual flor de jaramago
parásita en sus tapias y de sus tumbas flor:
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago,
me transformó en alondra... y yo aspiré a condor.
¿Fué aspiración legítima y anhelos justos fueron?
No sé; mas como el pájaro, con alas me sentí:
volé... y volé..., y volando las alas me crecieron,
y di la vuelta al mundo..., y he vuelto... y héme aquí.
Cantando de Granada las glorias he vivido;
glorifiqué su nombre por donde quier que fuí;
y hoy, cual la golondrina leal que vuelve al nido,
como me fuí cantándola, cantándola volví.
¡Señor, sostén del mundo: Dios bueno y compasivo
que incólume me guardas de ruin decrepitud,

sosténme hoy, a Granada pues que me vuelves vivo,
para elevarla un himno de inmensa gratitud!

Sus hijos, de mis versos y amor en recompensa,
me dan tan excesivo y excelso galardón,
que tal honor me espanta y el corazón me prensa:
los viejos le tenemos sujeto a la razón.

Y está la fe ante todo de mi conciencia honrada:
y lo que en ella guardo me importa haceros ver.
Oid: cuando cantaba las glorias de Granada,
enamorado de ella, ¿qué menos pude hacer?
Mas ni pedíla nunca, ni a mí me debe nada,
ni por mi vuelta ahora, ni por mi amor ayer.

Hoy vuelvo... pero vuelvo llamado y sometido
a tan difícil, arduo y excepcional papel,
que ante él debo decirles a los que me han traído:
«Me habéis este escenario vosotros prevenido:
»sois, pues, los responsables de lo que yo haga en él.

»Tan grande apoteosis no se hace a ningún vivo:
»soberbio quien la acepte par es de Satanás,
»y el pueblo que le ensalce le humillará agresivo;
»no a mí, que ni la ansiaba ni la acepté jamás.

»Absorto aquí conmigo de lo que hacéis me espanto;
»yo vengo agradecido y a vuestro antojo aquí.
»¿Me coronáis? La excelsa coronación aguanto;
»vosotros daréis cuenta de lo que hacéis de mí».

II

Poetas que a Granada venís en honor mío,
amigos exaltados del viejo trovador,
ociosos, destemplados con el calor y el frío
y hostiles a quien se honra por algo superior,
curiosos de alma cándida o espíritu bravío...
no me tengáis envidia ni me guardéis rencor;
porque ni pujos tuve jamás de señorío,
ni ya me queda tiempo de hacer el gran señor.
No aspiro yo a erigirme la Alhambra en Capitolio,
ni cobro de rey humos por tal coronación,
ni mi dosel de flores cambiar pretendo en solio,
ni que por rey me tome del vulgo el gran montón.
El humo de la gloria no aturde mi cabeza:
si en mí hay virtud alguna, si hay algo grande en mí,
es que en mi vida pude crëer en mi grandeza,
y que la grande sombra que proyecté no vi.
¡No a fe! porque yo mismo mi sombra ver no pude,
de cara al sol marchando constante hacia la luz;
y si hoy a esta asamblea mi gratitud acude,
es, Capitolio o Gólgotha, para que aquí me escude
bajo el pendón de España la sombra de la Cruz.
Cristiano y caballero, como español sin tacha,
canté la fe y las glorias que en mi nación hallé;
pasé del torbellino del siglo en una racha;
de mucho que di a muchos no guardo ni una hilacha;
yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.

Sé poco, mas vi mucho: y en mis tan largos días
he visto mil infamias, mil viles felonías
a muchas glorias falsas sirviendo de blasón:
del viejo la experiencia no cree ya en teorías;
hoy mis creencias viejas son viejas niñerías;
hoy veo tierra, gentes y cosas como son.

A errar predestinado nací sin duda alguna;
tal vez no tuve nunca ni medios para el bien,
ni para el mal alientos: la gloria, la fortuna
miré y cuanto produje con sin igual desdén.

De gloria, placer y oro corrió a mis pies un río;
de España he sido asombro, su pueblo me adoró;
el mundo pudo un día, y aun hoy tal vez, ser mío,
y osar pudiendo a todo, a todo he dicho «No».

No sé, ni saber quiero, si la ovación merezco;
la sufro agradecido con muda sumisión;
y aunque me halaga el triunfo, ni de él me ensoberbezco,
ni gratitud en frases estériles ofrezco:
mi fe no está en mi lengua, está en mi corazón.

A mí no me alucina tal ovación: me asombra:
si hoy llevo esta corona con la que andar no sé,
mañana ya sin ella me volveré a la sombra
de mi rincón, ya solo, sin vanidad y a pie.

III

Mas Dios marcó mis horas: ya mi alma, que está alerta,
tras mí la muerte siente: mi tumba está ya abierta:
mis fuerzas aniquila la trémula vejez:

mi inteligencia ofusca su cerrazón incierta:
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estáis mi voz oyendo por la postrera vez.
¡Adiós, ciudad bendita, por mi laúd cantada;
adiós, pueblos que a oirme, de mí venís en pos;
adiós, hijos bizarros de la ciudad sagrada;
adiós, hijas alegres de la gentil Granada!...
quien de la nada vino se vuelve ya a la nada;
voy por mis viejos versos a que me juzgue Dios.

COLÓN

¿Quién és?—Para mí un dédalo: la encarnación de un [siglo,
la cifra de un conjuro, de enigmas una red,
el paso de un cometa, la aparición de un genio
del paraíso echado, un sér, en fin, a quien
vi siempre con asombro, mas de sus fases múltiples
razón no me di nunca, ni dármela podré;
su colosal, heroica y olímpica grandeza
no abarcará impotente jamás mi pequeñez.
Cuando a Colón me nombran, su imagen en mi mente
surgir hace de ideas informes un tropel,
y de una pesadilla me causan el mareo
como el que en mar picada, de un buque da el vaivén.
Colón, devoto, ascético y místico hasta el éxtasis,
vidente visionario de intensa lucidez,
por Dios tal vez dotado de intuición profética,
adivinó con ella cuanto debió saber.
Como un novicio dócil, audaz como un marino,
sumiso como un mártir, altivo como un rey,
creyente sincerísimo, de buena fe cristiano

5.848. *El Liberal*, 12 octubre 1892.

y alerta siempre y siervo tenaz de su deber,
para cumplir su sino, para alcanzar su empresa
y en sus tribulaciones para encontrar sostén,
buscó en la cruz amparo y pan pidió al convento,
consejo pidió al monje, se confesó con él,
con firme fe en él mismo y en Dios, con la esperanza
ceder no quiso un ápice ni paso atrás volver.
Nutrido y saturado de aquella ciencia errónea,
que en fábulas y absurdos tenía su escabel,
acaso Dios le hacía de la verdad el lampo
detrás de aquella ciencia caótica entrever.
Y de esta portentosa leyenda colombina
he aquí lo de que darme razón no más logré.

Problema era de entonces la *forma de la tierra;*
cosmógrafos y teólogos al dar su parecer
en pro de sus asertos apoyo a pedir iban,
la Biblia torturando, al Sol y a Moisés.
Y estábase el problema sin despejar su incógnita:
Colón, que no alardeaba de sabio de cartel,
pero que en Dios y en su ánimo e intuición fiaba,
en cuanto pudo, echóse del mar a sorprender
aquel secreto cósmico, que consistir debía
según del haz del agua la curva redondez,
en que la tierra era no más que un astro, como
los que rodar del cielo por el azul se ven.
No vió él en el Océano un mar sin fin ni límite
sino un camino fácil para que en un bajel

bogara un buen marino que hasta saber bogara
allende si había tierra: que sí la había de haber.
Y al mar se echó; y bogando, bogando día y noche
y una semana y otra, y cuatro y todo un mes,
y dos... y más, sufriendo ya de su gente (falta
de su tenaz constancia e incontrastable fe),
murmuraciones, quejas, audacias, rebeldías,
y aun luchas a que había la fuerza que oponer,
tras de razones, ruegos, promesas y castigos,
y de una congojosa navegación después,
y haber comido en ella su pan con hez de acíbar
y haberle remojado con lágrimas y hiel,
de haber ya vacilado en si volver las proas,
y en fin, de haber dudado hasta de Dios tal vez...
en una noche tibia, serena, transparente,
azul, risueña, diáfana, sin par en limpidez;
de aquellas de los trópicos, que no hay en nuestros cie-
[los
de Europa y que allí azulan su celestial dosel,
y en que se ve en la atmósfera sin menester de luna,
y en la agua reflejarse los barcos del revés,
y cabrillear los astros en el turquí del fondo,
y culebrear la estela fosfórica del pez...
ante Colón le plugo al Dios que allí le enviaba
abrir al fin el virgen americano edén.
Colón sintió una brisa de aromas impregnada
y un aleteo de aves en torno del bajel,
después un cañonazo, al fin la voz de ¡tierra!....
Cuando él la vió, empezaba ya el día a amanecer.

Resuelto había el problema y abierto la epopeya:
el mar tenía orillas, y tras el mar también
estaba aquella tierra que su geografía
situaba allí extraviada la errónea incompletez.
Para el problema daba los mismos resultados
de América el hallazgo: y el mar, ya a la merced
del Genio, era una vía de alfombra azul tendida
para llevar la ofrenda de América a Isabel.
¡Maravilloso hallazgo, trascendental poema,
que en conmoción hondísima dos mundos va a poner:
que va a cambiarlo todo del mar en ambas costas
que nuevo rumbo a todo va a dar, nuevo interés,
y nuevos objetivos, y nuevos ideales
y aspiraciones nuevas, luz nueva y nuevo ser,
y a abrir en era nueva la cuenta de los siglos;
dejando a los dos pueblos britano y portugués
detrás del de Castilla confusos y envidiosos,
los mapas transformados, la Europa en desnivel,
cubierto el mar de flotas, de ejércitos la tierra,
la sociedad sin rumbo, la ciencia de través,
la Iglesia estupefacta, los reyes espantados,
la tierra dando vueltas, y atónita la fe.

Y de eso el Centenario; la apoteosis póstuma
del semidios, del Genio de luz que vino a ser
del nuevo medio mundo por Dios predestinado,
el redentor humano por la segunda vez;
porque del nuevo mundo, que Dios había tenido

allende el mar oculto, el redentor él fué.
Colón al mar por Cristo lanzó sus carabelas,
con una idea fija la mar al trasponer;
la de encontrar el paso de la región del oro,
para allegar tesoros y ejércitos con que
reconquistar de Cristo la tumba, y la Sagrada
Jerusalem de manos del musulmán infiel,
que fué en aquel entonces universal anhelo
y aspiración unánime de la cristiana grey.
Colón es el gigante que redondeó la tierra
partida en dos mitades, sin que desde Noé
supiera alma viviente de tal mitad del globo
hallada por el viejo piloto genovés.
Y al mar avasallando, Colón volviendo a unirlas,
unificó sus razas de Dios bajo la ley:
dió a la familia humana la cruz de unión por signo
y dió a Jesús y a España del orbe a conocer.
La humanidad le debe su fraternal espíritu,
la sociedad el culto progreso en que se ve,
al revelarse en toda su esplendidez América,
y España dos centurias de universal poder.
Colón, como iba Cristo, por donde fué, fué dando
albricias y esperanzas, promesas de un edén;
y mártir como Cristo, subió por un calvario
de ingratitud al Gólgotha de la vulgar sandez.
La ciencia doctrinaria, los pueblos siempre indoctos,
la humanidad rebelde a la verdad y al bien,
la luz, la fe, lo excelso, lo espiritual, lo sumo
han siempre años y siglos tardado en comprender:

pero a Colón y a Cristo justicia al fin se ha hecho,
y por los hombres puestos al fin tendrán que ser,
de religión divina y humana como símbolos,
Jesús en los altares, Colón sobre el pavés.

¡Blasfemia! ¡A un ser humano parangonar con Cris-
[to!...
¡Es sacrilegio!... ¡es irse detrás de Lucifer!
Jesús es Dios: no hay hombre ni sér en lo creado
que pueda ni con alas alzarse a su nivel.
Pero Colón me ofusca; y en él, cuando en él pienso,
veo algo que trastorna mi juicio; y ya lo veis,
cuando hablo de él me obceco, blasfemo y prevarico,
porque en Colón hay algo que me hace enloquecer;
y si el contorno quiero fijar de su figura
o un punto de su historia dar luz sobre el papel,
ni doy con las ideas, ni acierto con las frases,
y al ir tras él no encuentro dónde fijar mis pies.
¡Oh! Sí: ¡Pesó un mal sino sobre Colón! El solo
el Mane, Thezel, Phares del grande enigma lee:
sólo él quien el arcano de la verdad penetra
y él quien de luz despuntes en sus tinieblas ve.
El solo contra todos, tenaz, incontrastable,
tras sí arrastrando a todos, concluye por vencer;
y acaba la proeza más brava y memorable
que vieron las edades a un hombre acometer.
Y sin embargo, a él nada de nada le aprovecha;
predestinado a mártir y a redentor con él,
sólo él descubre mundos, y de ahí reparte reinos,

que a él todos le disputan y él solo no posee.
De todos, solo, triunfa: y la mitad del mundo
reciben de sus manos Fernando e Isabel;
¡la más sin par conquista y el más glorioso triunfo!
y de su triunfo vuelve con grillos en los pies.
¡Oh! Sí: bajo un mal sino vivió Colón: él solo
lo que ha hecho y dónde ha ido se ha muerto sin saber:
y aun hoy no estamos ciertos de dónde tuvo cuna,
ni dónde expira y yace probar podemos bien.
A él todo se le exige, y nada se le otorga;
de su conciencia en lo íntimo se mete el escalpel;
él ser debió intachable, perfecto y hasta santo,
y en contra suya todos razón quieren tener.
Mas si desvanecerle o perturbarle pudo,
o darle el triunfo vértigos de olímpica embriaguez;
si altivo con los unos, fué ingrato con los otros,
y a algunos vió con ira, y a algunos con desdén,
de la flaqueza humana no había nacido exento;
y al ajustarle cuentas, en cuenta hay que tener
que fueron sus proezas mayores que sus faltas,
que en pro de España todas las hizo; que por él
en la mitad del mundo se habla hoy en castellano
(y la mitad del mundo no es una media nuez);
y que cuando iba en busca del mundo americano,
de aquél y de su flota como Almirante y juez,
señor iba de todos y no sumiso a nadie
y no iba para santo, sino para virrey;
y en su gestión omnímoda entonces como ahora
lealtad pedirle, bueno: mas santidad ¿por qué?

Ni es juicio equitativo ni proceder hidalgo:
del siglo en el criterio es ruin tal estrechez;
los cazadores de águilas no cazan nunca moscas,
nadie es más grande al grande por empequeñecer,
y a los que ya los pueblos han puesto en pedestales,
ya en alto al sol y al aire o a sombra de dosel,
de lejos y de abajo a arriba hay que mirarles
y no se les ven nunca las pecas de la tez.

Esto es su Centenario: Colón reconocido
con la verdad de Cristo y en gloria por doquier;
y hombre es de tan gran talla y tal es su epopeya
que para ingenios hueros ni medianías no es.
Colón y su epopeya exigen homenaje
mejor que versos míos así tan a granel:
hasta Colón no alcanza la petulancia cursi,
ni la pueril soberbia, ni mi senil chochez.
Para mi barca vieja, ya es mar de mucho fondo:
para mis viejas alas ya mucho viento es:
yo no me lanzo en aires en que volar no puedo,
ni me aventuro en aguas en que nadar no sé.

SÍNTESIS

Ante Jesús me postro y ante Colón me pasmo:
adoro y rezo a Cristo, y callo ante Colón:
a aquél elevo mi alma, y ante éste me entusiasmo:
pero con ambos habla no más mi corazón.

NOCHE BUENA

A L. Y C. CONDE

I

¡Noche Buena! Dios nace: fiesta en los cielos,
en la tierra hacen gloria niños y abuelos:
todo es vigilia
huelga en ella: es la fiesta de la familia.
Fiesta de paz, cantares, luz y alegría
de infantil algazara, de poesía,
de fe y cariño,
todos niños se tornan con el Dios Niño.
Fiesta en que agita a todos un pensamiento,
un afán: tener todos un nacimiento:
el simbolismo
más primitivo y cándido del cristianismo:
¡y el mayor! en tal noche se conmemora
del Redentor del mundo la primer hora:
fiesta cristiana
en que se asoma al cielo la raza humana.
Agape del comienzo de los cristianos,
su fe le solemniza con una cena

6.059. *El Liberal*, 24 diciembre 1892.

de las madres, los niños y los ancianos;
y a boca llena
llamamos esta noche la Noche Buena.

II

Cariñosos amigos Luis y Consuelo,
hoy que a vuestros dos niños falta el abuelo,
yo, que le quise tanto como él me quiso,
voy de él a traerles nuevas del Paraiso:
y es una idea
que ha surgido en mi mente que ya chochea:
idea mía
que explanar sólo pueden fe y poesía.
Las almas de los niños vienen envueltas
en neblinas de cándida santa ignorancia,
que por la luz del mundo no son disueltas
mientras en la inocencia dura su infancia;
los niños tienen
el sér de ángeles cuando del cielo vienen,
madres y abuelos
miran siempre como ángeles sus pequeñuelos.

III

Esta noche es la noche de los ensueños
primeros de la vida; de los placeres
primeros de los niños, goces risueños:
la fiesta de las madres: santas mujeres

que de madres sujetas a los empeños
y sumisas de madres a los deberes,
de la tierra hacen gloria con sus pequeños;
las madres buenas
ven a Dios en sus casas las Noches Buenas
y a estos festines
del hogar, con Dios bajan blancas legiones
de invisibles arcángeles y querubines
que con sus alas níveas dan pabellones
de reposo a las madres que con canciones
arrollan en sus brazos sus chiquitines.
Todo lo creen los niños en esta noche;
y a vista del paisaje del nacimiento,
mientras de sus muñecos hacen desmoche,
de expansión y alegrías entre el derroche,
fe dan a los prodigios de cualquier cuento.
Son las nociones
primeras de las psíquicas revelaciones,
y ya en la vida
lo que entonces se aprende jamás se olvida.

IV

¿Comprendéis ya mi idea, Luis y Consuelo?
Ya es mi manía:
decid a vuestros niños, ya sin abuelo,
que esta poesía
es su muerto abuelito quien se la envía...
¡De allá, del cielo!...

Tal vez ni ellos me vean ni yo les vea
nunca: pero que me amen: ésa es mi idea.
Tal vez esto os parezca sueño de un loco...
de nadie mis chocheces en mal redundan:
a él no le conocieron ni a mí tampoco:
que nos identifiquen, que nos confundan:
que me amen vuestros niños: y cuando lleguen
a ser ya grandecitos, cuando pregunten
su historia y de saberla derecho aleguen,
que los datos y señas de los dos junten;
que cuando de su abuelo sepan la historia
con la mía la fundan en su memoria:
que cuando de él lindezas y bien les digan,
que con él me recuerden y me bendigan:
y cuando por él recen al acostarse,
que también por mí recen cuenta sin darse;
mi poesía
que aprendan cuando crezcan Pepe y María.
¡Ya veis cuán llena
está de niñerías mi Noche Buena!

V

Gozad ésta vosotros, que pequeñuelos
tenéis: casas con niños son unos cielos:
y traen sin penas
una hora para todas las Noches Buenas.
Fiesta nocturna y mística de los cristianos,
fiesta de universales mutuos cariños,

canta la unión fraterna de los humanos,
y en el Niño que nace, todos hermanos
e hijos de Dios nacemos viejos y niños.
Fiesta infantil que abarca todos los goces
íntimos del espíritu y el hogar santo,
de niños y de viejos une las voces
en pastoril, sencillo y único canto;
canto inocente, fácil, pero sublime,
popular, que en las almas místico encanto
de indecible ternura y amor imprime.
Y esta noche en las cenas de Noche Buena
se unen todos cantando los *Villancicos*
que al Niño Dios entonan tras de la cena,
nivelándose alegres grandes con chicos:
que en tal vigilia
ante Dios somos todos una familia.

VI

Fiesta de la nobleza, la burguesía,
del clero, del comercio, del artesano,
del soldado... de todos cuantos por guía
tienen la cruz y forman pueblo cristiano,
trae algo que difunde paz, alegría,
esperanza, consuelo, luz y alborozo:
y en el alma creyente como en la impía
cambia esta noche una hora la noche en día,
el duelo en esperanza y el ansia en gozo:
fiesta cristiana
a la que España tintas da de pagana.

VII

Porque en España todo se tergiversa;
nuestro pueblo tendiendo siempre al abuso,
sin ser ni mucho menos raza perversa,
es ignaro y de nada sabe hacer uso;
a poco que resbale, ya se desborda,
y se hace en desbordándose kábila y horda.
Sus instintos cristianos son algo turbios
y cambiar fiestas santas suele en orgía
por las plazas y calles de los suburbios,
con instrumentos bárbaros sin armonía,
con músicas sin ritmos y sin compases;
cantes de ideas cínicas y absurdas frases
y estrépitos salvajes de algarabía.
¿A quiénes toca
su represión? —Cenemos
y punto en boca.

1892-1893

¿Y aun... por costumbre acaso, tal vez por cortesía,
para Año Nuevo versos me pide *El Liberal*?
Si aun hay en estos años quien lee mi poesía,
¿qué poesía dejan en la cabeza mía
por dentro ni por fuera las huellas del actual?
Enfermedad ridícula, nativa, hereditaria,
no menos dolorosa ridícula por ser,
condéname ha tres años a vida solitaria;
tal vez a vivir muchos aislado como un paria,
del mundo a no ver nada, y a no dejarme ver.
Yo ¿qué sé ya del mundo, puesto que en él no vivo?
ni al Año Viejo que huye, ¿qué versos voy a hacer?...
¡Ni al Nuevo, pues del Nuevo no aguardo lenitivo,
y apenas los rumores del en que estoy percibo,
ni ya distingo apenas lo de hoy de lo de ayer!
Yo ya ni veo ni oigo lo que en el mundo pasa:
los que con un estigma marcados cual yo están,
en sociedad no viven, y gozan de su casa
lo que gozar les dejan, o su ambición escasa
o su feliz carácter por todo sin afán.

6.195. *El Liberal*, 1.° enero 1893.

Y este soy yo: de este año de fiestas y motines
sentí no más pasando zumbar en mi balcón
los ecos más discordes, con pretensión de afines
al parecer, pues juntos y a un tiempo oí clarines,
campanas, tiros, órganos y salvas de cañón:
aplausos, mueras, silbas, los salmos del entierro,
el *Requiem* y el *Hosanna,* los pitos y el fagot:
murgas, orfeones, bandas, el arpa y el cencerro,
chillidos de dos monos y hasta el ladrar de un perro...;
todo el confuso estrépito que, huyendo de su encierro,
harían las cuarenta legiones de Astaroth.

En los flotantes pliegues ingrávidos del viento
y en sus perdidas ráfagas sin fuerza y dirección,
de incógnitos pasantes en el coloquio lento,
y de otros en las frases de insulto violento,
de anuncios y programas e impresos en un ciento,
de allá cogiendo una hoja y de acullá un jirón,
oía y recogía, ¡caótica amalgama
de incomprensibles hechos, de absurdos en montón!
los nombres, los retratos, los fastos, las historias,
los vicios, las virtudes, los actos de valor,
los crímenes, los triunfos, lo absurdo, lo monstruoso,
lo ruín, lo más excelso, la gloria y el baldón
de cuantos en España y en este centenario
bulleron y pasaron en el noventa y dos.

Y en este torbellino de nombres y de ideas
surgían como imágenes de un sueño mareador,
revueltos en un caos los muertos y los vivos,
y en larga, interminable y extraña procesión,

obispos, reinas, chulos, civiles, monjas, cómicos,
ladrones, misioneros, dinamiteros, clowns,
poetas, jueces, músicos y pelotaris y héroes,
en fin, cuantos han hecho este año algún rumor,
hundiéndose o alzándose, muriendo o imponiéndose,
en cátedra, congreso, motín o institución:
el sacro Monescillo, de dignidad modelo;
Emilio, el Grande, el sumo y espléndido orador;
el diestro Lagartijo, llamado por telégrafo;
Sagasta, que de triunfos este año se atracó;
cuantos con fe o fachenda de América vinieron
a ver o hacer, su mano poniendo en la labor
del Centenario: Cánovas, el presidente nato
de cuanto presidible se instala en la nación;
Moguel, Narciso y toda la grey ateneísta;
Menéndez y Pelayo, que es uno y suma dos;
el sabio padre Fita, don Juan de Dios Delgado
(con Rada o sin la Rada, como le esté mejor),
la Palma de una Angélica, mi homónimo uruguayo,
Chapí, Rubén Darío, Sepúlveda, Bretón,
el muerto Miguel Alvarez y el inmortal Arrieta,
Marqués, Curros Enríquez, Echegaray, Galdós,
Benlliure el atrevido, Vidart el polemista,
el buen marqués de Cubas, el cisne Campoamor,
la inevitable Emilia, Valbuena el implacable,
Balart, Matoses, Camba, y Kasabal y Pons;
Clarín, Gaspar, Manolo, Vital y Núñez de Arce,
Silvela, el Papa negro, Sellés, Alberto Bosch...
y ciento y otros cientos que a hacer contribuyeron

un Carnaval de este año, que concluyó en ciclón;
y tal concurso, inmenso, de faz y sér tan vario,
me deja por recuerdos del ido Centenario
el de una cabalgata de lujo extraordinario
y el de un motín que hicimos (el gremio literario)
de versos y mordiscos tirados a Colón.
  Quédame, a más, un dejo amargo, lo que nunca
en nuestra alegre tierra del—¿qué más da?—faltó:
las fechas y las horas equivocadas siempre,
el deshacer lo hecho sin plan ni previsión;
lo desatalentado de cada nueva idea;
lo descompaginado de cada instalación;
el discurrir eterno y el siempre llegar tarde
y echarlo todo a broma y encomendarlo a Dios.
  Queda aún la nota cómica del año: el gran cometa
que iba a partir la tierra y a desnucar el sol;
le vieron, le estudiaron muy bien los sabios todos:
y—«¡ahí está ya! ¡Nos parte!» dijeron a una voz;
pero la misma noche en que a partirnos iba,
partió del firmamento y... o filfa, o les partió.
  Me queda un recuerdo último, el de una doble plan-
[cha
que no me cabe en juicio; fué pública opinión
que una extranjera Reina corrió pidiendo toros
de vuelta recogiendo pelotas de un frontón,
y osó desflorar alguien de un triunfo las primicias
que fiel para sus Reyes un pueblo preparó.
  Monstruoso... a ser verídico; pues ya no hay quien ig-
[nore

que mientras rija a España la actual Constitución,
y mientras represente la patria el real escudo,
aun en el simbolismo del nacional blasón
la cruz y la corona son, como Dios, inmunes,
y el Rey es el castillo y el pueblo es el león.

He aquí lo que recuerdo del año a quien ya puso
en la agonía el tiempo; y como asaz difuso
soy ya, de estos dos años a *El Liberal* diré:
pues sé de aquél tan poco, tan turbio y tan confuso,
¿qué es de éste que despunta lo que decir podré?
Hoy nace el Nuevo y guarda lo que nos trae cerrado:
del porvenir Dios sólo romper puede el candado
y abrirlo sólo el tiempo de quien lo fía Dios,
y en cuanto al año que entra... pues hay de fuerza o [grado
al paso que él camine, que caminar en pos.
Y no sé más: del que entra decir tan sólo puedo
que si en setenta y cinco no me faltó la fe,
tal como el año venga le aguardaré sin miedo,
sumiso, resignado, con el semblante ledo,
y mientras tenga fuerzas le aguardaré de pie.
Ni lo que fué me angustia, ni el porvenir me espanta:
no sé más que hacer versos; y porque más no sé,
mientras que en pie me tenga con voz en la garganta
mis versos a mi Patria y a Dios consagraré.
Cuando me falte tierra donde fijar mi planta,
cuando me falte cielo donde tomar la luz,
tras tanta gloria efímera, tras experiencia tanta,

ni en la alma ha de faltarme de Cristo la fe santa,
ni fosa en que me entierren a sombra de una Cruz.

¡Lánzate, pues,
enmascarado noventa y tres!
y ¡anda con Dios,
arlequinesco noventa y dos!

LA IGNORANCIA

I

Somos doce millones de españoles
que no sabemos leer. ¡Dato inaudito!
Si aun nos queda valor, honra y vergüenza,
es menester probarlo o desmentirlo:
y si probado está, meter luz pronto
de ignorancia y baldón en ese abismo,

6.333. *El Imparcial*, 25 enero 1893. Póstuma.

Poseo un autógrafo de esta poesía, encabezado así: «*Alto en el desierto.—(Febrero, 7-92)*». Antes del texto arriba reproducido, tiene os siguientes versos:

Al emprender mi gira por España
a ofrecerla al morir, como buen hijo,
con mis trémulos y últimos cantares
mi último adiós y mi postrer suspiro,
una verdad que de rubor empaña
de mi patria la faz, llega a mi oído,
y voy a hacer un alto y un esfuerzo
por ver si el paño de la faz la limpio.
No lo podré yo hacer, ya viejo y solo,
pero ya otros lo harán si yo lo inicio:
no sea al fin mi poesía extraña
e inútil a mi patria y a mi siglo.

o, al fin del siglo de la luz, a oscuras
nos quedamos sin ver y sin ser vistos.
Yo soy el español de menos fuste,
pero el más español de los hoy vivos,
y España no podrá jamás tomarme
por desertor, rebelde o tornadizo.
La vida me pasé glorificando
la prez de España y sus varones ínclitos;
saqué la cara y enristré la pluma
para loar doquier hasta el mal que hizo.
Sus creencias canté y supersticiones,
porque ese es de mi pueblo el simbolismo:
creer y pelear, soñar con oro,
pedir limosna al són de un guitarrillo,
desperdiciar el bien que Dios le envía,
y en Dios fiando y su valor nativo,
explotarse dejar por quien le halague
contando cuentos *lúbricos o místicos*.
Cada cual es como es; hay a hombre o pueblo
que tomar como Dios hacerle quiso:
yo he cantado a mi patria sesenta años,
a mi modo de ver como la he visto:
gloriosa con sus fastos militares,
grande con sus virtudes y sus vicios,
prendida con sus tocas de castaños,
de nogales, de almendros y de olivos,
con su manto de mieses y viñedos
y el cinturón de plata de sus ríos,
piadosa con la fe de sus mayores,

gaya con su carácter expansivo,
y hermosa con su vello y sus lunares,
morena tez y mosqueadores rizos.
Puede ser que la gente venidera
y aun la de hoy, al juzgar mis pobres libros,
les niegue utilidad y trascendencia,
mas no podrá negar su españolismo.
Amé a mi patria como amé a mi madre;
ni tierra ni mujer para mí ha habido
mejores que ellas dos, y siempre he estado
dispuesto por su honor a dar el mío:
y hoy que de España, por lo que oigo y leo,
roe un gusano el corazón dormido,
voy a ver si mi voz se le despierta,
y si no oye mi voz, a darla un grito.
Tengo aquí poco tiempo y poco espacio:
conque hay claro que hablar y jugar limpio,
que a mí ya ni me engañan chachareros
ni comulgo con ruedas de molino.

II

¿Somos doce millones de españoles
que no sabemos leer? ¿Sí? ¡Pues por Cristo!
¿qué han hecho en sesenta años de progreso
y libertad maestros y ministros?
¿No habíamos quedado en que los pueblos
en ignorancia estúpida sumidos
estaban en España, por aquello

que dimos en llamar oscurantismo?
¿No habíamos quedado en que el sistema
parlamentario, desoldando grillos,
rompiendo celosías y enverjados,
rasgando velos y apagando cirios,
iba aire, luz, salubridad y vida
a dár a inteligencias y edificios,
e íbamos todos a aprender al menos
a escribir bien o mal y a leer corrido?
Yo creí que todo eso estaba hecho;
que al fin de tanta lid y tantos tiros,
de tanta ley y de discursos tantos
e instalar tal sinnúmero de círculos,
colegios, asambleas, gremios, centros,
logias, clubs, ateneos y casinos,
ya era el pueblo español como los otros,
ilustrado y capaz... y ahora salimos
con que hay doce millones de españoles
que no sabemos leer.—¡Gran fin de siglo!
¿Qué hay que impida aprender a nuestro pueblo?
¿Es su incapacidad? ¿es maleficio?
¿Hay a quien interese que no aprenda?
¿Por qué, pues hay maestros, no ha aprendido?
¿Por qué a aprender a leer no le han forzado
los que a aprender le fuerzan su servicio?
Si a aprender en pro ajena se le obliga,
¿por qué no ha de aprender para sí mismo?
¿Por qué el legislador, el gobernante,
el gremio, la parroquia, el municipio,

todo el que gente donde quier reúne
para darla trabajo, pan o asilo,
en talleres, en obras, en cuarteles,
cárceles, hospitales y presidios,
no consigna el leer obligatorio
y el aprender a leer como principio?
El que no sabe leer no sabe nada;
la luz, la idea, el alma está en el libro:
el Evangelio, nuestra historia patria,
el Código civil, el catecismo.
El que no sabe leer, no puede eso,
y ni aun sabe rezar más que de oído:
no sabe orar a Dios, no le conoce,
la ignorancia sofoca hasta el instinto.
El que no sabe leer no adquiere ideas,
piensa con las que ya le han imbuído.
¿Quiénes? Probablemente los que quieren
explotarle o hacérsele propicio;
y si Eva engañó a Adam, y estaban solos,
y habitaban aún el Paraíso,
¿qué harán en nuestros pueblos ignorantes
la audacia, la ambición y el fanatismo?
El que no lee, no sabe: y quien no sabe,
del que sabe en poder constituído,
sólo está de la acémila a la altura;
es como el asno o como el buey sumiso;
y ése está siempre, o al señor del pueblo,
o a los que más que él saben sometido,
y aunque bestia ignorante, es bestia útil,

pues del común trabaja en beneficio.
El feroz, el rebelde, el que no entiende
razón, contra las leyes levantisco
y el progreso social, es una bestia
con quien la sociedad rompe sus vínculos.
A ése hay que echarle de ella... o suprimirle:
porque el que nada sabe es un perdido
que, de todo incapaz, empieza en vago,
desde el ocio haragán cae en el vicio,
y luego en la miseria, y en el crimen
después, y al fin un juez le echa al patíbulo.
Es la historia del hombre no educado,
montaraz como el lobo y el erizo,
que huye la sociedad, y al que le aborda
le presenta no más dientes o pinchos.
Ese no supo leer, y nada supo;
jamás comprendió bien frase ni dicho:
lo que de lo que oyó recogió al vuelo
fué lo trunco no más, lo sin sentido;
y como nada concibió a derechas,
se echó a través de todo, a todo esquivo;
y a través de su bárbara ignorancia,
sin idea de Dios fué su alma a juicio.
Y ése es el que no lee: la bestia humana.
¿Por qué hay doce millones de individuos
que leer no sabemos en España
y de la escuela y el maestro huímos?
Comprendo bien que alcaldes y caciques
por el maestro al verse corregidos

(porque el maestro al fin sabe más que ellos)
cobren a los maestros omecillo:
de gramática parda profesores,
ven con desdén lo sabio y lo científico,
y vanidad no existe más indómita
que la soberbia ruín de los pardillos.
Mas que en villas de rollo y en ciudades
miren con tal desdén los municipios
a los maestros que a pagar se nieguen
los pocos reales de su haber mezquino;
que impasibles toleren los gobiernos
que ya asciénda a millones lo debido;
que anden ya los maestros señalados
de miseria ridícula por tipos,
y al lápiz, a la pluma y en la escena
se les ponga ante el público en ridículo,
entre buenos cristianos se me antoja
sandia conducta y proceder inicuo.
¿A quién estorbar pueden los maestros,
ni a quiénes tienen hoy por enemigos?
Si los tienen, quitárselos de en medio,
que amparo ante la ley les da su título.
¿Es que no tienen los gobiernos fuerza
ni mandan para ser obedecidos?
¿Quién ordena al maestro abrir la escuela
que obligue a entrar en ella a sus discípulos?
¿Qué es, pues, en qué se basa, quién fomenta
el odio inverosímil, el instinto
de aversión a la letra y al maestro

que demuestra en España el campesino?
¿Qué hay bajo esta vergüenza que revela
este reciente cálculo estadístico
del país, que nos deja estupefactos
a los que en él leemos y escribimos?

III

Creó el gobierno la instrucción primaria,
reclamó el clero la instrucción del niño,
centros y clubs la del obrero pobre,
los sabios jesuítas la del rico,
la del centro burgués los escolapios,
y cientos de hermanitas y hermanitos,
por santos institutos y conventos
con objeto tan santo repartidos,
la de las vendedoras del mercado,
la de los camareros, los mendigos,
asilados, zinzayas, costureras,
todo lo perdulario y perdedizo,
todo lo suelto, abandonado y prófugo,
todo, en fin, lo extraviado y lo perdido...
¡Y aun hay doce millones de españoles
que no sabemos leer!!... Pues... es un mito.

IV

¿Por qué? Señor Sagasta y señor Cánovas,
si ustedes no lo saben, averígüenlo:

porque si a leer a España no enseñamos,
verán lo que es la España *fin de siglo.*
Yo ya no lo he de ver: yo ya del mundo,
como dijo el gitano, *me las guíllo:*
mas si a ustedes les coge de sorpresa,
no es porque yo al morir no se lo aviso.

A ISABEL LA CATÓLICA

POR EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Vencedora en Granada, hallas mezquino
el mundo antiguo, en la sublime idea
que de tu pueblo tienes, y desea
abrir tu alma a su expansión camino.
Proteges a Colón, y el peregrino
plan se logra por ti, que la europea
ciencia extendiendo, en cuanto el mar rodea
planta la Cruz del Redentor divino.
Así tu gloria América proclama,
y a las naves de Hirán causa desdoro
y al bienhechor ejército de Osiris.
Sorata te alza al éter: Tequendama
le hunde en tu aplauso: Niágara sonoro
como nimbo de luz te ciñe el iris.

6.539. Este soneto va unido a un triunfo póstumo de Zorrilla. Presentóle el poeta, poco antes de morir, en un concurso destinado a premiar, con 1.000 donadas por D. Waldo Vizoso, el mejor soneto dedicado a Isabel la Católica por el descubrimiento de América; y el jurado, compuesto por la Sra. Pardo Bazán y Sres. Valera y Castelar, concedió el premio a éste de Zorrilla, cuando el poeta había ya fallecido.

INDICE

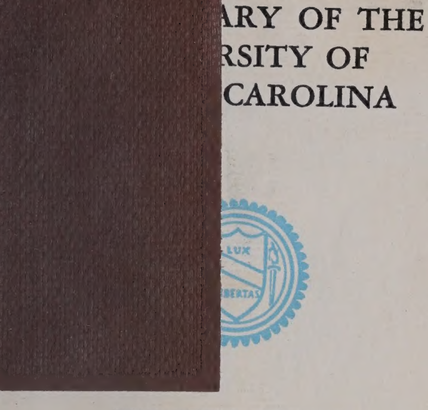
Páginas

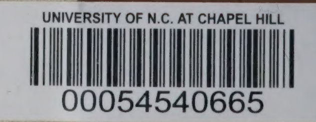
PRÓLOGO VII
El Trovador 3
A una joven 9
Amor del poeta 15
El contrabandista 22
A un poeta 25
Una verdad como un puño 31
Primera impresión de Granada 40
Cuentos de un loco 42
Vuelta a la patria 101
A Pedro Antonio de Alarcón 107
A la estudiantina burgalesa 115
A Narciso Serra 117
Esencia de rosa 121
A S. M. el Rey Don Alfonso XII 128
En la muerte de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes 130
Pulvis es 132
Nosce te ipsum 151
Don Juan 167
En el album de la hija del famoso felibre provensal Luis Romieux 175
Roma y Cristo 177

Páginas

En el album de S. A. la Infanta Doña Isabel........ 183
Mi última brega.............................. 189
De la lectura «Mi última brega».................. 211
Cuestión personal............................ 226
A Emilio Castelar con el triste motivo del fallecimiento de su buena hermana Concha.......... 234
Soliloquios.................................. 237
Recuerdo del tiempo viejo...................... 240
A Granada en la ceremonia de la coronación..... . 252
Colón....................................... 258
Noche buena a L. y C. Conde.................... 266
1892-1893................................... 272
La ignorancia................................ 278
A Isabel la Católica por el descubrimiento de América....................................... 287

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL
EL DIA XXII DE JULIO
DEL AÑO MCMXXV


ARY OF THE
RSITY OF
CAROLINA
LUX
BERTAS


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054540665